

Nuestras Ideas

h2 14 456
CEDOC
FONS
A. VILADOT

SUMARIO :

« N.I. » : Nuestro intento.

Fernando CLAUDIN : En torno a algunas cuestiones fundamentales del marxismo.

Federico SÁNCHEZ : El método orteguiano de las generaciones y las leyes objetivas del desarrollo histórico.

Juan DIZ : La discusión sobre la obra de Menéndez y Pelayo.

Tómas FUENFRÍA : Los pasos de Pedro Laín Entralgo por el camino de España.

TÉXTOS CLÁSICOS :

Carlos MARX : España revolucionaria.

CRÍTICA de Libros, Revistas, Cine.

MAYO - JUNIO

1

1957

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

NUESTRAS IDEAS n.º 1 - May-junio 1954

F. Claudín: En torno a algunas cuestiones fundamentales
del marxismo

F. Sánchez: El método orteguiano de las generaciones y
las leyes objetivas del desarrollo histórico

PARÍS. 1954

1911

1911

1911

1911

"Nuestras Ideas"

TEORÍA, POLÍTICA, CULTURA

REDACCIÓN — ADMINISTRACIÓN
45, RUE SYLVAIN DENAYER
ANDERLECHT - BRUXELLES

SUMARIO :

*For-pono
PARIS 74*

« N. I. » : Nuestro intento	3
Fernando CLAUDIN : En torno a algunas cuestiones fundamentales del marxismo	6
Federico SÁNCHEZ : El método orteguiano de las generaciones y las leyes objetivas del desarrollo histórico	33
Juan DIZ : La discusión sobre la obra de Menéndez y Pelayo	46
Tómas FUENFRÍA : Los pasos de Pedro Laín Entralgo por el camino de España	61
TÉXTOS CLÁSICOS :	
Carlos MARX : España revolucionaria	78
CRÍTICA :	
V. F. : « Humanismo marxista en la ORA MARÍTIMA, de R. Alberti »	85
M. TUDELA : « Historia política de la España contemporánea », de F. M. Almagro	91
J. IZCARAY : « Una novela de R. Sánchez Ferlosio : EL JARAMA »	94
M. A. : « Comentario a un artículo de NUESTRO TIEMPO : « Burgueses y proletarios »	97
Ignacio LAGUNA : « Al margen de los PAPELES DE SON ARMADANS »	102
José ERNESTO : « Bardem y Berlanga », « Calle Mayor » y « Calabuch »	105

ADVERTENCIA

Dificultades diversas de orden técnico, derivadas de las condiciones complicadas en que nos vemos obligados a publicar la revista, han impuesto un retraso en la salida del primer número. A causa de esta circunstancia, que lamentamos, ha transcurrido más tiempo del normal entre la redacción de algunos artículos — la mayor parte procedentes de España — y su aparición. Creemos, sin embargo, que conservan su interés fundamental.

LA REDACCIÓN.

Nuestro intento

COSA delicada resulta siempre extender el certificado de nacimiento a una revista, o sea definir lo que sólo empieza a ser, lo que apenas es aún algo más que concepción y propósitos.

Procuremos resumir aquélla y éstos. Los que inicialmente —unos desde dentro y otros desde fuera de España, pero todos con España dentro— nos disponemos a llenar estas páginas asignamos a nuestra revista una misión: examinar, desde las posiciones del marxismo-leninismo, importantes cuestiones hoy planteadas en nuestro país en los dominios de la filosofía, con relación a la historia de nuestra patria, a su literatura, economía, ciencias y artes, y, en general, referentes a la vida social e intelectual española.

Intentamos una exposición polémica, viva, de las concepciones fundamentales de la ideología marxista-leninista, tanto respecto a los problemas tradicionalmente en debate como a los nuevos que en nuestro tiempo surgen. En este esfuerzo, y junto a nuestros artículos y ensayos, publicaremos trabajos extranjeros, clásicos y contemporáneos, que contribuyan a este fin y al estudio marxista-leninista de las cuestiones españolas.

La penetración de nuestras ideas en España —y no sólo en el proletariado, sino en vastas zonas intelectuales, estudiantiles y de las capas medias de la población— es uno de los fenómenos nacionales más trascendentes de nuestra época. Nuestras ideas ganan una posición tras otra, no sólo por la labor divulgadora de los españoles que pensamos en marxista, sino por la poderosa atracción que ejerce esa montaña luminosa que es el mundo del socialismo.

Pero sería pueril y arriesgado olvidar que esa acrecida atracción que los españoles sienten hacia las ideas comunistas actúa en medio de una sociedad encadenada, en la cual les es difícil adquirir noticia solvente y amplia del marxismo-leninismo y de sus realizaciones.

Más aún: todas las baterías oficiales y paraoficiales se emplean en el empeño de difamar al marxismo, de deformarlo a los ojos de los españoles, lo cual es evidentemente más hacedero que rebatirlo con argumentos sólidos.

Es fácil observar que las ideologías reaccionarias en curso tienen, pese a sus distintas matizaciones, un trazo distintivo común: su negatividad. Son ideologías vueltas al pasado. No aspiran a crear, sino a mantener. Podríamos decir, sin exagerar, que carecen de movimiento propio y que se definen —y la esencia y la dirección de la llamada doctrina falangista no es la única prueba que de ello nos da la España actual— no por sí mismas sino en relación con el marxismo, por su angustiado afán de negarle, de contrarrestarle, de retrasar su avance. Son ideologías a la defensiva. Algunas se nos muestran tan irracionales, tanto han retrocedido respecto a los progresos realizados por la filosofía

en siglos anteriores, que más que como ideologías se nos aparecen como un conjunto de exorcismos, de exorcismos anticomunistas.

Cabe, pues, decir que el frenético combate ideológico que la reacción libra contra el comunismo, no es tan sólo una lucha contra una ideología liberadora, sino una lucha contra el desarrollo del pensamiento humano. Y, naturalmente, no nos referimos aquí a hombres inclinados a la justicia y al progreso que con sano espíritu discuten el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, en muchos casos porque, a causa de deficiente información, les atribuyen fundamentos y concepciones que poco o nada tienen que ver ni con el uno ni con el otro.

En bancarrota la ideología que quiso imponer el régimen de Franco, y en visible quiebra viejos idearios de diverso signo, innumerables españoles de condición muy varia revisan — y en muchos casos entierran — concepciones que en otro tiempo consideraron válidas, buscan orientación e ideas que les pertrechen para resolver los grandes problemas nacionales. Naturalmente, no pueden encontrarlas donde el miedo sustituye a la idea, la calumnia a la demostración y la arbitrariedad mental o el artículo de fe al razonamiento. No pueden encontrarlas en los que, parapetados ante todo lo que trascienda a progresivo, se limitan a gritar ¡eso no! sin proponer a los españoles ningún otro porvenir apetecible y viable.

Así, unos remozan idearios liberales, democristianos o de otro signo con el afán de adaptarlos a la España de hoy. Y otros llegan hasta nuestra verdad, a veces tras un largo y penoso camino de búsquedas y decepciones.

Nos atreveríamos a decir que nunca hubo en España tanto gusto por las ideas, tanta necesidad de ideas, especialmente entre la nuevas generaciones.

Bajo los hierros de la dictadura, pese a frenos y mordazas, en España se está librando una vivísima lucha ideológica. Cuanto más débil sea el franquismo mayor intensidad adquirirá esa lucha. A cada paso que España dé hacia la democracia se hará más pública y abierta esa contienda de ideas. Y no por capricho de nadie, sino porque tiene un fundamento material insoslayable: la necesidad de resolver grandes problemas nacionales que el franquismo ha pretendido sepultar bajo un millón de cadáveres, pero que están ahí, enconados, sumados a otros nuevos y exigiendo, todos ellos, solución pronta.

Nuestra revista viene, pues, a tomar parte en esa intensa lucha ideológica española. Viene a combatir ideológicamente contra las fuerzas que tienen a España prisionera. Viene a exponer y a defender nuestras ideas también — con el obligado rigor, pero en un terreno de civilidad, amistosamente — frente a las ideologías idealistas, liberales, democristianas, reformista, anarquista, que inspiran a formaciones y a hombres con los cuales queremos hacer una España democrática, reconciliada y pacífica, enderezada con seguro y bien medido paso hacia el progreso.

No somos pregoneros de ningún dogma, que nuestros principios filosóficos — los del materialismo dialéctico — excluyen toda concepción dogmática. Somos hombres que se inspiran en la concepción del mundo más avanzada de nuestro tiempo: el marxismo-leninismo; en ideas demostradas ya en la vida, en la feliz construcción de esas nuevas sociedades, las más justas y humanas que existieron jamás sobre la Tierra. Somos españoles que aspiran a demostrar, en libre y civilizado contraste de ideologías, que la nuestra, aplicada en forma creadora a las originales peculiaridades españolas, permite desentrañar la esencia de los

fenómenos de la vida de España y ofrece al proletariado y a los hombres progresivos de nuestro país una brújula segura para resolver en el mañana inmediato los más urgentes problemas nacionales y para emprender, cuando el desarrollo democrático de nuestro país lo haga posible, las grandes transformaciones socialistas hacia las cuales todo en nuestro tiempo empuja.

Con este espíritu, y cuando ello pueda contribuir a un contraste más fiel de las ideas y a hacer luz en los problemas, no dudaremos en insertar en estas páginas, parcial o totalmente, escritos de autores democráticos no situados en posiciones marxistas, exponiendo a continuación — si lo consideramos necesario — nuestra opinión sobre el tema tratado.

Nos proponemos también — y esto es inseparable de lo anterior — abordar el estudio de algunos de los legados de la herencia cultural de nuestro país y de las condiciones históricas y sociales que han ido conformando la sociedad española, así como de aquéllas que la caracterizan hoy.

Visto a la luz del materialismo histórico valoraremos cuanto en el patrimonio cultural español hay de progresivo, de humanista, de positivo. Todo ello nos pertenece a cuantos aspiramos a continuar a España transformándola, elevándola, es decir, de la única manera en que realmente se continúa un país.

Los problemas de la literatura y las artes tendrán en nuestra revista un ancho sitio. Por su categoría, por su trascendencia. Porque son aspectos importantísimos de la vida social que, en un grado o en otro, con esta o aquella tendencia reflejan, y sobre la que, a su vez, operan, en sentido negativo o positivo, según el espíritu que les anime.

Las tradiciones realistas de la literatura y el arte españoles no necesitan demostración. Sus más altos hitos son hitos del realismo. Y estamos persuadidos de que para responder a las exigencias de nuestra época y avanzar, las letras y las artes de España encontrarán camino, seguro y largo, en ese nuevo realismo que da una representación verídica, profunda, de la vida en su desarrollo revolucionario. Que representando a los hombres y a la sociedad como realmente son, se asigna, a la vez, la misión de ayudarlos a transformarse. Nuevo realismo en el que caben infinita variedad de formas y que no excluye, sino que necesita en su amplio seno, corrientes diversas.

Defenderemos estos principios estéticos: los del realismo socialista en construcción, en progreso constante; mas apoyaremos todo lo sano, todo lo progresivo, que encontremos en la literatura y en el arte de nuestro país, aunque sólo posea una brizna de progresivo.

Aspiramos a hacer una crítica de literatura y artes, cuidadosa, responsable. Una crítica de ideas que oriente y estimule. Una crítica que se sitúe ante lo criticado con un criterio histórico y dialéctico. Pues entendemos que la obra de un escritor o de un artista español de nuestros días no puede ser comprendida plenamente, ni ser valorada en justicia, sin relacionarla con el pasado literario y artístico nacional que gravita sobre él, y sin encajarla en las circunstancias del presente en que la produce.

Nuestra revista viene a sumar sus armas a las de quienes se batan por la cultura para los más, por el acceso del pueblo a ella. Viene a cooperar, en el terreno de las ideas, con intelectuales, estudiantes y profesores, en su forcejeo contra la mordaza, la arbitrariedad y el oscurantismo. Viene a ayudar a esas nuevas generaciones, que salen desahucadas de las Facultades, a conquistar un sitio en la sociedad española.

Este es nuestro intento.

« N. I. »

En torno a algunas cuestiones fundamentales del marxismo

por Fernando CLAUDIN

LA teoría de socialismo científico, que comenzaron a elaborar hace más de un siglo Marx y Engels y que desarrolló Lenin en las condiciones nuevas de una nueva época — la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, iniciada en las postrimerías del siglo XIX — pasa en la actualidad por un período sumamente complejo y fecundo.

La primera conclusión de todo examen objetivo sobre el estado actual del marxismo es que sus principios fundamentales han sufrido con éxito la prueba decisiva de toda teoría, la prueba de la práctica.

Tratándose de la ciencia del desarrollo social semejante comprobación práctica sólo podía tener lugar en el curso de ese mismo desarrollo, en el gran laboratorio de la vida social.

Hace cincuenta años era admisible preguntarse :

Las leyes objetivas que, según el marxismo, rigen el transcurrir de la historia humana, ¿ existen en realidad y determinan que la sociedad capitalista, basada en la explotación del hombre por el hombre, dividida en clases antagónicas, tenga que dejar paso *necesariamente* a una forma superior de organización social, basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en la supresión de la explotación del hombre por el hombre, en una palabra, a una sociedad socialista ?

Y si, según el propio marxismo, esas leyes objetivas no se abren paso automáticamente, si su necesidad se realiza a través de una compleja lucha de clases, en la que la clase obrera se ve obligada a vencer la resistencia de la burguesía ¿ proporciona el marxismo un sistema de concepciones, de orientaciones, de normas capaces de servir de guía seguro a la clase obrera en el cumplimiento de esa su misión histórica ?

Tales interrogantes, legítimos hace cincuenta años, ya no lo son. La práctica del desarrollo histórico ha dado una respuesta definitiva.

Primero fué en un solo país : Rusia.

Mientras en otros más avanzados económica, política y culturalmente, como Inglaterra, Francia y Alemania, la clase obrera, dirigida por partidos que habían renegado en la práctica de las esencias del marxismo, no pudo aprovechar la gran coyuntura revolucionaria surgida con la primera guerra mundial, el proletariado ruso, dirigido por los bolcheviques que eran marxistas consecuentes, fué capaz de conquistar el poder político y, sirviéndose de él, emprender el camino de la edificación socialista.

Como es sabido — tal vez no suficientemente todavía —, esta primera transformación socialista de la sociedad transcurrió en condiciones increíblemente difíciles y penosas.

Al atraso secular del país se sumaba la devastación producida por cuatro años de guerra imperialista y tres años de guerra civil. Cuando la paz se restableció la producción agrícola era la mitad de 1913, la de la gran industria casi siete veces menor, la de hierro fundido el 3 %, el transporte estaba deshecho y las reservas de todo género agotadas. Los trabajadores rusos fueron aislados del resto del mundo mediante el famoso « cordón sanitario » de Estados vasallos del imperialismo que se extendía a lo largo de las fronteras soviéticas; se les asedió permanentemente con la política de asfixia económica y de intervención militar de las potencias de Occidente. A todo ello hay que agregar la falta total de experiencia: era la primera vez que el Socialismo pasaba de la teoría a la práctica.

Es cierto que la clase obrera rusa contó desde el primer momento con un poderoso aliado en la persona de los trabajadores del mundo, que saludaron con entusiasmo a la primera patria del socialismo y la defendieron por los medios a su alcance. Pero no es menos cierto que esa ayuda fué sensiblemente quebrantada por la posición antisoviética de los principales políticos y teóricos de la socialdemocracia internacional. Cuando hoy se rasgan las vestiduras ante los errores y excesos cometidos en el curso de la primera experiencia socialista que conoce la historia, derivados en gran medida de las inmensas dificultades que hubo que vencer en su camino, se podría preguntar a esos filisteos ¿ por qué no ayudásteis a que la ruta fuera más fácil ?

Rosa Luxemburgo — de cuyas discrepancias en algunas cuestiones con Lenin trata de sacar partido Luis Araquistáin en el artículo que más adelante comentamos — escribía a la mujer de Kautsky, a raíz de la toma del poder por los bolcheviques: « Bien entendido no podrán mantenerse en medio de este aquelarre infernal, pero no a causa de las estadísticas que testimonian el atraso económico de Rusia, como opina tu juicioso esposo, sino porque la socialdemocracia de este Occidente superiormente desarrollado está compuesta de poltrones abyectos que, haciendo de expectadores pasivos, dejan que los rusos se desangren... » (1).

Como es conocido, los bolcheviques no sólo se mantuvieron en el poder, sino que antes de la segunda guerra mundial, en un plazo increíblemente corto, habían creado ya el primer régimen socialista que conoce la humanidad. La base económica capitalista fué reemplazada por una base económica socialista; la superestructura política, jurídica, cultural, reorganizada en un sentido socialista. Y en este nuevo marco las fuerzas productivas, liberadas de las trabas capitalistas, conocieron una expansión sin precedentes en la historia universal. La vieja Rusia semimedieval, atrasada, vasalla de los Estados imperialistas de Occidente, se transformó así en la segunda potencia industrial del orbe.

La significación histórica de este balance no escapa a ninguna persona que aspire a tener una visión objetiva del mundo actual. Indalecio Prieto, al que indudablemente no se puede acusar de marxista-leninista, la comprendió muy bien: « Rusia — dijo en su discurso del 30 de abril de 1956 — ha realizado

(1) Rosa Luxemburgo. Carta a Luisa Kautsky escrita desde la prisión de Breslau el 24.XI.1917.

progresos verdaderamente prodigiosos tras haber sufrido en su carne, como nadie, heridas desgarradoras en dos guerras internacionales; y tras haber soportado una contienda civil que, por intervenciones extranjeras, tuvo iguales caracteres que la guerra civil nuestra. A pesar de todos esos desastres Rusia ha avanzado prodigiosamente en ciencias, en artes, en cultura, en todas las ramas del saber. Esto parece milagro y no puede compararse con el progreso de los Estados Unidos de América, nación que, aun habiéndose batido en las dos guerras internacionales de que antes hablé, combatió a distancia y con pérdidas humanas relativamente escasas, mientras Rusia perdió millones de hombres y ha visto destruidas grandes ciudades. No obstante la URSS se ha reconstruido y ha progresado prodigiosamente. Con esto se despeja para nosotros, los socialistas, también colectivistas, una incógnita de mucho interés: queda demostrado el colectivismo contra críticos que, « a priori », acometían contra él sin que hubiera tenido una aplicación práctica en el mundo, sosteniendo que la colectivización mataría todo estímulo individual y que, por tanto, sería causa de estancamiento y de retroceso. El colectivismo no estorba progreso alguno; el colectivismo, en su aplicación máxima en Rusia, los ha incrementado todos. »

Efectivamente, el despejo de esa incógnita tiene un valor inapreciable, dado que el criterio decisivo para juzgar de los méritos de un sistema social es la medida en que favorece el desarrollo de las fuerzas productivas. El capitalismo demostró definitivamente su superioridad sobre el feudalismo cuando fué capaz, en la práctica, de proporcionar a la sociedad una mayor abundancia y calidad de bienes materiales y espirituales. El socialismo afirma su superioridad e inevitabilidad histórica desde el momento que demuestra su capacidad de proporcionar a la sociedad bienes materiales y espirituales en proporciones mucho mayores que el capitalismo.

Si la experiencia ha confirmado esa capacidad del socialismo en un país secularmente atrasado, en condiciones sumamente adversas; si la confirman asimismo, los primeros resultados en países como China y las repúblicas del Este de Europa, que también habían quedado muy atrás en su desarrollo económico, ¿qué no será cuando la experiencia tenga lugar en regiones donde el capitalismo llegó a un alto grado de desarrollo económico, técnico y científico, como son los países capitalistas de Occidente?

Los resultados de ocho años de construcción socialista en Checoslovaquia, que por su nivel industrial se aproximaba a dicho tipo de países, son una anticipación elocuente.

En resumen. La práctica ha demostrado la exactitud científica del marxismo; ha confirmado que el desarrollo social no es un caos de casualidades sino que obedece a leyes objetivas, susceptibles de ser conocidas, cada vez mejor, y que, en consecuencia, la vida de la sociedad puede ser objeto de previsión y dirección científica, como los procesos naturales; ha confirmado que, en la etapa actual de la humanidad el socialismo es el sistema social llamado a hacer el relevo del capitalismo en todo el mundo; ha confirmado que el camino para llevar a cabo ese relevo, para vencer la resistencia de las clases que se oponen a las leyes objetivas de la historia, es el camino indicado por el marxismo-leninismo, por su teoría de la revolución socialista y de la construcción del socialismo. No es exagerado decir que, objetivamente considerado, el marxismo ha llegado a ser en nuestros días tan indiscutible como puede serlo, por ejemplo, la teoría sobre el átomo.

Si los hechos son así, ¿ cómo explicarse que precisamente ahora la lucha ideológica contra el marxismo haya adquirido tanta virulencia, que asistamos a una movilización general de las fuerzas ideológicas antimarxistas, desde el Santo Padre hasta ciertos teóricos que se presentan como socialistas ? ¿ Cómo explicarse algunas posiciones de tipo revisionista que aparecen incluso en las filas marxistas ?

Existe una razón de tipo general, común a éste y a todos los periodos anteriores del marxismo y es que la ciencia social, a diferencia de las ciencias naturales, entra en conflicto directo con los intereses de las clases condenadas por el desarrollo histórico. Si la moderna teoría del átomo amenazara tan directamente los intereses del capital como el marxismo, sería puesta en tela de juicio no menos furiosamente. Como lo serían los más reconocidos axiomas matemáticos si pusieran en peligro los dividendos capitalistas.

Esta razón permanente adquiere hoy una vigencia extrema por el mismo hecho del triunfo universal del marxismo, porque nunca éste apareció tan claramente como un peligro mortal para el capitalismo; nunca hasta hoy se había convertido en tan formidable fuerza política, económica, militar, ideológica. Esta es la causa profunda de la actual ofensiva ideológica contra el marxismo.

Pero, a primera vista, el fenómeno no es tan evidente para todo el mundo, porque los enemigos del marxismo, valiéndose de los potentes medios de influencia política e ideológica con que cuentan los Estados capitalistas, tratan de presentar lo blanco negro, el triunfo histórico del marxismo como su crisis. Para ello especulan, más o menos hábilmente, con ciertas circunstancias que concurren en el período actual de la vida del marxismo.

En primer lugar, la circunstancia de que las colosales transformaciones sociales, económicas, políticas y científicas que han tenido lugar en el mundo en los últimos decenios — que son en gran medida el fruto del poder revolucionario transformador del marxismo — plantean ante éste nuevos y complejos problemas, en torno a los cuales no pueden por menos de surgir diferentes puntos de vista, existiendo también el peligro de que con la intención subjetiva de « desarrollar el marxismo » algunos marxistas caigan transitoriamente en posiciones revisionistas, que en lugar de un progreso signifiquen un retroceso. Tanto las diferencias de puntos de vista, la discusión de los mismos, como sobre todo las posiciones revisionistas, son ampliamente aprovechadas por los ideólogos y políticos del imperialismo para sus especulaciones.

En segundo lugar, la circunstancia de que para avanzar en la nueva situación es necesario ahondar en el estudio crítico del camino recorrido, tanto en los éxitos como en los errores habidos en la interpretación y aplicación del marxismo, y esto obliga a poner de manifiesto no sólo los primeros sino también los segundos, creándose objetivamente el peligro de exagerar éstos y disminuir aquéllos. Como es natural esta necesidad, que brota del mismo triunfo del marxismo, no deja de ser aprovechada también por sus detractores.

En particular éstos especulan desafortunadamente con las derivaciones graves que han tenido algunos de esos errores al ser aprovechados por las fuerzas reaccionarias e imperialistas para desviar momentáneamente del camino revolucionario — como en el caso de Hungría — a ciertos sectores del pueblo.

El presente artículo no pretende examinar los múltiples aspectos que la ofensiva ideológica antimarxista presenta en el momento actual, sino responder, en primer lugar, a algunos de los « argumentos » de Luis Araquistáin, conside-

rado como el principal teórico del Partido Socialista Obrero Español. En segundo lugar, pretende polemizar con ciertas opiniones del dirigente y teórico de la Unión de Comunistas yugoeslavos, E. Kardelj, que, a nuestro juicio, encierran un germen revisionista y pueden ser utilizadas, independientemente de la voluntad del autor, por los detractores del marxismo en la lucha contra éste.

I

En España la circunstancia de ser Franco y sus colaboradores los que se han puesto a la cabeza de la especulación con los errores de Stalin y con la « revolución » húngara ha facilitado que las fuerzas progresivas españolas, que en estos momentos concentran sus energías en la tarea de liquidar la dictadura de Franco, comprendieran mejor el fondo reaccionario de semejantes maniobras.

Por otra parte, la agitación de los conceptos de libertad y democracia en abstracto, que ha servido en Hungría e internacionalmente para encubrir el carácter contrarrevolucionario de la insurrección húngara, pese a la voluntad subjetiva de muchos de sus participantes, adquiriría inmediatamente, en las condiciones particulares de la situación política española, un contenido muy concreto : liquidación de la dictadura de Franco, libertad y democracia para los españoles.

Esto no quiere decir que la ofensiva ideológica contra el marxismo, especulando con los factores anteriormente expuestos, no tenga también su expresión en España, en particular a través de artículos, comentarios y discursos de diversos representantes de la ideología oficial. Pero, si somos justos, el puesto de honor en esa ofensiva debemos concedérselo sin discusión a Luis Araquistáin.

En un largo artículo con pretensiones teóricas (1), Araquistáin desarrolla la tesis de que los errores de Stalin, criticados en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, no representan una desviación del leninismo, sino, al contrario, una consecuencia inevitable de éste. Son « *la doctrina y la práctica de Lenin llevadas a sus últimas consecuencias.* » Y la doctrina de Lenin ha tenido tan malas consecuencias porque — sentencia nuestro teórico — el leninismo no es marxismo, es una gigantesca falsificación del marxismo.

No valdría en realidad la pena de detenerse a polemizar con tan gigantesca tontería, simple repetición de una de las más viejas y manidas acusaciones de todos los revisionistas y reformistas contra el leninismo, si no fuera porque el artículo de Araquistáin ha sido publicado con todos los honores en el órgano central del Partido Socialista, porque con esa tesis se pretende influir a los numerosos trabajadores e intelectuales que considerándose marxistas todavía no han pasado de

(1) Este artículo ha sido publicado en la revista Cuadernos (sep.-oct. 1956) y posteriormente en El Socialista. Todas las citas que siguen han sido tomadas de él.

Marx, o mejor dicho, de las versiones vulgares y revisionistas de Marx, y porque, manipulando con los errores de Stalin, se pretende dar a esa vieja cantinela un nuevo brío.

Para « demostrar » su tesis Araquistáin concentra la atención en dos cuestiones; el carácter del partido creado por Lenin y la dictadura del proletariado.

En relación con la primera Araquistáin se remonta a la famosa discusión entre bolcheviques y mencheviques sobre los principios de organización del partido, durante el II Congreso del Partido socialdemócrata ruso. Según Araquistáin « *Lenin, cabeza de la mayoría, de los bolcheviques, quiere un partido organizado autocráticamente, de arriba abajo, no de abajo arriba, democráticamente, como deseaban los mencheviques.* » ¿ Por qué quería Lenin un partido « autocrático » ? Porque... *Necesitaba un instrumento de dictadura personal y para eso constituyó su partido comunista ruso y después su Internacional Comunista.* Pero la palabra « dictadura » tenía mala reputación histórica — sigue razonando Araquistáin — y por eso Lenin la llamó « *dirección centralizada* ». Y de esta especie de pasión de Lenin por las dictaduras viene después la dictadura del proletariado, primero en Rusia y, luego, extendiéndose, en el mundo.

Como se ve nuestro profundo teórico encuentra fácil explicación a todo. La victoria de la revolución socialista en Rusia, la victoria de la revolución china y europeas, el que los partidos comunistas, en poco más de 35 años hayan pasado de ser un puñado de revolucionarios a agrupar más de 37 millones de afiliados; todas las gigantescas transformaciones revolucionarias de este medio siglo, se explican... ¡ por las « ideas autocráticas » de Lenin ! ¡ Esto sí que es fidelidad al marxismo !

Veamos en qué consistían las « ideas autocráticas » de Lenin sobre el partido. Lenin sostenía que en la nueva época en que había entrado el capitalismo, la época imperialista, cuando la lucha de clases se exacerbaba y adquiría caracteres sumamente violentos, cuando la cuestión de la revolución socialista se ponía históricamente al orden del día, la clase obrera necesitaba un partido de nuevo tipo, diferente de los viejos partidos de la II Internacional, en el sentido de poseer una mayor capacidad combativa, no sólo ideológica sino orgánica. Los partidos de la II Internacional, que se habían formado en una época de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo y bajo el influjo de esas circunstancias se habían deslizado al terreno del reformismo, de la colaboración de clases; que no reconocían, de hecho, otras formas de lucha que el parlamentarismo y las acciones económicas, eran impotentes para cumplir su misión en las nuevas condiciones creadas por la agudización de la lucha de clases. Así lo confirmó la bancarrota vergonzosa de esos partidos al estallar la primera guerra mundial.

La nueva situación histórica exigía un partido que, además de ser fiel al espíritu revolucionario del marxismo, a sus principios, poseyera una disciplina de hierro, que para serlo tenía que ser consciente; estuviera dotado de una organización y dirección centralizada. Sólo así el partido podía actuar con unidad de acción.

Sólo un partido de ese tipo podía sostener con éxito la lucha contra un enemigo tan poderoso e implacable como el imperialismo internacional. Partiendo de tales premisas Lenin creó su teoría sobre el partido, elaboró sus principios de organización cuya piedra angular es el centralismo democrático, en el que se combinan y funden dialécticamente la democracia interna, la libertad de opinión y

de discusión, sin las cuales el partido no puede elaborar de forma creadora y objetiva su ideología y su política, con la unidad de dirección, la unidad de acción, sin las cuales el partido pierde su capacidad de combate.

Frente a la concepción leninista del tipo de partido que necesitaba la clase obrera, los mencheviques utilizaban argumentos semejantes a los que hoy emplea Araquistáin. Este no ha inventado nada nuevo. Los mencheviques decían que exigir de los afiliados someterse a las decisiones del partido era ver la cosas de manera « formal y burocrática »; que exigir la sumisión de la minoría a la mayoría era « ahogar mecánicamente » la voluntad de los miembros del partido. Acusaban a los bolcheviques de querer instaurar en el partido « un régimen feudal » (Araquistáin, para cambiar un poco, dice autocrático), etc., etc.

La verdad histórica es que Lenin defendió siempre, celosamente, la democracia interna del partido, a la que consideraba inseparable del centralismo; veló en todo momento por la observación escrupulosa de los estatutos del partido, por la elección verdaderamente democrática, de abajo arriba, de todos los órganos dirigentes, por la autoridad soberana de los congresos del partido, por la libertad de discusión política y de investigación teórica en el partido, considerando que sólo así éste podía ser un organismo vivo, ligado a las masas y a la realidad.

Únicamente en condiciones de clandestinidad, como las que durante mucho tiempo conoció el Partido bolchevique, Lenin admitía la necesidad de limitar la democracia interna, de designar desde arriba los órganos dirigentes. Pero la clandestinidad para Araquistáin no cuenta. Se ve que, según su concepción del desarrollo histórico los partidos marxistas « deben » desenvolverse siempre en plena legalidad democrática o... dejar de actuar. Desgraciadamente ni el zarismo ruso, ni la dictadura franquista, ni tantos otros regímenes burgueses, fascistas o « democráticos », se sintieron inclinados a crear condiciones óptimas para el desenvolvimiento del partido de la clase obrera.

¿ Quién tenía razón en aquella vieja discusión entre bolcheviques y mencheviques que Araquistáin saca a relucir ?

Hoy es posible contestar a esta pregunta no sólo con argumentos teóricos como los apuntados sino con la experiencia práctica de medio siglo del movimiento obrero.

¿ Qué partidos han sido capaces de llevar a la clase obrera a la victoria sobre el capitalismo y a dirigir la transformación socialista de la sociedad ?

¿ Los partidos comunistas creados y forjados de acuerdo con la concepción leninista, o los partidos socialdemócratas, que cada día en mayor grado fueron abandonando en su ideología, en su política y en su vida interna los principios del marxismo ?

La respuesta es obvia. Los partidos socialdemócratas han tenido o tienen el poder en países como Inglaterra, Francia, los países escandinavos, etc. Pero en todos ellos el capitalismo sigue imperando, explotando a las masas trabajadoras y provocando guerras catastróficas. El tipo de partido que defendían los mencheviques, que es el mismo que sigue defendiendo Araquistáin, como si no hubiera pasado nada, ha demostrado en la práctica la impotencia para la lucha revolucionaria en esta época, tal como previó Lenin.

Si nos referimos a la experiencia concreta de nuestro país, son conocidas la posición clave que el Partido Socialista ocupó en los primeros años de la segunda

República y su influencia decisiva en la clase obrera, así como en un gran sector de las masas campesinas y de las clases medias. Si el Partido Socialista hubiera sido un partido de tipo leninista, un partido marxista revolucionario, si no hubiera estado dividido en tendencias divergentes y hubiera contado con la necesaria disciplina de combate, otra hubiera sido posiblemente la suerte de la democracia española.

Y si se quiere encontrar la causa verdadera del crecimiento del Partido Comunista de España en los años de la República y de la guerra nacional revolucionaria, no hay que buscarla en intervenciones exteriores, como suelen hacer algunos dirigentes republicanos y socialistas, sino en que el partido comunista reunía esas características nuevas que exigía la nueva situación revolucionaria de España. Análoga razón explica el fortalecimiento del Partido Comunista bajo el franquismo.

Ahora los « araquístanes » de todos los países tratan de aprovechar hábilmente la autocritica de los partidos comunistas, la denuncia y corrección de los errores de Stalin para resucitar las viejas diatribas mencheviques contra el tipo leninista de partido y demostrar « que ellos tenían razón ».

Para esto, claro está, necesitan tergiversar los hechos. Hacen como que no se dan cuenta de que los errores de Stalin — que no sólo no anulan sino que quedan en un segundo término en comparación con sus importantes méritos en la organización y educación de los partidos comunistas — son errores precisamente porque representan una desviación de tipo sectario, burocrático, subjetivista, de la concepción leninista del partido; porque representan la violación del centralismo democrático, la violación de la democracia interna, que es inherente a los partidos comunistas, aunque en circunstancias de excepción (clandestinidad, guerra, etc.) tenga que ser sometida a limitaciones.

Prueba evidente de que esos errores no son el resultado « lógico » — como pretende Araquistáin — de la naturaleza de los partidos comunistas, sino que están en contradicción flagrante con ella, es que han sido los propios partidos comunistas, sus fuerzas internas, quienes los han puesto al descubierto y corregido.

El análisis de esos errores confirma, justamente, que la teoría leninista sobre el partido es exacta, corresponde a las necesidades de la lucha en la época actual. La desviación sectaria, antidemocrática, burocrática, de la concepción leninista, conduce a reducir la capacidad combativa del partido, a aislarlo de las masas y de la realidad. Lleva al partido y a sus dirigentes a caer en el subjetivismo, a apartarse del método dialéctico en la resolución de los problemas. Así ha sucedido en el caso del Partido de los Trabajadores húngaros.

Pero al corregir desviaciones de ese tipo los comunistas no incurren en la ingenuidad de volver a una concepción del partido condenada por toda la experiencia histórica. El remedio sería peor que la enfermedad. La crisis del partido de los comunistas húngaros ha sido el resultado no sólo de los errores antes señalados, sino de que al tratar de corregirlos una parte del partido ha caído en errores del tipo opuesto, en el oportunismo de tipo liberal burgués. Esta experiencia ha demostrado que un partido comunista que pierde su unidad ideológica, su unidad de acción, su disciplina, deja de ser un partido comunista.



Para « demostrar » que la teoría de Lenin sobre la revolución socialista es una falsificación del marxismo, Araquistáin tampoco inventa nada. Se limita a repetir, casi textualmente, la vieja acusación de Kautsky. Cuando éste era todavía marxista defendió brillantemente contra Bernstein y otros revisionistas las tesis de Marx sobre la dictadura del proletariado. Pero más adelante, después de contribuir decisivamente a que el partido socialdemócrata alemán se alineara al lado de su burguesía imperialista en la primera guerra mundial, Kautsky volvió completamente la espalda al marxismo. Se dedicó a proporcionar argumentos « teóricos » contra la primera revolución socialista victoriosa, a la que reprochaba haber llegado al mundo sin existir las condiciones objetivas necesarias (es decir, sin el permiso de Kautsky). Olvidó su polémica con los revisionistas y la emprendió contra la dictadura del proletariado en el momento en que los obreros y campesinos rusos, con heroísmo y abnegación sin límites, empezaban a convertirla de tesis teórica en realidad viva.

Según Kautsky, Lenin para justificar su posición había « recordado a tiempo una palabreja sobre la dictadura del proletariado que Marx empleó una vez en 1875 en una carta » (1). Casi cuarenta años después Araquistáin rumia el mismo « argumento ». « La consigna mágica (se refiere a la dictadura del proletariado F. C.) no la inventó Lenin que era más hombre de acción que de imaginación. La descubrió en un texto poco conocido y de no mucha importancia que Carlos Marx escribió a su amigo Bracke en 1875... En el pensamiento de Marx no podía ser más que una metáfora, una frase literaria... Pero Lenin vió el cielo abierto con esta frase perdida y olvidada de Marx y de lo que no pasaba de ser una impropiedad del lenguaje, o a lo sumo una ficción o un mito político, él hizo la piedra angular de su teoría de la revolución proletaria. »

El texto de Marx aludido es el siguiente :

« Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura del proletariado (2) ».

Como se ve, para calificar de palabreja o de metáfora, impropiedad de lenguaje, etc., esta formulación, precisa como un teorema, que generaliza y resume toda la experiencia histórica, hace falta una increíble ligereza o una premeditada intención de engañar al lector poco informado. Por añadidura esta tesis no se encuentra en un texto sin importancia, como dice irresponsablemente Araquistáin, sino que es parte fundamentalísima de la crítica de Marx al programa de la socialdemocracia alemana aprobado en el congreso de Gotha.

Pero, además, Kautsky se sabía a Marx de memoria (otra cosa es Araquistáin que, a juzgar por sus escritos, conoce a Marx sobre todo a través de sus detractores) y no podía ignorar que tanto Marx como Engels se habían referido repetidas veces a la dictadura del proletariado.

(1) Kautsky *La dictadura del proletariado*, 1918 (Ver Lenin : *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Obras Escogidas, T. II).

(2) C. Marx : *Crítica del Programa de Gotha*. Obras Escogidas, T. II.

En realidad la idea de la dictadura del proletariado se encuentra ya en germen, aunque no formulada de forma explícita, en el Manifiesto Comunista. Allí escribe Marx :

« ... el primer paso de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante y para aumentar, con la mayor rapidez posible, la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio, más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción... ».

Y un poco más adelante : *« El poder político, hablando propiamente, es la fuerza organizada de una clase para la opresión de otra. »* Y el carácter político del poder público de la clase obrera sólo desaparece cuando en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase... ¿No están aquí en germen, en esencia, los rasgos de la dictadura del proletariado?

El desarrollo histórico, la práctica social, no habían proporcionado aun el material suficiente para llegar a una formulación más concreta. Este material lo proporcionan las revoluciones democrático-burguesas de 1848, en las que el proletariado desempeña ya un importante papel.

En su carta a Weidemeyer (5.III.1852) Marx, después de aclarar que no es él quien ha descubierto la existencia de las clases ni la lucha de clases, dice sobre su propia teoría : *« Lo que yo he aportado de nuevo consiste en haber demostrado lo siguiente : 1) que la existencia de las clases está ligada solamente con determinadas fases históricas del desarrollo de la producción, 2) que la lucha de clases lleva, obligatoriamente, a la dictadura del proletariado, 3) que esta misma dictadura representa, solamente, el tránsito a la liquidación de todas las clases, a la sociedad sin clases. (Todos los subrayados son de Marx).*

Como se ve, veinte años antes de 1875 Marx formula ya, con toda claridad, su tesis sobre la dictadura del proletariado y la considera parte esencial de su teoría.

Pero Marx y Engels no concretan todavía, en aquel período, las características, los rasgos del nuevo poder. La revolución de 1848 no proporciona aun el material suficiente. Sólo la insurrección del proletariado y del pueblo de París en 1871 crea, por primera vez en la historia, el germen de un nuevo poder, que en lugar de ser el instrumento de la minoría explotadora es el poder de la clase obrera : la Comuna. Como *« resultado de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora fué descubierta, por fin, la forma política bajo la cual puede realizarse la liberación económica del trabajo (1) ».*

Por la tanto, la dictadura del proletariado no es una frase casual, ni la invención de gabinete de un reformador genial. Es, ante todo, el fruto natural de la lucha de clases, la creación de las masas trabajadoras revolucionarias. El mérito

(1) Carlos Marx. *La guerra civil en Francia*. Obras Escogidas, T. I.

histórico de Marx es haber interpretado y generalizado científicamente esa creación de las masas, convirtiéndola en instrumento de su acción consciente. La responsabilidad histórica de los Kautsky y Araquistáin es la contraída por hacer todo lo posible para impedir que las masas trabajadoras adquirieran esa conciencia. El mérito de Lenin y de los comunistas es haber defendido y desarrollado esa pieza angular del marxismo, y haberla transformado en realidad viva en una gran parte del mundo.

La revolución rusa engendró una forma concreta de dictadura del proletariado: los soviets. Aunque hasta entonces los marxistas consideraban que la forma más apropiada para la dictadura del proletariado era la república democrática, Lenin comprendió todo el valor de esta nueva creación de la lucha revolucionaria de las masas y llegó a la conclusión de que en las condiciones concretas de Rusia los soviets eran una forma de democracia directa superior a la república parlamentaria. Pero Lenin, al mismo tiempo, advierte que la forma soviética no es la única, que las formas de la dictadura del proletariado pueden ser muy diversas según las condiciones históricas concretas, las particularidades nacionales, etc. Las nuevas formas de la dictadura del proletariado en China y los países del Este europeo confirman la tesis de Lenin. Las generalizaciones teóricas del XX Congreso del P.C.U.S. permiten prever que en las actuales condiciones históricas, en la actual relación mundial de fuerzas, la república democrática parlamentaria puede ser también, en ciertos países, una forma estatal de la dictadura del proletariado.

Que en 1918, cuando la dictadura del proletariado apenas había iniciado su marcha triunfal, Kautsky acusara a los bolcheviques de desviación del marxismo y de ir contra las leyes objetivas del desarrollo social se comprende, aunque no se justifique. Pero que en nuestros días, cuarenta años después de que la dictadura del proletariado es una realidad viva, cuando se ha transformado en un sistema mundial que engloba a más de la tercera parte de la población humana, se sigan utilizando los mismos pobres argumentos, ¿no es caer en el ridículo y hacer gala de irremediable impotencia teórica?

Si en menos de cuatro decenios mil millones de trabajadores han instaurado la dictadura del proletariado y, apoyándose en ella han realizado gigantescas transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que han cambiado la faz del mundo, ¿en qué cabeza cabe — sobre todo si esa cabeza pretende ser marxista — explicar este fenómeno por las supuestas « inclinaciones dictatoriales » de esta o la otra personalidad? ¿Cómo no ver en ello la plena confirmación de la conclusión a que Marx llegaba ya en 1852: « *la lucha de clases lleva obligatoriamente a la dictadura del proletariado* »? ¿Cómo no ver la plena confirmación de que la dictadura del proletariado responde a las exigencias más profundas del desarrollo social en la actual época de paso del capitalismo al socialismo en escala mundial, y que el mérito de los comunistas consiste en ser los instrumentos conscientes de esa exigencia histórica?

Frente a esta realidad viva, ¿qué pueden ofrecer los teóricos del reformismo? Hasta ahora no se conoce ningún ejemplo de que el sistema capitalista, su base económica, su superestructura, hayan sido liquidados y sustituidos por una organización socialista de la sociedad siguiendo otro camino que el de reemplazar la dictadura burguesa (sea cual sea la forma de ésta: fascista o democrática, conservadora o liberal) por la dictadura del proletariado (sea cual sea la forma de ésta: soviética, democrática, popular, etc.). Como no sea que nos ofrezcan como socia-

lismo el capitalismo inglés o norteamericano, que es lo que en definitiva ofrece Araquistáin.

Claro, la presencia tozuda de los hechos obliga a éste a reconocer que Rusia, bajo la dictadura del proletariado ha superado en brevísimo espacio de tiempo el atraso de siglos. Pero esto no embaraza a nuestro teórico. « *Se dirá que, a pesar de todo, la dictadura ha permitido la industrialización de Rusia, ¿pero era realmente necesaria?* », pregunta con inefable candor. Y se contesta él mismo : « *Inglaterra, los Estados Unidos y otros muchos países se han industrializado más que Rusia sin recurrir al despotismo. En todo caso podrá ser la razón de un Estado imperialista, pero no la razón de una revolución proletaria* ».

Por lo visto Araquistáin, que gusta exhibir su erudición histórica, ignora que la industrialización de Inglaterra comenzó hace casi doscientos años, y la de Estados Unidos hace casi ciento cincuenta. Ignora que los capitales que pusieron los cimientos de la industrialización inglesa se acumularon mediante la explotación bárbara de los primeros obreros ingleses y el saqueo de millones de esclavos coloniales. Ignora que los capitales que sirvieron de base a la industrialización norteamericana fueron exportados de Europa, donde se habían acumulado gracias a esa explotación de las colonias. Ignora, o hace como que ignora todo esto, porque si no es incomprensible semejante comparación con la industrialización de Rusia realizada en condiciones totalmente diferentes e infinitamente más difíciles, como ya antes hemos señalado. Para hacer frente al peligro de la agresión exterior y para crear las condiciones materiales que permitieran elevar el nivel de vida del pueblo, al régimen soviético no le quedaba otro camino que montar en dos o tres decenios la industria que los países capitalistas habían levantado en siglos. Y todo esto exclusivamente con sus propios recursos (sin recurrir al saqueo colonial, incompatible con el socialismo), con los recursos de un país atrasado y diezmado por la guerra.

¿Hubiera sido posible todo eso sin una dictadura de hierro contra los enemigos interiores y exteriores de la revolución?

La diferencia entre esta dictadura proletaria y la dictadura de la burguesía inglesa o americana sobre sus esclavos asalariados y coloniales es que la primera es dictadura para las clases explotadoras derrotadas y democracia para las masas trabajadoras. Pero esta pequeña diferencia pasa inadvertida para el « socialista » Araquistáin.

Como era de esperar, nuestro teórico intenta apuntalar los argumentos « kautskianos » con los que cree que le proporcionan los errores cometidos por Stalin y, bajo su influencia, por otros dirigentes comunistas. Para lograr el efecto deseado recurre a manipulaciones sofisticadas semejantes a las que antes hemos visto en relación con la teoría leninista sobre el partido. Es decir, a escamotear el hecho fundamental : que las orientaciones políticas y métodos denunciados como erróneos por los comunistas, son erróneos precisamente porque están en contradicción con lo que constituye la naturaleza y la misión de la dictadura del proletariado.

Si en Hungría, por ejemplo, las fuerzas reaccionarias e imperialistas han podido llegar a crear una situación como la que se conoce, ello se explica, como ha dicho en su reciente documento el Partido Comunista de China, porque en Hungría no había una verdadera dictadura del proletariado. La verdadera dictadura del proletariado, tal como la concebían Marx y Lenin, tal como ha sido confirmada en la práctica de la Unión Soviética, de China, etc., es la dictadura

de las masas trabajadoras sobre las clases explotadoras derrotadas; es la democracia más amplia para las masas y la defensa firme de esa democracia contra los enemigos del socialismo.

Pero este contenido de la dictadura del proletariado no se realiza automáticamente, por el simple hecho de que la base económica sea socialista; se realiza a través de una política y unos métodos acertados del partido revolucionario de la clase obrera. Si en esa política y en esos métodos existen errores graves, la dictadura del proletariado puede ser desnaturalizada, perder sus rasgos esenciales, dejar de ser, en la práctica, democracia para las masas trabajadoras y dictadura para sus enemigos.

Ahora bien ¿qué conclusión se puede sacar de todo esto? ¿La de que la teoría marxista-leninista de la dictadura del proletariado es un error, como pretende Araquistáin, o que es un error el desviarse de la teoría marxista-leninista de la dictadura del proletariado?

En Hungría, una parte de la clase obrera, de los intelectuales, de la juventud, descontentos por una política y unos métodos erróneos que ante ellos aparecían como fruto de la dictadura del proletariado tomaron un camino equivocado. Agitando la bandera de la democracia y la libertad en abstracto y asegurando que irían al socialismo por otros medios, se encontraron con que iban del brazo del cardenal Mindszenty y de los restos fascistas de Horthy. Y es que no existen, ni han existido nunca — por lo menos en este planeta — libertad ni democracia en abstracto. Mientras haya clases, la libertad siempre es libertad (más o menos amplia, según las condiciones) para unos y dictadura (en unas y otras formas, desde las más violentas a las más suaves, según las circunstancias concretas) para otros. Y viceversa. La dictadura franquista, ¿no ha sido libertad sin límites para un puñado de grandes monopolistas y sus servidores políticos, militares, eclesiásticos?

Y cuando hoy madura un estado de conciencia nacional que asocia la liquidación del franquismo y la instauración de la democracia con la idea de poner coto al poder omnímodo de los monopolios ¿qué es sino la exigencia de una democracia que dando la libertad que hoy no tienen a las masas trabajadoras y a la burguesía no monopolista, limite la libertad de los monopolistas, y aplique a estos explotadores de la savia nacional un poco de dictadura?

Este carácter concreto de clase — e incluso de éste o el otro grupo dentro de una clase — que tiene la democracia, es lo que los dirigentes republicanos y los socialistas de la Segunda Internacional no quisieron o no pudieron comprender. Y en los años de la República creyeron que se podía marchar por la carretera de la democracia del brazo de los generales facciosos y de los monopolistas, de los Franco y los March. Esta ilusión ha costado al pueblo ríos de sangre y dos decenios de fascismo. Es una experiencia que la democracia española no debe olvidar y de la que — dicho sea de paso — empiezan a tener conciencia no sólo los comunistas. Un ejemplo de ello lo da la Historia de España del ensayista socialista A. Ramos Oliveira, donde se critica reiteradamente la mencionada actitud de los dirigentes republicanos y socialistas.

Otro testimonio elocuente de que las experiencias del pasado dan su fruto para comprender mejor la realidad de hoy es la posición adoptada por la conocida personalidad del Partido Socialista, Luis Jiménez de Asúa, ante los acontecimientos de Hungría. En unas declaraciones a la revista chilena *Vistazo*, Jiménez de Asúa.

expresa la opinión de que la causa de estos sucesos hay que verla en que la reacción húngara, todavía fuerte a pesar de la existencia del régimen socialista y ayudada por la intervención del imperialismo, aprovechó el descontento de los trabajadores, provocado porque los « esfuerzos de los gobernantes, volcados en la formación de una fuerte industria habían descuidado el otro aspecto (se refiere a las condiciones de vida F. C.) fundamental para la sociedad ». A continuación agrega :

« Tengo la experiencia de nuestra España. Hablan de libertad de prensa. Yo pregunto : ¿qué libertad puede haber si todas las agencias noticiosas pertenecen a los intereses financieros de los Estados Unidos, que justamente son los que agitan esas intervenciones armadas ? Nosotros conocemos muy bien esa « libertad de prensa » durante la revolución del 36. Por eso, aunque en principio soy contrario a toda clase de intervenciones, acepto el llamamiento del Gobierno de Kadar a la Unión Soviética. Si no, es de imaginarse el trampolín para atacar a los países de Europa central, que significaría la recuperación del poder por las fuerzas que representan las figuras negativas de Horthy y Mindzenty, indiscutiblemente antipopulares. No confundamos las peticiones del pueblo con el aprovechamiento de estas por fuerzas extranjeras o reaccionarias ».

Ésta sí es una posición socialista.

Los imperialistas verían el cielo abierto si la clase obrera, ante los errores cometidos o que puedan cometerse en tal o cual país en la realización práctica de la dictadura del proletariado, confundieran lo secundario con lo principal y abandonara el camino que llevó ya a la victoria del socialismo en una tercera parte del mundo. La campaña contra la teoría marxista-leninista de la revolución socialista, contra su piedra angular, la dictadura del proletariado, es la expresión ideológica de ese interés de clase de los imperialistas. Pero el proletariado internacional y su vanguardia comunista, son ya demasiado fuertes y su teoría revolucionaria, está ya suficientemente comprobada para que esos deseos puedan convertirse en realidad.

II.

Las especulaciones contra el marxismo-leninismo del tipo de las que acabamos de comentar no deben quedar sin respuesta, pero su alcance está limitado por la pobreza misma de los argumentos que las respaldan, mil veces rebatidos por la teoría y la práctica de la lucha revolucionaria del proletariado.

Más importancia tiene — por el uso que de ello pueden hacer los enemigos del socialismo y por la confusión que pueden crear en las filas obreras — que en el mismo seno del movimiento comunista surjan ciertas posiciones que, presentándose como un « desarrollo del marxismo », en el fondo encierran un germen reviv-

sionista. Entre las más importantes, a nuestro juicio, están algunas de las opiniones expresadas por E. Kardelj, uno de los dirigentes y teóricos más significados de la Unión de Comunistas Yugoslavos, en su discurso del 7 de diciembre de 1956 ante la Asamblea Nacional de Yugoslavia (1).

Kardelj se propone en ese discurso llegar a « *algunas conclusiones generales sobre el mecanismo social en el período de transición* », partiendo del análisis de la experiencia hasta ahora conocida en este dominio.

Lo primero que sorprende en dicho análisis, extenso y prolijo, realizado en nombre del marxismo y del leninismo, es que no aparezca en él una sola referencia directa a la dictadura del proletariado; que no figure entre las « conclusiones generales », la de que la dictadura del proletariado sigue siendo el factor esencial (si hablamos de la superestructura) del « *mecanismo del movimiento social en el período de transición* ». Choca la ausencia de tal conclusión sobre todo en el momento en que los enemigos y adversarios del marxismo concentran sus fuegos contra esa piedra angular de la teoría revolucionaria del proletariado.

¿Se trata de un olvido o de una cuestión de forma? No creemos que ésta sea la explicación, si tenemos en cuenta que estamos ante un marxista cultivado y si tomamos en consideración no fragmentos aislados sino el conjunto del análisis.

Kardelj no sólo no reafirma la necesidad de la dictadura del proletariado, sino que llega a conclusiones que inducen en dirección contraria. Por ejemplo, entre sus tesis fundamentales figura la de que « *el reforzamiento del papel del Estado en las relaciones económicas y sociales de éste o el otro país socialista no es el medio para la plena liberación de las fuerzas del socialismo* ». ¿Como entender esta tesis? ¿Se refiere Kardelj a la sociedad comunista en la que el Estado, como demuestra el marxismo, se extinguirá gradualmente?

No. Kardelj se refiere a la época actual, a la época de transición del capitalismo al comunismo, puesto que de acuerdo con esa idea central llega a la conclusión de que todos los países socialistas están ante la necesidad de realizar cambios radicales, profundos, en su sistema político, precisamente en el sentido de disminuir el papel del Estado socialista (es decir, del órgano esencial de la dictadura del proletariado) en la dirección de la economía y, en general, de toda la vida social.

Esta orientación a disminuir el papel del Estado socialista, que impregna toda la exposición de Kardelj, se expresa abiertamente en problema tan decisivo como es el de las formas de la propiedad social de los medios de producción.

El marxismo-leninismo considera que la propiedad estatal socialista es la forma más consecuente, superior, (en el período de transición) en que se concreta, se materializa por así decirlo, la propiedad de toda la sociedad sobre los medios de producción. Kardelj opina de forma diferente y considera que la forma más consecuente de propiedad social es la que coloca esta propiedad bajo « *la gerencia democrática inmediata de la comunidad de productores* », a través de los consejos obreros de cada empresa o de las comunas territoriales. Del análisis de Kardelj se desprende claramente que ese tipo de propiedad social es el que debe constituir

(1) Este discurso ha sido publicado íntegro en la revista teórica del Partido Comunista de la Unión Soviética, *Komunist*, acompañado de un importante artículo de A. Rumiantzev rebatiendo sus principales tesis. La revista del P. C. francés *Démocratie Nouvelle*, febrero 1957, ha reproducido un extracto de este debate.

principalmente la base del « mecanismo del movimiento social en el periodo de transición », mientras que el papel de la propiedad estatal debe disminuir. Como es lógico, a dicho tipo de propiedad social corresponde un tipo de « mecanismo » cuyo rasgo distintivo es la *descentralización*. Esta es otra de las conclusiones fundamentales de Kardelj. Partiendo de estas ideas Kardelj considera que el sector de la clase obrera que participó en la insurrección armada contra el Estado socialista húngaro actuó en « sentido socialista » puesto que se planteó sustituir la propiedad estatal por la propiedad de los consejos obreros.

Naturalmente, el marxismo reconoce como forma de propiedad social no sólo la propiedad estatal socialista, sino también la propiedad (en el marco del socialismo) de un grupo o colectivo de trabajadores. Por ejemplo la propiedad de las colectividades agrarias o artesanales. Pero considera que la propiedad estatal es la forma superior porque es la que corresponde a las fuerzas productivas de vanguardia, a los medios de producción básicos, a la conciencia socialista más avanzada, mientras que la otra, la propiedad de un colectivo o asociación parcial de trabajadores, es una forma social inferior, que con el desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica, de la conciencia socialista, tiende a transformarse en la primera.

Esta supremacía de la forma estatal y, en concordancia con ella, la decisiva función económica del Estado socialista, no son algo arbitrario, inventado, sino impuesto por todo el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas, que ya bajo el capitalismo conduce inexorablemente a una concentración, cada vez mayor, de la producción, a una interdependencia cada vez más estrecha de los procesos productivos, de los medios de producción básicos, lo que a su vez exige objetivamente una utilización y dirección centralizada, planificada, de esos medios de producción, de toda la producción en su conjunto. El gran desarrollo que en nuestros días ha alcanzado el capitalismo de Estado es, en parte, la expresión de esas tendencias objetivas. Precisamente la contradicción esencial de la sociedad capitalista, que la condena irremisiblemente, es esa : la que existe entre el carácter social de la producción, de los medios de producción, y la propiedad privada capitalista. Bajo el capitalismo monopolista esa contradicción alcanza la profundidad y tensión extrema. Y el capitalismo de Estado en el marco del sistema capitalista no puede resolver esa contradicción porque es un simple instrumento del capital monopolista. Sin necesidad de salir de nuestras fronteras ese proceso lo observamos claramente en el panorama actual de la economía española. Y la solución no consiste en una utópica vuelta atrás, sino en que ese proceso objetivo sea liberado de las trabas capitalistas y puesto bajo el control y dirección de toda la sociedad. Tarea que solo puede realizar la revolución socialista.

Con el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas bajo el socialismo esa tendencia objetiva a la concentración, a la complejidad siempre en aumento del organismo productivo y de su factor más dinámico, los instrumentos de producción, se acrecienta en ritmo y en amplitud.

¿ Qué consecuencia tendría que en lugar de disponer de los medios de producción esenciales un organismo central único, como es el Estado socialista (y en la sociedad comunista el organismo que le reemplaza en estas funciones) dispusieran de ellos diferentes grupos, colectividades, asociaciones ? El resultado, a la corta o a larga, sería el de utilizar irracionalmente los recursos productivos, provocar el caos y la anarquía, frenar las fuerzas productivas; significaría ir a contrapelo de las leyes objetivas del desarrollo social.

Naturalmente, los límites y proporciones respectivos de la propiedad estatal y de la propiedad de colectividades, en cada momento del desarrollo socialista durante el período de transición, dependerá de las características del país, del desarrollo mayor o menor de las fuerzas productivas, del grado de conciencia socialista de los trabajadores, etc. En un país como Yugoslavia, donde todavía tiene un peso considerable la pequeña producción (y donde el ritmo de la edificación socialista puede ser más lento gracias a que está protegida del ataque exterior por la existencia de un poderoso sistema mundial socialista), es explicable que durante cierto período en el conjunto de la propiedad social de los medios de producción pueda ocupar un lugar importante la forma de propiedad de colectividades artesanales o industriales. Y todos los esfuerzos de los marxistas yugoslavos por encontrar formas adecuadas, apropiadas a las características específicas — económicas, políticas — del país, son dignos de aplauso y de estudio. Pero apoyarse en estas condiciones peculiares y transitorias para negar una tesis fundamental del marxismo, producto de la generalización del desarrollo histórico, no de este o el otro país aislado, sino de todo el capitalismo y el socialismo en su conjunto, pensamos que es un profundo error. Es de suponer que el propio desarrollo de las fuerzas productivas en Yugoslavia obligará, cada vez más, a ampliar los límites de la propiedad estatal socialista, y a elevar su peso específico en el conjunto de la propiedad social.

En definitiva, el desarrollo del socialismo en el período de transición irá forzosamente en la línea de un reforzamiento del Estado socialista, de sus funciones económicas, y no de su debilitamiento.

La idea de que es posible crear una sociedad socialista sobre la base de que los llamados productores dispongan *directamente* de los medios de producción (no queremos decir que esta sea la idea de Kardelj, pero a ella podría conducir el desarrollo lógico de sus tesis) la propugnaron Prudhon y otros ideólogos del socialismo no científico, pequeño burgués, en una época en que el desarrollo relativamente débil del capitalismo, el gran peso específico de la masa de artesanos y productores independientes, amenazados de liquidación por el progreso capitalista, proporcionaba a esas ideas, al mismo tiempo que una amplia base social, cierta apariencia de viabilidad. Esa utopía, con unas u otras modalidades, es la base programática de las corrientes anarquistas y anarcosindicalistas que en España han tenido tanta influencia y hoy siguen conservando alguna en ciertos sectores del pueblo.

Pero en el mundo contemporáneo, en la época de los monopolios gigantes, del capitalismo de Estado, de la energía atómica; en la época en que la primera experiencia de una economía socialista ha obtenido resultados prodigiosos gracias, precisamente, a que superando las contradicciones capitalistas ha convertido el proceso de producción en un proceso dirigido y planificado por el Estado socialista, ¿no resulta sorprendente, sobre todo en un marxista, volver los ojos hacia Prudhon? ¿Es esto desarrollo del marxismo?

Kardelj se apoya en citas de Marx, donde éste habla de la asociación de productores. Pero Marx y Engels utilizaron esa noción refiriéndose no al período de transición del capitalismo al socialismo, sino a la sociedad comunista en la que desaparece ya toda diferencia de clases, fundiéndose en una sola la noción de obrero y de productor. Mientras tanto, éstas son nociones diferentes, y la

utilización de la noción de productor sólo puede servir para atenuar las diferencias de clase que subsisten en el período de transición, como su utilización bajo el capitalismo contribuye a alimentar la ilusión de una superación de las diferencias de clase entre burguesía y proletariado. No es casual que el franquismo impusiera oficialmente esa denominación.

Comprendemos y compartimos la preocupación de Kardelj en cuanto al peligro de burocratización en el Estado socialista, al ejercer éste su función de planificación y dirección económica. Efectivamente, ese peligro es serio y contra él previno Lenin incesantemente. La experiencia posterior ha demostrado la razón que le asistía. Uno de los fenómenos negativos ligados a los errores de Stalin es que las deformaciones burocráticas fueron demasiado lejos en una serie de aspectos, que la lucha contra ellas se debilitó, al debilitarse la intervención activa y consciente de las masas en las diferentes funciones estatales, al frenarse el desarrollo de la democracia socialista. Pero de la necesidad de corregir las deformaciones burocráticas, los excesos de centralización — a lo que todos los países socialistas están procediendo, como lo demuestran, para poner sólo el ejemplo de la URSS, las decisiones de los últimos plenos del Comité Central del P.C.U.S., y la sesión del Soviet Supremo de febrero de 1957 —, de esa necesidad, repetimos, no puede llegarse a la conclusión de que hay que debilitar el papel del Estado socialista como órgano que dirige planificadamente la economía.

Leyendo a Kardelj se tiene la impresión de que reforzamiento del Estado socialista y reforzamiento de la burocracia son fenómenos inseparables. Sin embargo, desde un ángulo marxista son nociones opuestas. Reforzamiento del Estado socialista no quiere decir « más burocracia », sino aparato más eficiente y ágil, más vinculado a las masas; quiere decir una participación más efectiva y consciente de las masas en las funciones estatales; que, entre otras formas, puede realizarse a través de una gran autonomía y derecho de iniciativa de los organismos locales, regionales, de una mayor participación obrera en la gestión de las empresas, etc.; quiere decir, en definitiva, una fusión cada vez mayor del Estado con la sociedad (1). Por eso puede afirmarse que el Estado socialista marcha hacia su extinción a través de su fortalecimiento. Lo que resulta plenamente de acuerdo con la dialéctica marxista.



(1) Este artículo ha sido escrito antes de conocerse las tesis del Comité central del P.C.U.S. relativas a la reorganización de la dirección de la economía socialista soviética. Estas tesis son una nueva confirmación, de gran transcendencia, a que la vía de desarrollo del Estado socialista no pasa a través de una disminución de su función dirigente, planificadora de la economía nacional, sino de la combinación cada vez más armoniosa de la necesaria centralización y planificación en escala de todo el país con la necesaria iniciativa y autonomía en escala local, regional, etc. O, lo que es lo mismo, a través de una aplicación cada vez más perfeccionada del principio leninista del centralismo democrático en la dirección de la economía.

Otra idea clave del informe de Kardelj, que apunta también contra el fortalecimiento de la dictadura del proletariado, es la de disminuir el papel del partido comunista en el período de transición.

El marxismo enseña, y la experiencia lo confirma plenamente, que la clase obrera no puede elaborar una verdadera conciencia socialista si no es creando su partido político, que asimile la teoría revolucionaria y la lleve a las masas, que constantemente aprenda de la experiencia práctica de las masas y la generalice científicamente. Sin embargo, Kardelj habla de la conciencia socialista de la clase obrera, e incluso del papel dirigente de ésta, como de algo que puede existir aunque la clase obrera no esté dirigida por su partido marxista-leninista. Por ejemplo, critica a los comunistas húngaros porque, « *no creían en la conciencia socialista de la clase obrera (se refiere a la parte de la clase obrera que fué arrastrada a la lucha contrarrevolucionaria. F.C.) ni en la necesidad material de que la clase obrera actúe en sentido socialista; les era incomprensible que las masas obreras pudieran, de forma directa, y no exclusivamente a través del partido, o de su dirección, participar en el sistema del poder y ser en él la fuerza decisiva* ». (Los subrayados son míos. F.C.).

Aquí Kardelj transforma la « necesidad material » de que la clase obrera actúe en sentido socialista en un factor que determina poco menos que inexorablemente, y en todo momento, el carácter de la acción de la clase obrera. ¿ No es ésta una interpretación vulgar del materialismo marxista? La « necesidad material » (entendiendo por ella la posición que la clase obrera ocupa en el proceso productivo) determina, efectivamente, el carácter de la acción de la clase obrera, pero sólo en última instancia. En la determinación del carácter de esa acción, *en cada caso concreto*, influyen otra multitud de factores y, muy primordialmente, las influencias ideológicas, políticas, etc., que predominan en la clase obrera en el momento dado. La historia del movimiento revolucionario cuenta con no pocos casos en que la acción de la clase obrera de un país, o de parte de ella, no tuvo precisamente un carácter socialista. Kardelj mismo reconoce que una parte importante de la clase obrera húngara había caído bajo la influencia de consignas e ideas liberales burguesas. ¿ Cómo es posible, entonces, que actuara « en sentido socialista »? ¿ Cómo es posible que en esas condiciones pudiera llegar a ser « la fuerza decisiva en el sistema del poder »? La práctica demostró que la fuerza decisiva en el poder que se empezaba a instaurar en Hungría, y que se hubiera instaurado del todo de no llegar a tiempo la ayuda del proletariado internacional, representado por el ejército soviético, no habría sido la clase obrera, sino los capitalistas y terratenientes.

Toda la experiencia histórica de la lucha revolucionaria del proletariado confirma plenamente lo que el marxismo dijo desde su Manifiesto inaugural : la clase obrera no puede elevarse al nivel de una verdadera conciencia socialista, no puede cumplir su misión histórica de dirigir a todo el pueblo trabajador hacia el derrocamiento del capitalismo y en la construcción del socialismo, si no crea su partido político. Y éste, para que sea verdaderamente revolucionario, no puede ser, en la época actual, más que del tipo leninista, como antes vimos polemizando con Araquistáin. Sólo bajo la dirección de ese partido la clase obrera puede cumplir su misión en todas las etapas de la lucha por el comunismo.



Como vemos, Kardelj llega a conclusiones que no van precisamente en la dirección de reforzar la dictadura del proletariado, el Estado socialista, el partido marxista-leninista. En parte, estas conclusiones las fundamenta en el análisis de la experiencia húngara.

El fondo del pensamiento de Kardelj a este respecto es que no se trata sólo de que el Estado y el Partido de los Trabajadores húngaros hayan cometido errores graves; se trata del carácter, de la esencia misma de ese Estado y de ese partido. Por eso preconiza el cambio radical del primero y critica a los comunistas húngaros por reconstruir el segundo.

Uno de los principales argumentos de Kardelj para justificar esa tesis es que si sólo hubieran sido errores, si el sistema político húngaro hubiera sido tal que permitiera la expresión de las aspiraciones socialistas de las masas, éstas no hubieran recurrido a la lucha armada.

En primer lugar no basta, como decimos en la polémica con Araquistáin, que la base económica y la superestructura sean socialistas (es decir, que los medios de producción sean propiedad social y que el poder pertenezca a la clase obrera) para que todo marche bien. Hace falta, además, que la política que se aplique por el partido y el Estado, que los métodos que empleen, sean justos, correspondan a las necesidades objetivas. Si en esos aspectos se cometen graves errores, aunque la base económica sea socialista, aunque el sistema sea socialista, aunque las instituciones sean buenas, se pueden provocar graves conflictos. Pero entonces lo que hay que modificar es la política, los métodos, no el sistema político. ¿Por qué indenticar esas nociones que son distintas aunque en la vida se presenten estrechamente ligadas?

En segundo lugar ¿por qué el hecho de que en la insurrección participara una parte de la clase obrera ha de considerarse como prueba suficiente de que ésta no disponía de otro camino para que se atendieran sus reivindicaciones en aquello que tuvieran de justo? Los hechos demuestran que la insurrección se produce precisamente en el momento en que el Estado y el partido han iniciado la corrección de la política y los métodos que habían provocado el descontento de las masas. No, la realidad es otra. La realidad es que si algunos sectores obreros apoyaron la insurrección contra su propio régimen es porque cayeron bajo la influencia política de los enemigos del socialismo, los cuales supieron aprovechar hábilmente el descontento popular para organizar y desencadenar la lucha armada, no porque ésta fuera la única salida para las masas, sino porque ésta era la « salida » que convenía a la reacción húngara y al imperialismo internacional.

La naturaleza y el alcance de los graves errores cometidos por el partido de los comunistas húngaros y el retraso con que se inició su corrección, han sido ampliamente analizados en documentos del partido húngaro y de otros partidos comunistas (1) y no vamos a detenernos aquí. Pero la conclusión fundamental que se desprende de esa grande y trágica experiencia no es precisamente que haya que debilitar la dictadura del proletariado, sino todo lo contrario: hay que fortalecerla en su doble aspecto de democracia auténtica para las masas trabajadoras y de

(1) En particular, el artículo de *Pravda* (23.XI.1956) y el documento del P.C. de China publicado en su órgano central *El diario del pueblo* con fecha 29 de diciembre de 1956.

dictadura firme para los enemigos del socialismo. Esta es la tarea que han emprendido los comunistas húngaros con el aliento y la ayuda del movimiento comunista internacional.

En definitiva, más que un examen marxista, es decir objetivo, de la realidad, el análisis de la experiencia húngara que nos ofrece Kardelj parece un intento de extraer de ella, a toda costa, razones que corroboren las ideas preconcebidas del autor sobre el « mecanismo del movimiento social en el período de transición » y que en esencia se reducen a poner en tela de juicio la necesidad de la dictadura del proletariado, el papel decisivo del Estado y del partido, y a conceder un papel desmesurado al factor espontáneo.

Para llegar a conclusiones, a nuestro juicio tan erróneas, Kardelj hace abstracción o casi abstracción, de un factor decisivo en la interpretación marxista de la experiencia húngara y de otros hechos actuales : la lucha de clases que se libra entre proletariado y burguesía, en dimensiones no sólo nacionales sino internacionales.

En cuanto a la lucha de clases en la dimensión nacional Kardelj considera (refiriéndose concretamente no sólo a Hungría sino a otros países llegados al socialismo tras la segunda guerra mundial) que después de estar la clase obrera diez u once años en el poder los restos de las clases explotadoras son un factor de ínfima importancia. Esta afirmación está en contradicción, no sólo con todas las enseñanzas del marxismo-leninismo, con toda la experiencia histórica, sino con la realidad concreta de Hungría. Esto lo comprenden hasta socialistas como Jiménez de Asúa, según hemos visto.

Polemizando con los reformistas, Lenin demostraba que si el socialismo ha triunfado sólo en un país y no hay otros que puedan proporcionarle ayuda, las clases explotadoras derrotadas pueden ser incluso más fuertes que la clase obrera en el poder durante un largo período. Hoy, naturalmente, las condiciones son distintas. La clase obrera ha llegado al poder en una serie de países de Europa y Asia contando con la ayuda de la Unión Soviética. El socialismo se ha transformado en sistema mundial. Esto quiere decir que la situación para las clases derrotadas en cada nuevo país socialista es mucho más difícil, y la perspectiva de una revancha mucho más problemática que antaño. Pero de esto a considerar insignificante la fuerza que conservan las clases explotadoras derrotadas, hay una gran distancia que no se puede recorrer sin negar el marxismo y la realidad misma.

La experiencia concreta de Hungría demuestra que los restos de las clases explotadoras estaban representados no sólo por la presencia física de muchos de sus componentes, no sólo por los recursos económicos que éstos conservaban a pesar de haber sido expropiados de los medios de producción que antes detenían, no sólo por la experiencia de dirección, técnica, administrativa, militar, que una serie de servidores del antiguo poder, incrustados en el nuevo Estado, pueden, en circunstancias apropiadas, poner al servicio de la contrarrevolución, sino, sobre todo, por la influencia política e ideológica que las antiguas clases explotadoras conservaban en masas de la población campesina y urbana, procedentes de las antiguas clases medias, e incluso en algunos núcleos de la nueva clase obrera cuya composición después de la revolución socialista cambia considerablemente con la incorporación a ella, en el proceso de la industrialización, de importantes contingentes procedentes del campo y de las capas medias urbanas. La nueva ideología

y moral socialistas arraigan en las masas mucho más lentamente de lo que se transforman las condiciones económicas. La « necesidad material » de que habla Kardelj sólo decide en última instancia, como antes señalamos. La fuerza de los viejos hábitos individualistas, de la vieja moral y prejuicios, de la secular ideología de las clases explotadoras, de la religión y la tradición, tiran hacia atrás con enorme fuerza. Si al mismo tiempo en la política y los métodos del Estado proletario y del partido se cometen faltas graves, que repercuten agudamente en la situación económica de las masas, que hieren sentimientos arraigados, por ejemplo sentimientos nacionales y religiosos, todos los factores mencionados pueden catalizarse contra el poder socialista e incluso desembocar en una explosión, como la húngara, bajo la dirección de los enemigos del socialismo.

A todo lo anterior hay que añadir un factor tan considerable como es la ayuda exterior, la ayuda del imperialismo mundial a la reacción húngara, sobre la que la prensa internacional ha proporcionado abundantes datos.

Precisamente el error más importante en que a nuestro juicio incurre Kardelj es que hace abstracción de la lucha de clases en escala mundial, cuya forma más importante en este período es la lucha entre el sistema imperialista y el sistema socialista. En su informe, el dirigente yugoeslavo dice : « *Hoy la relación internacional de fuerzas es tal que la suerte futura del socialismo ya no se decide por la defensa de los resultados obtenidos (el socialismo ya no es un islote solitario) sino, ante todo, por el desarrollo posterior de estos resultados, el desarrollo posterior del mismo socialismo* ».

¿ No es esto un profundo error ? Una cosa es que el *desarrollo* de los resultados obtenidos sea un factor primordial en la determinación de los destinos del socialismo, puesto que es a través de esos resultados como se demuestra, ante todo, su superioridad sobre el capitalismo y como se fortalece el mismo socialismo, y que por tanto deba liquidarse toda traba y corregirse todo error que frene ese desarrollo, y otra cosa es olvidar que aún no está resuelto en escala mundial el problema de quién vencerá a quién. Verdad es que la relación de fuerzas ha cambiado considerablemente en los dos últimos decenios a favor del socialismo; verdad es que existen todas las posibilidades para que ese dilema se resuelva a favor del socialismo. Pero para que esas posibilidades se transformen en realidad queda todavía por delante una dura y difícil lucha entre las fuerzas mundiales del socialismo y del capitalismo imperialista, lucha que penetra e influye decisivamente el desarrollo en cada país. En España, por ejemplo, incurrirían en un grave error todos los que vieran la lucha por la democracia como algo aislado, independiente de esa lucha mundial que enfrenta, por un lado, las fuerzas del socialismo (más las fuerzas de la paz y del progreso en general) y, por otro, las fuerzas del imperialismo. En este sentido merecen destacarse las reiteradas advertencias de Indalecio Prieto sobre el peligro que el imperialismo norteamericano representa para la democracia española. De ahí que las posiciones negativas, antisoviéticas y anticomunistas que aún mantienen algunas fuerzas democráticas españolas estén en contradicción con las exigencias objetivas de la lucha por la democracia e independencia de España en el mundo en que hoy vivimos.

En definitiva, Kardelj incurre, a nuestro juicio, en el error de poner las contradicciones propias al socialismo, que indudablemente desempeñan un papel cada vez mayor en su desarrollo (y que llegarán a ser su motor único cuando el

socialismo sea el único sistema social en el mundo) por encima de las contradicciones entre el proletariado y la burguesía, entre el socialismo y el capitalismo, que en el actual período de transición del capitalismo al socialismo en escala mundial siguen siendo las decisivas y determinantes.

Con ello Kardelj cae en el error opuesto al de aquellos que subestiman o incluso ignoran las contradicciones inherentes al socialismo. La visión del desarrollo del socialismo como un proceso sin contradicciones propias (que aun no siendo antagónicas son el motor interno de ese desarrollo, y deben ser por tanto resueltas evolutivamente a través de la acción consciente de las masas dirigidas por el partido comunista) es una visión antimarxista, fuente de graves errores y conflictos. En esa visión falsa se ha incurrido parcialmente, en mayor o menor medida, en el pasado. Pero la corrección de ese error, mediante el desarrollo de la democracia socialista y la liquidación de todo dogmatismo — lo que a través de la lucha de opiniones, de la crítica y autocrítica, de la investigación científica, permitirá descubrir y conocer cada vez mejor las contradicciones específicas del socialismo y la forma de su resolución gradual — no puede llevarnos al extremo de convertir estas últimas en lo esencial y determinante cuando aún no está resuelta la contradicción decisiva de la época de transición, la contradicción entre proletariado y burguesía en dimensión mundial.

El desarrollo especial de Yugoslavia en los últimos nueve años pudo crear la ilusión óptica de que la lucha entre el socialismo y el imperialismo no es el factor esencial de nuestra época. Pero esto no pasa de ser una ilusión óptica.

Las grandes potencias capitalistas han tenido una actitud « amistosa » hacia Yugoslavia porque pensaban poderla utilizar como factor de discordia en el campo socialista. Más o menos el fondo del pensamiento de los estrategas del imperialismo podría resumirse así : bien vale la pena no atentar por ahora contra el poder socialista en Yugoslavia, incluso ayudarle económicamente, si ello nos permite explotar las querellas internas en el campo socialista y debilitar a éste.

Esta circunstancia ha facilitado indudablemente (sin que con ello pretendamos disminuir en lo más mínimo el mérito de los comunistas yugoslavos en la construcción del socialismo en su país) que aun estando separada del campo socialista durante un período, Yugoslavia haya podido mantener su régimen socialista.

Pero esta es una situación anormal y transitoria (que, por otra parte, confirma, aunque sea de rechazo, el papel decisivo de la lucha de clases en escala mundial para el desarrollo de cada país). Ha bastado que entre Yugoslavia y los demás países socialistas se normalizaran las relaciones para que los imperialistas iniciaran un cambio en su actitud. Lo ocurrido en relación con el proyectado viaje de Tito a Estados Unidos es elocuente.



La experiencia yugoslava, como la húngara o la polaca, como la de todos los restantes países socialistas, demuestra que no puede haber desarrollo socialista de un país (al menos desarrollo duradero) aislado, independiente del sistema mundial socialista.

El sistema mundial socialista no es un simple bloque o alianza de Estados, que puede existir o no existir, según las contingencias políticas o diplomáticas; es un producto natural de todo el desarrollo histórico, del actual nivel mundial de las fuerzas productivas.

La Historia no conoce hasta ahora más que dos sistemas mundiales: el capitalista y el socialista. Ni el modo de producción esclavista, ni el feudal cristalizaron en sistema mundial. El intercambio económico entre los países, la división internacional del trabajo, no habían adquirido aún la necesaria extensión y profundidad.

Pero el capitalismo no se transformó en sistema mundial más que a través de un largo proceso. Cuando el modo de producción capitalista nació en algunos países en el siglo XVI, en el mundo predominaban y continuaron predominando durante largo tiempo, el aislamiento y fraccionamiento medieval, el débil desarrollo de los intercambios internacionales, el débil desarrollo de las fuerzas productivas.

El socialismo, sin embargo, se ha transformado en sistema mundial en poco más de tres decenios, los que separan la revolución rusa de las revoluciones china y europeas. Esto se explica porque el socialismo llega al mundo (y no podía ser de otra forma) cuando el desarrollo de las fuerzas productivas, la división internacional del trabajo y la evolución de las economías nacionales hacia una economía mundial única, han alcanzado ya un alto grado de madurez. Pero el modo de producción socialista no sólo continúa este proceso, sino que lo revoluciona profundamente, puesto que la vieja estructura estaba determinada ante todo por los intereses del capital y no por las exigencias racionales de las diferencias naturales entre unos y otros países.

Por eso el socialismo, al triunfar en una serie de países, no puede por menos de convertirse rápidamente en sistema mundial, y de convertirse no mediante la simple adaptación a la vieja división internacional del trabajo, a las viejas relaciones, sino modificándolas según las exigencias del modo de producción socialista, de la liquidación de la opresión de unos países por otros, de la adaptación más racional a las diferentes características naturales, etc. Sobre esta base surgen nuevas leyes objetivas específicas que rigen el sistema mundial socialista a diferencia de las que rigen el sistema mundial capitalista.

Uno de los principales problemas teóricos y prácticos que este hecho plantea es el de la relación adecuada entre la gran expansión de los valores nacionales, que acompaña a la victoria del socialismo en cada país, con las exigencias de la integración en el sistema mundial socialista. Cada país, conservando y afirmando sus peculiaridades nacionales, su independencia nacional — y toda violación de ellas es un grave error, como ha demostrado la experiencia de los últimos años y, en particular los acontecimientos de Hungría y Polonia — al mismo tiempo no puede verse como algo aislado, absolutamente independiente, sino como parte de un organismo superior: el sistema mundial socialista. Es decir, como parte de un nuevo sistema de división internacional del trabajo, de interrelaciones económicas, políticas, culturales, basadas en el modo socialista de producción y subordinadas a leyes objetivas derivadas de él.

Por eso, todas las tendencias hacia el aislamiento de los países socialistas, hacia un pretendido « comunismo nacional », que el imperialismo se esfuerza por alimentar por todos los medios ideológicos y políticos, no sólo son práctica-

mente reaccionarias, porque debilitan la unidad de lucha de los países socialistas y del proletariado mundial contra el enemigo común, sino que son teóricamente falsas, porque van en contra de las leyes objetivas del desarrollo social.

La lucha del proletariado contra la burguesía ha sido desde el primer día una lucha internacional. Este carácter internacional brota orgánicamente de la transformación del capitalismo en sistema mundial, de la transformación de la economía, antes encerrada en los marcos nacionales, en economía mundial. El proletariado de cada país no lucha sólo contra los capitalistas nacionales, lucha contra el capitalismo internacional. Los obreros españoles lo han aprendido prácticamente a lo largo de su historia, viendo cómo los capitalistas ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos y otros se han llevado y se siguen llevando la parte del león de la plusvalía extraída de la clase obrera de nuestro país. Y viendo cómo el imperialismo internacional ha corrido en ayuda de la reacción española cada vez que los trabajadores han intentado sacudir su yugo.

Para que su lucha sea victoriosa el proletariado también tiene que unirse internacionalmente, como se une el capital.

Esa lucha internacional se desarrolla en el marco nacional de cada país, según las condiciones específicas y peculiares nacionales, pero no por eso pierde su carácter internacional. Y no hay ninguna contradicción irresoluble en la época actual entre este carácter internacional de la lucha del proletariado y los intereses nacionales, patrióticos de cada país, puesto que el enemigo principal de estos intereses nacionales y patrióticos está en los apetitos imperialistas de las grandes potencias capitalistas, y puesto que en la época actual no puede haber verdadero desarrollo de la economía y la cultura nacional de un país si su proa no está enfilada hacia el socialismo.

La unión internacional del proletariado tiene la ventaja sobre la unión internacional del capital de que mientras esta última está minada irremisiblemente por contradicciones antagónicas entre los monopolios y Estados imperialistas que se agudizan cada vez más, en el seno del proletariado internacional no hay contradicciones antagónicas.

Pero esto no quiere decir que no puedan surgir ciertas contradicciones, producto, ante todo, de la influencia que ejercen en el proletariado la ideología y las tradiciones del capitalismo, el chovinismo de gran potencia y el nacionalismo estrecho de las pequeñas. Entre los errores de Stalin uno de los más serios fué cierta desviación en casos concretos hacia el chovinismo de gran potencia, aunque en el conjunto de su obra fuera fiel al internacionalismo proletario. Ese error tuvo graves consecuencias para las relaciones entre los países socialistas, y el enemigo se aprovechó de él con fines provocadores. Yugoslavia fué una de las víctimas.

Pero ¿cómo no ver en la actitud negativa, unilateral, no objetiva de algunos comunistas yugoeslavos ante la obra de Stalin — no hallando en ella más que defectos — y en su subestimación de la experiencia soviética, en la apreciación no objetiva de los éxitos y los errores de esa experiencia, exagerando los segundos y minimizando los primeros, que son, en lo esencial, un reflejo de ese nacionalismo estrecho, heredado del pasado, que no tiene nada de común con la ideología revolucionaria del proletariado?

Fortalecer la unidad internacional del proletariado y en primer lugar del sistema socialista, cuyo eje, centro y fuerza decisiva es la Unión Soviética

constituye hoy una de las tareas esenciales, en el plano ideológico y político, de todos los verdaderos marxistas-leninistas. Y ello exige una lucha consecuente en el seno del movimiento comunista tanto contra toda manifestación de chovinismo de gran potencia, como contra toda manifestación de nacionalismo pequeño burgués.



Es evidente, como señalamos al principio de este artículo, que en virtud de las colosales transformaciones sociales, económicas, políticas y científicas, que en los últimos decenios han tenido lugar y a las que el marxismo ha contribuido de forma decisiva, ante él se presentan, nuevos problemas de gran complejidad que exigen una solución científica, es decir, marxista.

Estamos todavía dentro de la época que Lenin definió como la época del imperialismo — es decir, del ocaso capitalista — y de las revoluciones socialistas. Por ello, las tesis fundamentales de la teoría marxista-leninista sobre la revolución socialista, sobre la construcción del socialismo, sobre la organización del partido, etc., siguen siendo válidas.

Pero dentro de esta gran época, que finalizará con la instauración del socialismo en todos los países, hemos entrado, después de la segunda guerra mundial y de la victoria del socialismo en China y en el Este europeo, en un período nuevo, que se diferencia profundamente del período entre las dos guerras mundiales.

Tres hechos fundamentales, estrechamente interrelacionados, caracterizan este nuevo período: la transformación del socialismo en sistema mundial; el hundimiento del sistema colonial del imperialismo; la honda agravación de las contradicciones en el sistema mundial imperialista.

La masa de nuevos problemas que esta nueva situación plantea deben ser abordados con el espíritu creador, propio del marxismo. En este sentido, el XX Congreso del P.C.U.S., que marcha a la cabeza del movimiento comunista mundial, y las discusiones en otros partidos comunistas, han realizado ya aportaciones considerables.

Este nuevo auge de nuestra teoría revolucionaria exige la lucha consecuente contra todo dogmatismo, que en los últimos veinte años frenó seriamente el vuelo del pensamiento marxista, pero al mismo tiempo tiene que ir acompañado de una lucha consecuente contra los intentos revisionistas, partiendo de que toda la experiencia histórica confirma los principios fundamentales del marxismo.

Es indudable que tanto la discusión en torno a los nuevos problemas, como el análisis crítico de los errores del pasado, independientemente de las dificultades transitorias que ocasionen, no llevan a la crisis del socialismo ni del marxismo, como profetizan nuestros enemigos, confundiendo sus descos con realidades, sino a un nuevo auge del socialismo científico, a un nuevo y poderoso desarrollo de las

fuerzas productivas del socialismo, de la democracia socialista, de la cultura socialista; a un avance más firme y rápido de la clase obrera de los países capitalistas hacia el socialismo; a una más firme y profunda unidad del movimiento comunista, del sistema socialista mundial, de todo el movimiento obrero internacional, de las fuerzas de la paz y del progreso.

La forma principal en que los marxistas españoles podemos contribuir a ese nuevo auge de nuestra teoría revolucionaria y de su aplicación política es profundizando en el conocimiento de la realidad española, sometiendo a análisis crítico la rica experiencia histórica nacional de nuestro movimiento obrero, de nuestra democracia. Así encontraremos las formas, los métodos más adecuados para que España pueda, siguiendo las enseñanzas universales del marxismo-leninismo, encontrar su camino propio hacia el socialismo.

El análisis de la realidad española y las soluciones que se proponen en el Programa del Partido Comunista elaborado en su V Congreso y en la Declaración de su Comité Central de junio de 1956 sobre la reconciliación nacional de los españoles son valiosas contribuciones en esa dirección.

El método orteguiano de las generaciones y las leyes objetivas del desarrollo histórico

por Federico SÁNCHEZ

EL tema de las generaciones, la idea de que la irrupción de éstas en la vida social, en lucha con las generaciones anteriores, constituye el motor de la evolución histórica, impregna actualmente la ideología española, de una u otra forma. Pero uno de los rasgos más característicos de este fenómeno es que, en general, el llamado « método histórico de las generaciones » no es objeto de una exposición sistemática, coherente. El intento de Julián Marías a este respecto (1), que puede considerarse como el más completo hasta la fecha, no aporta nada nuevo, en lo esencial, en relación con las ya viejas formulaciones de Ortega y Gasset, si dejamos de lado su inútil erudición libresca y su rebusca en viejos textos justamente olvidados. Y sin embargo, la idea de las generaciones, desde que Ortega introdujera en el periodismo filosófico esa noción traída del campo de la crítica literaria, vaga difusamente, sin rigor científico, sin que sea fácil apresarla, por todo el ámbito de la vida intelectual española. Este es el hecho básico del que debemos partir ahora: la idea de que la estructura generacional de la vida humana es la sustancia de la historia, de que en función de dicha estructura se explican las mudanzas y cambios históricos, se refleja hoy hasta en la prensa diaria, es una idea dominante en España. Mejor dicho, en términos más rigurosos, es una idea de las clases dominantes españolas que, precisamente por serlo, impregna nuestra vida cultural.

Quizá convenga, en primer lugar, exponer brevemente cuál es, según Ortega, la significación de la « teoría de las generaciones », procediendo de paso a la crítica interna de tan peregrino pensamiento.

(1) Principalmente, *El método histórico de las generaciones*. Véase también su reciente ensayo « La estructura social ».

El método de las generaciones y su crítica interna

Si arrancamos de una formulación de Ortega en 1933 (« *En torno a Galileo* », Obras Completas, Tomo V) (1), arrancaremos de una perogrullada. « *El hecho más elemental de la vida humana es que unos hombres mueren y otros nacen, que las vidas se suceden* ». En efecto, se trata de una realidad biológica indiscutible. Pero este hecho exclusivamente biológico adquiere en manos de Ortega una significación particular; sobre él intenta edificar toda una interpretación del desarrollo histórico.

Esta comienza a ser elaborada por Ortega en su libro « *El tema de nuestro tiempo* », publicado en 1923, pero cuyo núcleo esencial procede de las lecciones de su curso universitario de 1921-22. Dice el autor :

« Por medio de la Historia intentamos la comprensión de las variaciones que sobrevienen en el espíritu humano. Para ello necesitamos primero advertir que esas variaciones no son de un mismo rango. Ciertos fenómenos históricos dependen de otros más profundos, que, por su parte, son independientes... Así, las transformaciones de orden industrial o político son poco profundas; dependen de las ideas, de las preferencias morales o estéticas que tengan los contemporáneos. Pero, a su vez, ideología, gusto, moralidad no son más que consecuencias o especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se siente la existencia en su integridad indiferenciada. Esta que llamaremos « *sensibilidad vital* » es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época. »

Aquí está ya reflejada toda una concepción idealista y reaccionaria de la historia, pero dejemos esta cita sin comentario, por ahora. Comentario que por cierto sólo podría ser jocoso. ¡ Habría que ver cómo se explica, pongamos por caso

(1) Todas las citas de Ortega se refieren a la edición de sus obras completas en seis volúmenes. Conviene no olvidar que Ortega ha dejado una obra inédita al parecer importante en cuanto a volumen y significado. Cabe aventurar la opinión de que estos trabajos inéditos no alterarán nuestra visión esencial de su filosofía. Sin embargo, ya que esa obra inédita no ha podido ser consultada, es posible que algunas de las tesis de este artículo deban ser revisadas a la luz de los escritos póstumos orteguianos.

la Revolución Industrial en función de las « preferencias morales o estéticas » o de la « sensación radical ante la vida », de la burguesía inglesa ! Prosigamos, sin embargo, en la línea de la « argumentación » orteguiana, y son sus propias palabras, suficientemente elocuentes de por sí.

« Las variaciones de la sensibilidad vital, que son decisivas en historia, se producen bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos. »

Ahora bien, ocurre que cada generación se encuentra con las formas que han dado a la existencia las generaciones anteriores. Unas veces, la nueva generación se adapta a dichas formas y las prolonga; vivimos entonces lo que Ortega llama « épocas cumulativas ». Otras, la nueva generación no se adapta, más aún, se opone a las formas preexistentes; vivimos « épocas eliminatorias y polémicas ». En las primeras, los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos; en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, « edades de iniciación y beligerancia constructiva ».

Así se explica, señores, todo el desarrollo histórico. Y Ortega nos amonesta paternalmente, para avergonzarnos de la ignorancia en que vivíamos sumidos : « Este ritmo de épocas de senectud y épocas de juventud es un fenómeno tan patente a lo largo de la historia, que sorprende no hallarlo advertido por todo el mundo ».

Examinemos, sin embargo, un poco más de cerca este « descubrimiento » orteguiano. Lo primero que salta a la vista es el vitalismo irracional del término generación. Esta se concibe como « proyectil biológico », como forma esencial de los « cambios de sensibilidad vital », expresiones desprovistas de todo rigor filosófico. Son metáforas huecas (y de una cursilería un tanto provinciana) pero no conceptos (que constituyen las únicas formas del pensamiento humano que permiten apresar los rasgos generales, esenciales, de los objetos y de los fenómenos de la realidad objetiva, ya sea histórica o natural). Además, el hecho de que unas generaciones se adapten y prolonguen las formas preexistentes y otras no lo hagan, no se explica de forma alguna. Es un hecho misterioso, que no obedece a ninguna ley histórica, que se produce o no se produce, al viento del azar. Ortega lo afirma taxativamente :

« ¿ Por qué acontecen estas variaciones de la preferencia, a veces súbitas ? He aquí una cuestión sobre la cual no podemos aún decir una sola palabra clara. »

Resulta sorprendente, por no decir más, que un hecho tan decisivo, determinante según Ortega del ritmo de todo el acontecer histórico, no tenga explicación racional. Y la pregunta surge, irrespetuosa: ¿No será que esos « cambios de la sensibilidad vital » obedecen a otros factores, que son aspectos derivados de fenómenos históricos que no tienen nada que ver con la sucesión biológica de las generaciones?

Pero adentrémonos un poco más en esta « teoría » que hasta ahora se nos presenta simplemente como la « generalización » (hasta qué punto mixtificadora intentará demostrarse más adelante) del hecho empírico de que las vidas se suceden. Porque está claro que la teoría de las generaciones, como toda teoría, necesita ser verificada en la práctica, o sea, en este caso, en la experiencia histórica de la humanidad. Y aquí empiezan las dificultades.

El método que Julián Marías expone, según las indicaciones de Ortega, para la determinación del ritmo histórico de las generaciones, es el siguiente:

« Descubrimiento de una « generación decisiva » en que el cambio del mundo es mucho mayor que de ordinario; localización de su « épónimo » u hombre representativo, estableciendo una escala provisional e hipotética, tomando como fecha central de una generación la fecha en que ese epónimo cumplió los treinta años; aplicación por último, de la escala así obtenida, como una retícula, a la realidad histórica, para que ella lo confirme o rectifique, imponiendo desplazamientos en uno u otro sentido, hasta que la retícula ideal coincida con el material empírico ».
(J. Marías, *La Estructura social*, 1955, pág. 56).

Parodiando a Ortega podría decirse que la falta de rigor, la puerilidad de este método « es tan patente que sorprende no hallarlo advertido por todo el mundo ». Porque resulta en primer lugar que la irrupción de las « generaciones decisivas » no es un fenómeno natural y evidente en el decurso histórico; hay que « descubrirlas », en función de un sistema de referencia ajeno a ellas, o sea los « cambios del mundo mayores que de ordinario ». Ahora bien, y sin referirnos siquiera a la vulgaridad de todas estas improvisaciones « filosóficas », ¿qué criterio sirve para determinar la importancia de esos cambios del mundo? No lo sabemos. O mejor dicho, sólo puede ser el criterio puramente personal de las preferencias de Ortega, o de Marías, o de cualquier ideólogo, erigido de esa forma en demiurgo de la realidad histórica. Así queda patente el empirismo subjetivo de tan famoso método.

Además, desde que Ortega elaboró esas indicaciones « metodológicas » en su ensayo « *En torno a Galileo* », de 1933, ¿cuáles han sido sus resultados prácticos, en qué medida han esclarecido el desarrollo histórico? No lo han esclarecido en nada; sus resultados son inexistentes. Julián Marías es consciente de que esto constituye la prueba de su fracaso, y por ello declara:

«Cuál es la serie efectiva de las generaciones, en qué fechas precisas se producen esas variaciones del mundo que son los pasos de la historia, sólo puede decidirse mediante una investigación minuciosa y prolija de la realidad histórica. Mídase la incongruencia que supone pedir que baste con unas horas de consideración improvisada ». (*La estructura social*, pág. 55).

Pero desde 1923, fecha de publicación de « *El tema de nuestro tiempo* », y por muchas que hayan sido las preocupaciones de Ortega y de sus discípulos, parece que ha habido tiempo suficiente para « investigaciones minuciosas ». Sin embargo, el « método histórico de las generaciones », nacido del cerebro de Ortega y no de la propia experiencia histórica, no ha dado un solo paso adelante. No ha aportado nada a la ciencia histórica. Veámoslo más precisamente en un ejemplo concreto: Puede afirmarse que en octubre de 1917 se ha producido uno de esos « cambios del mundo mucho mayores que de ordinario », y el propio Ortega se ha referido alguna vez a la importancia de esa fecha como vertiente histórica. ¿Podremos descubrir la « generación decisiva » cuya irrupción beligerante explique tamaño cambio histórico? Si pretendemos aplicar el método orteguiano, localizando el « epónimo u hombre representativo » de ese período, llegaremos a la fácil conclusión de que es un filósofo y hombre de acción llamado V.I. Lenin. Y aquí se acabó el « método », porque la fecha central de esa supuesta « generación decisiva » que la experiencia histórica debería mostrarnos en acción, o sea la fecha en que Lenin cumplió treinta años, es el año 1900. Tendríamos que decidir que V.I. Lenin no es el « epónimo » de la « generación decisiva ». Pero la respuesta es mucho más sencilla: es que el « cambio mucho mayor que de ordinario » que se produjo en octubre de 1917 no es el resultado de la acción de ninguna « generación decisiva ». Es el resultado, por una parte, de la acción de las leyes objetivas del desarrollo social, y, por otra (siendo ambos aspectos inseparables), de la acción de las masas de millones de obreros y campesinos, orientadas y dirigidas por unos millares de bolcheviques, de muy diversas generaciones, agrupados en una organización política firmemente cohesionada sobre la base de una teoría científica del desarrollo de la sociedad y de la historia.

Cualquier intento que se haga para analizar los cambios históricos a la luz del método de las generaciones llevará al mismo resultado negativo. Los conflictos entre generaciones, entre jóvenes y viejos, no tienen proyección histórica. Son aspectos secundarios, derivados, de otros conflictos y contradicciones determinantes de la evolución histórica. En resumen, la generación puede ser un « proyectil biológico », un « compromiso dinámico entre masa e individuo », puede ser todas las tonterías que se quiera, pero no es en ningún caso una categoría histórico-social. La verdadera categoría social sobre cuyo « gozne la historia ejecuta sus movimientos », recogiendo palabras de Ortega, es la clase social. Los cambios históricos no se explican en función de una supuesta e imprevisible lucha de generaciones, sino en función de una real e inevitable lucha de clases.

El método de las generaciones y la concepción idealista de la historia

Hasta ahora nos hemos limitado a la crítica interna de la teoría de las generaciones. Pero algunos de los citados textos de Ortega permitían comprender ya que dicha teoría forma parte integrante de toda una concepción de la historia. En realidad, la teoría de las generaciones no puede examinarse aisladamente de esta concepción. Se sustenta en ella y es, a su vez, una de sus piezas esenciales. En la concepción orteguiana del desarrollo histórico, típicamente idealista, la teoría de las generaciones desempeña, en efecto, un papel preciso, bien delimitado: el de ocultar la ley objetiva de la lucha de clases como ley determinante del desarrollo histórico, desde la disolución de la comuna primitiva. Esta es, primordialmente, la motivación del « descubrimiento » orteguiano del papel de las generaciones en la historia.

Quizá se objete a esta afirmación tan categórica que la teoría de las generaciones se desprende de una manera natural de toda la metafísica de Ortega, sin conexión visible con la lucha librada en torno a estas cuestiones entre el materialismo histórico y las diversas escuelas idealistas. Prueba de ello sería que Ortega no polemiza jamás, en su exposición del método de las generaciones, con el marxismo, con la teoría de la lucha de clases. Aquí se mezclan dos problemas distintos. En primer lugar, es cierto que la metafísica de Ortega, al aplicarse a la historia, tenía forzosamente que cristalizar en alguna teoría como la de las generaciones, por toda una serie de condiciones generales de la lucha ideológica en la etapa histórica actual. Pero tenía que cristalizar así, *precisamente porque la ideología de Ortega está orientada, sistemáticamente, en todos sus aspectos esenciales, a la lucha contra el materialismo*. Ahora bien, las formas concretas de esa orientación permanente de Ortega están determinadas, en segundo lugar, por ciertas circunstancias peculiares del desarrollo social e ideológico en España, que explican la aparente indiferencia orteguiana ante el marxismo, la ausencia de una referencia polémica abierta, salvo en contadísimos casos, a las ideas esenciales del materialismo histórico.

Sin embargo, es Ortega mismo quien declara en una ocasión :

« La interpretación económica de la historia (así es como denomina esquemáticamente al materialismo histórico, F. S.) es una de las grandes ideas del siglo XIX. Yo la he combatido ardientemente... Pero si la he combatido es que la estimo altamente... Sólo los grandes errores incitan a ser debelados ». (O. C., t. II, p. 525).

Esta afirmación rotunda de Ortega corresponde a la realidad. Lo que ocurre es que la predominancia del reformismo y del bakuninismo en el movimiento obrero español, cuando menos hasta 1936, que entrañaba una escasísima atención a los problemas teóricos del marxismo y de su aplicación a la realidad española, permitió que Ortega llevara a cabo su « ardiente combate » contra el materialismo de una manera peculiar. Hoy día ya no ocurriría así. (De hecho, la lucha ideológica contra el marxismo, a pesar de que éste no pueda todavía exponerse y desarrollarse libremente, es en España más amplia y profunda que nunca). Y mañana, los epígonos de Ortega se verán en la obligación de polemizar abiertamente con el marxismo: no podrán recurrir ya al método orteguiano de mistificación sistemática, pero encubierta, de todas las tesis esenciales del materialismo histórico.

En esta mistificación sistemática reside el núcleo esencial de la interpretación orteguiana de la historia. Dos textos breves de Ortega son reveladores a este respecto, más reveladores incluso que los largos ensayos en que se basa su fama, pero que resultan tan superficiales, pedantes y confusos, cuando se detiene uno un tanto a reflexionar sobre ellos. Se trata, en primer lugar, de « *La interpretación bélica de la historia* », que es de 1925; el segundo texto, de 1930, se titula « *El origen deportivo del Estado* ». Se tocan aquí, aunque sea ligeramente, las cuestiones esenciales de la interpretación de la historia. Pero late en su fondo, a pesar de su soltura periodística, una inquietud profunda, la misma inquietud que llevaba, por aquellos años, al francés Paul Valéry a escribir sobresaltado que « las civilizaciones han cobrado conciencia de que son mortales ». (Y está claro que « civilizaciones » es aquí una forma elegante, versallesca, de nombrar a los diversos regímenes sociales de la burguesía explotadora). Y Ortega escribe por su parte en « *La interpretación bélica de la historia* », refiriéndose al « *Manifiesto Comunista* », que es un « tremendo librito de ordenanzas, donde se organizan nuevas fuerzas históricas en escuadrones formidables. No se pueden leer sus páginas sin escuchar alucinatoriamente la marcha rítmica de una multitud interminable que avanza ». No cabe duda de que, desde el año 1925 en que Ortega escribiera estas líneas, esa « multitud interminable » de las masas oprimidas y explotadas del mundo entero ha avanzado, en efecto, considerablemente. Lo más importante es que, en una medida decisiva, esos avances se deben a la teoría del marxismo revolucionario que en esas páginas precisamente pretende Ortega presentar como algo « inactual », como una « exageración » ya rebasada por la historia.

Reveladores, estos textos lo son pues particularmente porque están escritos en función del marxismo, porque en ellos Ortega toma abiertamente ciertas posiciones ideológicas, que sus demás ensayos han ido desarrollando, en ocasiones contradictoriamente, a lo largo de toda su actividad filosófica.

De todo ello se desprenden los siguientes puntos esenciales que conviene subrayar: Primero, que Ortega es plenamente consciente de la importancia del materialismo histórico, de la necesidad de combatirlo. El método que adopta para esto último — no muy original, por lo demás — consiste esencialmente en aceptar la « verdad parcial » del materialismo histórico, pero limitando su aplicación tan sólo a un determinado período histórico, la época del capitalismo ascendente. Intentar aplicar el marxismo a toda la historia de la humanidad, sería una « exageración » dogmática, un resultado del « mesianismo revolucionario ». De hecho, la historia ha rebasado ya, según Ortega, la época en que el materialismo histórico tenía cierta justificación. Hay que elaborar otras teorías « más completas », que

permitan localizar la « substancia auténtica » de la historia, y ésta es, según nuestro filósofo, « la estructura de la vida ».

« Tampoco es posible la Historia, la investigación de las vidas humanas, si la fauna variadísima de éstas no oculta una estructura esencial idéntica, en suma, si la vida humana no es, en el fondo, la misma en el siglo X antes de Cristo que en el X después de Cristo, entre los caldeos de Ur y en el Versalles de Luis XV. » (« *En torno a Galileo* », O. C., tomo V, p. 19.)

De esta manera, todo el propósito orteguiano de « rebasar » el materialismo histórico (mejor sería decir, de eludir el examen de los problemas por éste suscitados), de « corregir sus exageraciones », desemboca lisa y llanamente en la postura tradicional de la metafísica, que concibe los fenómenos de la naturaleza y de la historia como objetos abstractos, desprovistos de contradicciones internas, idénticos a sí mismos « por los siglos de los siglos ». Taxativamente se afirma « La estructura general que tiene nuestra vida actúa, idéntica, en todos los lugares y en todos los tiempos ». (O. C., t. V, p. 20).

La segunda conclusión que se desprende de esta concepción metafísica de la historia es lógica. Si la « sustancia de la historia » es la « estructura de la vida », y si ésta es siempre idéntica a sí misma, es claro que los cambios históricos, las revoluciones, los avances y retrocesos del desarrollo social, no pueden originarse en las contradicciones internas de esa estructura de la vida. Lo que cambia es « el mundo ». Ahora bien, éste no se concibe como algo material, objetivamente existente de por sí, desarrollándose de acuerdo con unas leyes objetivas, sino como un producto del hombre. « *El mundo es el instrumento por excelencia que el hombre produce, y el producirlo es una misma cosa con su vida, con su ser. El hombre es un fabricante nato de universos* ». Ese mundo, según Ortega, no es « sino el sistema de convicciones vigentes » en una determinada fecha, las « creencias colectivas », « las ideas de la época ». En los cambios de éstas se originan los cambios sociales. Nada original tampoco aquí, como puede verse, en esta versión orteguiana del idealismo clásico.

Ahora bien, esta afirmación del idealismo tradicional no basta ya para « explicar » el desarrollo histórico, en este siglo que vivimos, tan profundamente desgarrado por las contradicciones y los antagonismos sociales y económicos. Ortega ve con claridad que el « pensamiento de la lucha como substrato de la realidad cósmica, lo mismo física que histórica, yace en los más hondos senos del alma moderna ». (O. C. t. 2, p. 528). Y precisamente en función de este hecho indiscutible introduce Ortega en su visión idealista de la historia un elemento de su propia cosecha : la idea de las generaciones. Según él, esos cambios en el mundo, en el « sistema de convicciones vigentes », que determinan el proceso histórico, tienen a su vez origen en la lucha de las generaciones, en la irrupción « beligerante » de una generación insatisfecha en el ámbito histórico. Así intenta dar a su interpretación de la historia, esencialmente metafísica, cierto « barniz dialéctico ». Los jóvenes luchan contra los viejos y se convierten, por arte de birlibirloque, en una categoría histórico-social determinante. ¡ Hasta el Estado, en cuya importancia ha insistido Ortega tantas veces, es producto de la acción juvenil ! (Cf. « *El origen deportivo del Estado* »).

Y con esto llegamos al término de esta rápida exposición sintética de las ideas de Ortega, en cuanto a la interpretación de la historia y al papel de las generaciones se refiere. Ahora hay que intentar poner todo este mundo abstracto de ideas sobre sus pies, como alguna vez dijo Marx. Pero, por breve que haya sido — y posiblemente esquemática en alguno de sus aspectos —, esta exposición permite destacar ya dos conclusiones esenciales: Primera: la interpretación orteguiana de la historia es esencialmente metafísica, idealista. Segunda: en ella, el método de las generaciones desempeña una función peculiar: intenta responder, mistificadamente, a las exigencias dialécticas que todo el proceso real de la historia impone, de una u otra forma, a las ideologías contemporáneas de la burguesía liberal. La idea de las generaciones, de su lucha, de sus contradicciones, tiende a suplantarse y ocultar las contradicciones reales que impulsan el desarrollo de la sociedad, en virtud de leyes objetivas.

La concepción materialista de la historia y las leyes objetivas del desarrollo social

Está claro que no es posible exponer en los límites de un artículo los rasgos esenciales de la concepción materialista de la historia, que resulta de la aplicación de la dialéctica materialista al estudio de la vida social y constituye la ciencia de las leyes generales de la evolución social. Baste recordar que, como dijo Engels:

« De la misma manera que Darwin descubrió la ley del desarrollo del mundo orgánico, así descubrió Marx la del desarrollo de la historia: este simple hecho, hasta nuestros días encubierto por velos ideológicos, a saber que los hombres tienen, en primer lugar, que comer, beber, poseer una vivienda y vestirse, antes de poder ocuparse de política, de ciencia, arte o religión; que, por consiguiente, la producción de los bienes materiales de primera necesidad, y por tanto, cada grado determinado del desarrollo económico de un pueblo o de una época, forman la base sobre la cual se desarrollan las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, el arte, e incluso las ideas religiosas de los hombres. Por consiguiente, hay que partir de lo primero para explicar lo último, y no proceder a la inversa, como se hacía hasta ahora. » (F. Engels, *Discurso ante la tumba de Carlos Marx*, 17 de marzo de 1883).

El desarrollo de los modos de producción de los bienes materiales necesarios a la existencia del hombre : ésta es la fuerza esencial que determina toda la vida social y condiciona el paso de un régimen social a otro. Ahora bien, esta idea crucial del materialismo histórico ha sido tergiversada con mucha frecuencia. Por una parte, los reformistas de la escuela de Bernstein, aplicando de una manera unilateral y dogmática esa tesis de Marx, consideraban la economía como la única fuerza del desarrollo social, negando el papel activo de las ideas, de la teoría, en los procesos históricos. Por otra, y apoyándose en esta vulgarización del marxismo, toda una serie de « críticos » del materialismo histórico — y Ortega muy particularmente — lo reducen a un ciego determinismo económico. En una carta a J. Bloch, redactor de la revista « *Sozialistische Monatshefte* », F. Engels puntualizó admirablemente esta cuestión en septiembre de 1890.

« Según la concepción materialista de la historia, la producción y reproducción de la vida real constituye, en última instancia, el factor decisivo de la historia. Ni Marx ni yo hemos pretendido jamás ir más allá. Cualquiera que tergiversar lo antedicho, para decir que el factor económico es el único, transforma esa tesis en una frase absurda, abstracta, sin sentido. La situación económica constituye la base, pero los diversos aspectos de la superestructura — formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, formas jurídicas, y hasta los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, o sea las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las concepciones religiosas, y su transformación en sistemas dogmáticos — todo esto influye igualmente en el desarrollo de las luchas históricas y determina en muchos casos sus formas, de una manera primordial. Se trata de una interacción de todos estos factores, en la cual, finalmente, a través de la masa infinita de casualidades (es decir, cosas y acontecimientos cuya interrelación interna es lejana o tan difícil de determinar, que podemos prescindir de ella, considerar que no existe) se impone como necesario el movimiento económico. De otra manera, la aplicación de la teoría a cualquier periodo histórico sería tan sencilla como la solución de una ecuación de primer grado. »

Esta es la concepción científica, dialéctica, de los procesos históricos examinados en toda su complejidad, teniendo en cuenta sus aspectos multilaterales y contradictorios. Ahora bien, para orientarse en esta masa de acontecimientos, de procesos contradictorios, de luchas entre pueblos y sociedades, así como en el seno de éstas, en esa sucesión de periodos de reacción y de revolución, de paz y de guerra, de estancamiento y de progresos rápidos, que la historia nos revela, ¿ cuál es el hilo conductor ? ¿ Cómo descubrir las leyes del desarrollo de la sociedad, en ese laberinto y ese caos aparente ? Según el marxismo, ese hilo conductor es la teoría de las clases y de la lucha de clases.

« Sólo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad o de un grupo de sociedades permite definir con una precisión científica el resultado de esas aspiraciones. Ahora bien, las aspiraciones contradictorias nacen de la diferencia de situación y de condiciones de vida de las clases en que se divide la sociedad ». (V. T. Lenin, « *Carlos Marx* », 1914. Recogido en la recopilación « *Marx, Engels, Marxismo* »).

Uno de los tópicos más vulgares manejados por los adversarios del materialismo histórico consiste en repetir que la lucha de clases ha sido « inventada » por el marxismo, introducida por éste en la vida social para azuzar el « resentimiento de las masas ». Suprimiendo por decreto la lucha de clases, prohibiendo la propaganda de las ideas marxistas y la actividad práctica de los partidos que en ellas se inspiran, se conseguiría « armonizar » los intereses de las diversas clases antagónicas, asociando capital y trabajo (empresarios y productores, se dice en la fraseología falangista) en beneficio del « bien común ». ¡ Al fin y al cabo, siempre ha habido y tiene que haber ricos y pobres ! dicen estos « teóricos ». Pero la experiencia histórica ha demostrado, y en España lo está demostrando con claridad rotunda, que eso es imposible, que este problema no se resuelve desde ningún ministerio de Gobernación y Orden Público. Porque la lucha de clases no ha sido inventada por el marxismo. Es un fenómeno objetivo del desarrollo social, que los historiadores y economistas burgueses anteriores a Marx conocían ya perfectamente, aunque no sacaran de ese conocimiento conclusiones consecuentes, precisamente porque su situación de clase, el contenido de clase de sus ideas se lo impedía.

Si pretendiéramos, analizar aquí, en toda su extensión y complejidad, las cuestiones relacionadas con la teoría de las clases, habría que examinar, partiendo de la definición científica de aquéllas, el problema de sus orígenes : el de la lucha de clases como fuerza motriz del desarrollo de las sociedades antagónicas; el de las formas de esta lucha, después del derrocamiento de la burguesía (o sea : el de las formas fundamentales de la lucha de clases del proletariado la compleja cuestión de la transformación de las clases, de su supresión, en el desarrollo de la democracia socialista y a través de la dictadura del proletariado, considerada como el período histórico inevitable de transición hacia la sociedad sin clases); el problema igualmente de la lucha de clases en la esfera internacional. Como se ve, no es una pequeña cuestión. Se necesitaría todo un libro. Pero la ambición de este trabajo es más modesta : desenmascarar la mistificación de la teoría de las generaciones. Quizá lo más eficaz será volver los ojos a la realidad histórica inmediata de nuestro país. ¿Qué vemos desarrollarse en España; lucha de generaciones o lucha de clases?

Para cualquier observador superficial, está claro que en España, de unos años a esta parte, se están produciendo cambios notables, sin que la estructura formal del régimen se haya alterado, aparentemente. De hecho, el Estado nacional sindicalista, edificado sobre una sangrienta victoria militar, está desmoronándose. Y precisamente, una de las « promesas » de dicho Estado fué desde un principio la de que iba a « abolir la lucha de clases ». Promesa que no podía cumplirse, porque las leyes económicas y sociales actúan, independientemente de

la voluntad de unos y otros (no entramos aquí en el aspecto propagandístico y demagógico de aquella « promesa », orientada a intentar ocultar el carácter rapaz y expoliador del régimen franquista).

Según una « explicación » muy en boga, esos cambios, ese descontento tan evidente que se extiende por la sociedad española, se deben a la irrupción en la vida social de la joven generación, insatisfecha, que ya no se siente solidaria con las ideas y las empresas de sus mayores. Esta idea se basa en un hecho real: la oposición de la juventud española al régimen actual es indiscutible. Pero ¿no lo era también hace ya mucho tiempo, en los años 45-46, por ejemplo? ¿Cuándo han sido las organizaciones juveniles del régimen auténticas organizaciones de masas? El hecho bio-psicológico de que la juventud sea joven, que tenga aspiraciones y problemas propios de ese estado de hecho, no explica su oposición activa al régimen, sino exclusivamente algunas de las formas en que dicha oposición se manifiesta. Además, ¿basta la insatisfacción juvenil para explicar, por ejemplo, las posiciones que está adoptando la Iglesia española? ¿O la lucha económica y política de la burguesía catalana contra el Gobierno actual? ¿Explican los « factores generacionales » el hecho de que la clase obrera haya arrancado, en unos meses de luchas reivindicativas, aumentos de salarios como los que ha conseguido?

Las respuestas son obvias. Y es que el descontento de la juventud, — que no es una abstracción filosófica, sino que es juventud *obrera*, o *campesina*, o *universitaria*, o sea, juventud procedente de diversas clases o capas sociales — ese descontento tiene sus orígenes en la realidad social, *se debe a la agudización de la lucha de clases que está produciéndose desde hace unos años en la sociedad española*.

Porque el fascismo español no ha sido nunca, y no podía ser, una forma del poder estatal que se sitúe por encima de las clases; ha sido, desde un principio y por definición, la dictadura abierta de los sectores más reaccionarios del capital financiero y de los grandes terratenientes, cuyo objetivo inmediato era detener el proceso de la revolución democrática que se hallaba en curso en España en 1936. Ahora bien, dichos sectores son, por su propio carácter oligárquico, sectores socialmente muy reducidos, son una pequeña minoría de la nación, sus intereses y aspiraciones chocan violentamente con los de la mayor parte de las clases y capas sociales españolas. Sólo pudieron mantenerse en el poder apoyándose en uno de los sistemas de terrorismo político más feroces que haya conocido la historia contemporánea; consiguiendo el apoyo o neutralizando provisionalmente a determinadas capas de la burguesía nacional y de las clases medias, al presentarse como defensores del « orden y de la propiedad », o como paladines de la « fe católica », con lo cual obtuvieron también la benevolencia, durante cierto período, de una parte de las masas campesinas; utilizando todos los recursos de la demagogia social y del chovinismo entre las capas más atrasadas de la población. Todo eso pudo hacer el fascismo español, durante un determinado período, pero lo que no podía conseguir es suprimir las clases y la ley de la lucha de clases. Por esto es el fascismo español, como todas las dictaduras fascistas, un régimen feroz, pero precario, que lleva en sí mismo, desde su establecimiento, los gérmenes de su descomposición.

En el curso de esta descomposición, cada clase y capa social comienza a luchar por sus propias aspiraciones, que son antagónicas a las de la oligarquía

dominante, y en el fuego de esa lucha, que ha alcanzado ya un grado elevado de maduración y que se ve impulsada por la acción de la clase obrera, se desmorona todo el edificio del Estado nacional-sindicalista. Porque las clases no corresponden, a pesar de lo que peregrinamente afirma Julián Marias, a « ciertas figuras de vida » (« *La estructura social* », p. 242). Las clases, sus antagonismos y contradicciones, corresponden a una realidad objetiva. Huyendo de esa realidad, difuminándola, o tergiversándola como siempre ha hecho Ortega, como ahora hace Marias, se cierra uno el paso a la comprensión concreta de la historia, y, lo que es más grave aún, se desorienta a las fuerzas sociales que aspiran a la transformación democrática de nuestro país.

Lucha de clases, pues, lo que está en curso en España, y no lucha de generaciones. Y el papel que a la juventud le corresponde en esta lucha, en Universidades, en las fábricas, en el campo, no se desprende de una nebulosa « misión generacional », no tiene un carácter « específico », al margen de las fuerzas sociales que realmente actúan. Sencillamente, su toma de conciencia de una realidad social y política y su enfrentamiento con ésta, el menor peso que en ella tienen las ideas del pasado, su mayor capacidad de entusiasmo y de acción debida a que todavía no está inserta en unas formas sociales caducas y petrificadas, todo ello le permite ya desempeñar un papel social importante. Lo será aún más, si las organizaciones juveniles revolucionarias hacen conocer lo más ampliamente posible, en la teoría y en la práctica, cuáles son los factores que realmente determinan el curso de la historia.

La discusión sobre Menéndez y Pelayo

por Juan DIZ

EL centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo ha sido una ocasión, casi un pretexto, para que diferentes corrientes políticas e intelectuales españolas fijen posiciones ante problemas de candente actualidad. Una gran parte de los trabajos escritos con este motivo, aparte de su mayor o menor valor en orden al estudio de la vida y de la obra del escritor montañés, responden al objetivo de utilizar determinados rasgos de su personalidad para defender actitudes adoptadas ante la grave crisis española de hoy por diversas fuerzas políticas.

Desde ese ángulo vamos a examinar en el presente comentario la discusión habida en torno a Menéndez y Pelayo.

¿Cómo puede explicarse que el centenario de una personalidad conocida sobre todo por sus eruditos trabajos de historia literaria, lejos de quedar circunscrito a un círculo de especialistas o de hombres de letras, haya dado lugar a enconadas controversias intelectuales, a fuertes discusiones políticas, entrevistas, discursos, conferencias e incluso polémicas en la prensa diaria?

Recuérdese lo sucedido durante la dictadura de Primo de Rivera con el traslado de los restos de Gánivet. No se puede negar que se dan rasgos comunes — si bien con modalidades diferentes — entre lo que acaeció en 1926 y lo ocurrido hoy en ocasión del aniversario de Menéndez y Pelayo. Sobre todo en el aspecto siguiente: en ambos casos, el recuerdo de una figura del pasado ha servido para sacar a la superficie acuciantes problemas del presente.

Se trata de un fenómeno típico en las épocas en que una sociedad está preñada de un cambio político; en que los problemas de la actualidad llaman con tal vigor a las puertas de la historia que aprovechan cualquier vericuetto para saltar a las primeras filas del escenario nacional.

I. — EL OBJETIVO GUBERNAMENTAL

Con razón ha escrito la revista *Índice* en su número de noviembre que la conmemoración de Menéndez y Pelayo ha tenido « una significación y acentuación política expresas ».

¿ De dónde ha partido la iniciativa de dar un desorbitado relieve al centenario de Menéndez y Pelayo ? Todo indica que de algunas altas jerarquías de la Iglesia, y más especialmente del Opus Dei.

En los últimos años, varios obispos españoles han insistido, con pastorales y otros documentos, en la necesidad de borrar, o por lo menos de relegar a un segundo plano, a las figuras intelectuales españolas más prestigiosas de finales del siglo XIX y de la primera mitad del XX, y en particular de la llamada « generación del 98 », a fin de conseguir que la vida cultural, la enseñanza, la discusión ideológica y literaria... giren en torno a otras personalidades caracterizadas por su ortodoxia católica y su reaccionarismo en materia política.

En este terreno, la Iglesia está perdiendo posiciones cada día, y a un ritmo acelerado, sobre todo entre las jóvenes generaciones. Es lógico que ello provoque hondas preocupaciones en las altas jerarquías eclesiásticas. Si hoy con dictadura, con censura, con toda clase de prohibiciones y de medidas represivas, el marxismo y las ideas democráticas en general se extienden y ejercen una influencia creciente entre los estudiantes, si hoy se declara en aulas y ateneos la admiración por poetas como Neruda, Alberti, Miguel Hernández; si hoy existe un movimiento patente de « retorno » a los autores españoles que — en mayor o menor grado, en una u otra época de su vida — han significado ruptura con la ortodoxia y apoyo a la causa de la democracia y del progreso, como Galdós, Clarín, Valle Inclán, Ortega, Baroja, García Lorca, Machado, etc.; ¿ qué no será el día de mañana, cuando existan de nuevo en España condiciones políticas de normalidad civil y libertades democráticas que faciliten un diálogo público, libre, entre las diferentes familias espirituales?

Para hacer frente a los graves problemas que se le presentan hoy en orden a conservar su influencia ideológica, la Iglesia ha creído encontrar en Menéndez y Pelayo una figura intelectual cuya ortodoxia puede hacer contrapeso al crecimiento de las corrientes liberales y progresivas.

He aquí cómo ha presentado el general Jorge Vigón, recientemente nombrado Ministro de Obras Públicas — con ese exceso de arrogancia que muchas veces linda con la falta de perspicacia — los objetivos del Opus Dei en la celebración del centenario de Menéndez y Pelayo :

... « *Deberíamos hacer lema nuestro para la España de hoy, con la seguridad de que en ella está la única esperanza de salud y la única actitud inteligente, la palabra que la seudo-inteligencia hizo un tiempo considerar como un estigma y como una afrenta : intolerancia.* »

« Y puestos a ello — agrega en un artículo publicado por el *Diario Vasco* del 16 de marzo de 1955 — tampoco estorbaría aprovechar la ocasión para decir hasta qué punto el liberalismo sigue siendo incompatible con los principios que salimos a defender el 18 de julio... ». En otro comentario, de la misma fecha, insiste en la necesidad de « invalidar en las conciencias juveniles » algunas de las afirmaciones de Ortega...

Es evidente que hechos políticos ocurridos en 1955 y 1956 han incitado al Gobierno, no sólo a apoyar los proyectos de la Iglesia y concretamente los del Opus Dei, sino a rodear del máximo aparato los actos de homenaje a Menéndez y Pelayo, concediendo a éste « honores de capitán general » (1) y organizando en Santander exequias solemnes presididas personalmente por Franco.

En el curso del año 1956, el crecimiento de las corrientes de oposición en los círculos intelectuales y universitarios se convirtió cada día en una preocupación más angustiosa para el Gobierno. La realidad está demostrando que la heterodoxia en el campo del pensamiento es, sobre todo en la Universidad, un terreno del que se salta muy pronto a la acción en la calle. La lucha ideológica y política siempre han estado estrechamente vinculadas en la Universidad española.

De ahí el interés de las esferas gubernamentales por centrar la vida cultural en torno a un católico ultra-montano como Menéndez y Pelayo, su afán de presentarle como el modelo en que deben inspirarse los estudiantes de hoy. Se trata de amansar las agitadas aguas de la Universidad y de la comunidad intelectual española, aplicando fuertes dosis de menendezpelayismo.

Tal empresa se caracteriza, desde su inicio por la posición defensiva en que se colocan tanto el Gobierno como el Opus Dei.

Hace varios años, Ibañez Martín intentó un « retorno » a Balmes. El fracaso fué total. Escaso fruto ha obtenido la dictadura con sus esfuerzos por hinchar valores culturales artificiales. ¿Qué influencia ejerce hoy el pensamiento de Eugenio d'Ors o la poesía de Marquina ?...

Ahora, apoyándose en el recuerdo de Menéndez y Pelayo, realiza la reacción española un nuevo intento por canalizar la vida intelectual por los derroteros que considera más convenientes para ella, o menos perjudiciales.

Pero mientras tanto, lo que crece es la influencia de las ideas progresivas, pese a la persecución de que son víctimas.

Por otro lado, si el Gobierno, ciertos monárquicos, el Opus Dei y otros grupos reaccionarios, coinciden y cooperan en el esfuerzo por utilizar el centenario de Menéndez y Pelayo para frenar y contrarrestar las corrientes democráticas, conviene sin embargo señalar que el ámbito de esa coincidencia es bastante limitado.

La falta de cohesión existente entre los grupos fascistas y reaccionarios se ha puesto de relieve en las mismas ceremonias oficiales de Santander presididas por Franco. Estas se asemejaron al despedazamiento espiritual del cadáver de

(1) ¿ Ha observado el lector la curiosa jerarquía de valores que va implícita en esta concesión de « honores de capitán general » ? Resulta que el homenaje supremo — « nec plus ultra » — que se puede otorgar a un hombre de ciencia... o a un santo... o incluso a una virgen, es el de asimilarlos a un capitán general.

Menéndez y Pelayo : Pemán presentando a éste como el símbolo de la causa monárquica; el Obispo Herrera reclamando a Menéndez y Pelayo para la Acción Católica; Rubio haciendo valer los derechos del régimen y del Opus Dei.

Por otro lado, también estaba presente, pero callado, Marañón, representante de tendencias liberales.

Esas fuerzas centrifugas, que hasta en los funerales oficiales de Menéndez y Pelayo se han hecho sentir, reflejan un fenómeno político de gran importancia; entre muchos de los grupos que colaboran hoy, en mayor o menor medida con Franco, predomina cada día más el propósito, no tanto de curar o fortalecer un régimen en estado comatoso, sino de preparar tales o cuales soluciones con vistas a un cambio político considerado como inevitable.

II. — EL OPUS DEI Y MENÉNDEZ Y PELAYO

El Opus Dei, y los intelectuales y hombres políticos que actúan bajo su inspiración, se presentan como los discípulos auténticos, como los « continuadores » de Menéndez y Pelayo. Ensalzan a éste como el creador de sus doctrinas. Intentan así capitalizar en su beneficio exclusivo el brillo de que esta figura ha sido revestida en ocasión de su centenario.

A tal fin han empleado ampliamente las importantes posiciones que tienen en el aparato gubernamental. Mucho de lo publicado con patrocinio y financiamiento oficial sobre Menéndez y Pelayo ha sido dirigido por gentes del, o por lo menos ligadas al Opus Dei.

Las tesis principales de los opusdeístas acerca de Menéndez y Pelayo, definidas en primer lugar por Calvo Serer, y también en artículos, discursos o publicaciones de Pérez Embid, Rubio, Jorge Vigón, Muñoz Alonso y otros, se caracterizan por los dos rasgos siguientes : a) Una exageración ridícula de la importancia real de Menéndez y Pelayo, sobre todo en el dominio de la filosofía y de la política. El ministro Rubio le ha definido como « el constructor de la conciencia nacional de su pueblo ». Muñoz Alonso le presenta como « un filósofo de cuerpo entero », cosa que el propio Menéndez y Pelayo negó durante su vida. b) Una interpretación completamente arbitraria, caprichosa, de algunas ideas, de algunos rasgos de la vida de Menéndez y Pelayo, encaminada a convertir a éste poco menos que en un precursor del movimiento franquista.

Rafael Calvo Serer atribuye al historiador santanderino el mérito de haber fundado « una teoría política nacional »; hace suyo el juicio de Onésimo Redondo que calificó antaño a Menéndez y Pelayo de « padre del nacionalismo español revolucionario »... « Don Marcelino — escribe Calvo Serer — es el gran arquitecto que ahonda en el pasado, no con el afán de rebuscar naderías muertas, sino para hallar los materiales con que luego edifica la construcción ideológica en la que se salva la tradición y nos permite hoy haber recobrado la conciencia nacional... No

es pues extraño que fuesen unidas las ideas de Menéndez y Pelayo y los acontecimientos de 1936... »

Calvo Serer coloca bajo el patrocinio de Menéndez y Pelayo, de un lado la sublevación franquista de 1936, de otro los planes del Opus Dei enfilados a preparar el advenimiento de una monarquía reaccionaria en la que se entremezclen « la tradición » de los métodos inquisitoriales y la « modernidad » del sistema corporativo de Salazar.

Ahora bien, lo interesante, para tener una idea real de la correlación de fuerzas que existe hoy en la vida intelectual española, no son tanto las tesis del Opus Dei, sino la amplitud con que esas tesis — apoyadas en muchos casos oficialmente — han sido criticadas y condenadas, incluso en muchas publicaciones que aparecen legalmente, es decir sometidas a la censura.

Gentes de tendencias muy diversas han manifestado su indignación ante los procedimientos, carentes de honestidad intelectual, que han sido empleados para presentar una imagen de Menéndez y Pelayo previamente amoldada a los cánones del Opus Dei.

José María de Cossío ha escrito a este respecto : « Sería también desajustado hasta lo inverosímil el que Menéndez y Pelayo pudiera ser considerado como precursor de doctrinas hasta hoy preponderantes que ni podían preverse en su época; ni la disposición de espíritu notada en él era propicia a sentir su necesidad ». Y agrega que es posible « erigirle en símbolo y bandera, pero no de división ni de discordia, sino de síntesis y de resumen de aspiraciones hispánicas, como árbol cuya sombra borre todas las disensiones honradas de los españoles ».

Marañón ha protestado « contra los que han querido en estos últimos tiempos utilizar las ideas de Menéndez y Pelayo, no como un gesto de valor universal, sino como banderín de política pequeña... »

El católico Sainz Rodríguez critica « a algunos que alegremente intentan convertir su obra en banderín de partido ».

También han sido numerosas las protestas originadas por los desorbitados elogios de los opusdeístas y del gobierno, que han deformado por completo el carácter real de la aportación de Menéndez y Pelayo a la cultura española. En la revista *Papeles de Son Armadans*, Aranguren escribe : « la literatura casi hagiográfica que se está produciendo con motivo de su centenario amenaza convertirle en una especie de Lepanto intelectual, apto solamente para grandilocuentes discursos ». En un sentido paralelo, el profesor Bustamente tuvo que recalcar en una conferencia que « lo único que pretendió el polígrafo fué ser un historiador y un crítico ».

Pero la reacción contra el Opus Dei ha ido más lejos aún : La interpretación de Menéndez y Pelayo, generalmente admitida, tanto en la época monárquica como en tiempos de la República, era la de considerar a éste como una personalidad predominantemente reaccionaria, ultramontana.

En cambio en los últimos años, y sobre todo con motivo del centenario, asistimos a la aparición de una interpretación nueva de Menéndez y Pelayo, avalada por figuras del máximo relieve, plasmada en libros, conferencias, artículos de revistas, etc., la cual destaca en Menéndez y Pelayo todos los rasgos que acusan una actitud algo liberal, propensa a la tolerancia, abierta a la comprensión y a la convivencia

entre españoles de diferentes ideologías. Esta interpretación nueva surge en polémica abierta — en ciertos casos aguda — con las tesis de los círculos gubernamentales y del Opus Dei. En sus manifestaciones extremas, esta interpretación nueva salta de un polo al otro y presenta a Menéndez y Pelayo como un símbolo de tolerancia y de liberalismo.

Este choque entre la interpretación opusdeista y la interpretación liberal de Menéndez y Pelayo no se debe a una divergencia de apreciación histórica. Acerca de una personalidad contemporánea, y que ha expuesto además sus ideas en una obra escrita considerable, no cabe la posibilidad de una controversia propiamente histórica. El problema es de otra índole. Es un problema político. A través de las loas a tales o cuales actitudes de Menéndez y Pelayo, diferentes personalidades intelectuales españolas definen y airean su posición ante el problema político nacional : unas en favor de la dictadura o de soluciones reaccionarias; otras en favor de soluciones liberales, democráticas, de reconciliación y convivencia.

Y lo que precisamente ha salido a flote en la discusión en torno a Menéndez y Pelayo, lo que ha sido puesto de relieve con gran claridad y fuerza, es la amplitud que han cobrado ya, pese a la represión y a la censura, estas actitudes de signo opositorista.

III. - CONTRADICCIONES EN MENÉNDEZ Y PELAYO

El problema de cuál de estas interpretaciones de Menéndez y Pelayo se ajusta más a la realidad histórica queda fuera del ámbito del presente artículo. Pero hay otra cuestión previa de la que es imprescindible decir al menos algunas palabras : ¿Cómo es posible que en torno a dicha personalidad hayan podido surgir interpretaciones tan opuestas? ¿Cómo puede un mismo hombre ser presentado, por unos como símbolo de tolerancia, y por otros de intolerancia? Y sobre todo ¿cómo es posible que, precisamente ahora, se haya operado esta « transfiguración » de Menéndez y Pelayo, hasta el punto de que sea esgrimido por muchos autores como bandera de liberalismo? En nuestra opinión, no se trata de que se han puesto hoy al descubierto nuevos hechos, antes desconocidos, de la vida de Menéndez y Pelayo. No ha ocurrido nada de ese género.

Un factor esencial a tener en cuenta para enfocar esta cuestión es la diferencia entre la sociedad española en la que vivió Menéndez y Pelayo y las condiciones en que ésta se halla hoy bajo la dictadura franquista. En el país de los ciegos, el tuerto es rey. Cuando los españoles carecemos hasta de las libertades humanas más elementales, como sucede hoy, algunas actitudes y rasgos de la vida de Menéndez y Pelayo adquieren un valor distinto del que tenían en otras épocas. Podríamos decir que se destacan con matices claros sobre el fondo de negrura de la dictadura franquista. Por eso no está de más recordar aquí algunos rasgos de la España en la que vivió Menéndez y Pelayo.

Inicia éste su vida a raíz de la Restauración borbónica, o sea de la derrota de la Primera República. Los sectores más avanzados de la burguesía acaban de sufrir una derrota aplastante. Las características de esta derrota han convencido a dichos sectores de su total impotencia política.

En el plano de la vida cultural — en el que esas capas burguesas avanzadas siguen ejerciendo una influencia considerable — la convicción arraigada en ellas de su impotencia política les lleva a adoptar posiciones como las siguientes: búsqueda de inspiración y apoyo en teorías extranjeras, concentración de sus esfuerzos en pequeñas capillas para crear « minorías selectas »; mezcla de una excesiva modestia hacia fuera y de un sentimiento íntimo de superioridad ante la sociedad circundante (1) (que a veces se convierte en desprecio al pueblo o en paternalismo), etc. rasgos que se dan en ciertas actividades de la Institución Libre de Enseñanza.

En el terreno político, las castas feudales y la gran burguesía gobiernan casi sin problemas, por lo menos sin peligro. La vida política en las alturas está amodorrada por el runrún del « turno » de liberales y conservadores.

Los problemas básicos que fermentan en las entrañas de la sociedad sólo aparecen en la superficie de un modo esporádico y efímero. Estas condiciones permiten a las clases dominantes combinar los métodos del caciquismo, de la corrupción política y de la represión brutal en casos de necesidad (para acallar las aspiraciones democráticas de amplias masas del país) con la concesión de libertades políticas, de prensa, de reunión, de asociación, y de libertades aún más sustanciales en el terreno de la vida intelectual.

En este marco, la carrera de Menéndez y Pelayo fué, no sólo triunfal, sino rapidísima. Era hijo de un profesor de Instituto. Su padre era progresista, por lo tanto un hombre de ideas avanzadas para su época.

Aun no concluidos sus estudios, con gran brillantez, el joven Menéndez y Pelayo, estimulado por su profesor Laverde, se lanza con audacia a una controversia pública con figuras de reconocido prestigio intelectual. Desde esos primeros pasos, su actitud se asienta en los dos rasgos siguientes:

— Conformismo político, cuando la predominante en muchos círculos intelectuales era una actitud liberal, de oposición a la monarquía y al oscurantismo.

— Una gran erudición, una capacidad de estudio poco común, cuando las derechas españolas eran, en el terreno intelectual, un verdadero páramo.

La combinación de esas dos características habían de granjearle grandes facilidades para su vida, para su carrera.

Los liberales, al apoyar y elogiar a Menéndez y Pelayo, hacían gala de imparcialidad, demostrando que apreciaban al *intelectual* incluso cuando éste era derechista y católico.

Las derechas, conservadoras y tradicionalistas, ensalzaban a Menéndez y Pelayo, porque era casi el único « ejemplar » que podían presentar de un hombre

(1) Fenómeno que tiene ciertas semejanzas con lo que los chinos llaman *Ah Quismo*, según la novela del famoso autor revolucionario Lu Hsun.

católico y clerical, y a la vez de una reconocida solvencia en una rama de la cultura.

Así Cánovas le hizo diputado en dos ocasiones. Fué senador por la Universidad de Oviedo, una vez elegido con el apoyo de las izquierdas, y en particular de los republicanos, y otra vez como candidato tradicionalista.

En la elección de Presidente de la Academia Española, en 1906, Menéndez y Pelayo fué derrotado por el católico y reaccionario Alejandro Pidal, el cual había sido su jefe político en el ala extrema derecha del partido canovista. Contra esta elección protestaron, tomando la defensa de Menéndez y Pelayo, figuras literarias y políticas de izquierdas. Una protesta solemne fué firmada, entre otros, por Baroja, Azorín, Luis Bello, los Álvarez Quintero, Díez Canedo, Julio Camba, Felipe Trigo, Antonio Machado, Manuel Azaña, Alvaro de Albornoz, etc.

En estas coyunturas, Menéndez y Pelayo se « dejaba querer » por las izquierdas, lo mismo que en otras ocasiones hacía cuando le apoyaban las derechas. En muy abundantes hechos de su vida, y particularmente en su amistad con hombres republicanos e incluso anticlericales, aparece un Menéndez y Pelayo que pese a las frases intransigentes de muchos de sus escritos, pese a su defensa de la Inquisición, vivía perfectamente a su gusto en una sociedad en la que intelectuales de encontradas y opuestas tendencias discutían libremente, polemizaban, mantenían entre sí relaciones de convivencia civil. Su conformismo ante la Iglesia, y ante los demás poderes constituídos de la monarquía, hacía muy buenas migas con grandes dosis de eclecticismo.

El contraste entre este ambiente en el que transcurrió la vida de Menéndez y Pelayo, entre aquellas libertades consideradas entonces como obvias y normales, y la situación presente de falta absoluta de libertad, de persecución al pensamiento heterodoxo o progresivo, he ahí una circunstancia concreta que da pie para que la celebración del centenario de Menéndez y Pelayo haya podido servir de plataforma para criticar y atacar al actual régimen.

IV. — EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD INTELECTUAL

La discusión en torno a Menéndez y Pelayo en las publicaciones legales españolas ha sido en líneas generales triangular. De un lado los opusdeístas y los círculos gubernamentales. De otro, en las filas de la oposición, han hecho acto de presencia dos corrientes fundamentales :

— Una, de carácter predominantemente liberal, desde luego con ramificaciones muy diferentes, vueltas unas hacia el pasado, enfiladas otras hacia el porvenir con un contenido en ciertos casos más democrático. Esta corriente se halla representada por Marañón, Azorín, Dámaso Alonso, Lain Entralgo, algunas revistas literarias y estudiantiles, etc.

— Otra, católica, que actúa en el seno de la Iglesia con el apoyo público de ciertas jerarquías, está vinculada estrechamente a los círculos dirigentes de la democracia cristiana. Entre sus representantes se pueden citar a Sánchez de Munuain (antiguo subsecretario con Ruiz Jiménez), a Sainz Rodríguez, al arzobispo de Granada, cuya intervención personal en la polémica sobre Menéndez y Pelayo ha dado lugar a muchos comentarios.

Nos interesa examinar ahora cuales son los rasgos de la vida y de la obra de Menéndez y Pelayo en los que estos autores, liberales y democristianos, han puesto el acento en sus estudios y comentarios. Obtendremos quizás una visión algo parcial de lo que ha representado históricamente la personalidad de Menéndez y Pelayo; pero en cambio conoceremos mejor algunas de las aspiraciones de esas corrientes intelectuales en el momento presente de España.

Los liberales, y especialmente Marañón, presentan a Menéndez y Pelayo como un « precursor de la mentalidad postliberal, en cierto modo neo-liberal ».

La actitud de Menéndez y Pelayo ante el problema de la libertad ha sido uno de los temas más debatidos. Es un tema que está hoy en carne viva. Los opusdeístas han aireado mucho la defensa de la Inquisición hecha por el historiador santanderino. Los liberales y algunos católicos han respondido aportando elementos demostrativos de una actitud mucho más comprensiva de Menéndez y Pelayo ante el problema de la libertad. Han recordado diversas frases suyas en favor de la libertad intelectual. Una de las más frecuentemente citada es la siguiente: « *Cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía aquella senda de racional libertad, sin sobrecogerse con escrúpulos monjiles ni lanzarse a ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar ni uno solo de los derechos que a la razón en su esfera propia legítimamente pertenece* ».

Indisolublemente ligado al problema de la libertad está el de la actitud ante la heterodoxia: en el fondo, el problema del « derecho a la heterodoxia » no es más que un aspecto del problema de la libertad de pensamiento. ¿Cuál fué la actitud de Menéndez y Pelayo ante los heterodoxos?

A la historia de éstos ha dedicado su libro famoso, sin duda el más importante de toda su obra. El objetivo del libro, así lo dice repetidas veces y de un modo explícito, es condenar la heterodoxia. Pero la realidad, que resplandece en no pocas páginas del libro, es que Menéndez y Pelayo sentía admiración y simpatía hacia algunas de las grandes figuras intelectuales españolas que fueron heterodoxas. El mismo ha escrito: « *Creo que hasta podrá tachárseme de cierto interés y afición, quizá excesiva, por algunos herejes, cuyas cualidades morales o literarias me han parecido dignas de loa...* »

Es más. Esa obra escrita en defensa de la ortodoxia católica, resulta en la práctica, por efecto de los elementos objetivos que en ella se recogen, un homenaje, involuntario pero real, a la importancia de la contribución que los heterodoxos han prestado a la cultura nacional.

En este orden creemos que, independientemente de muchos juicios erróneos, y en ciertos casos hasta indignos de un hombre de ciencia (sobre todo en el tomo VII) los hombres progresivos españoles debemos gratitud a Menéndez y Pelayo por lo mucho que ha trabajado, quizá inconscientemente, para poner de

relieve el vigor y la riqueza de las tradiciones materialistas y heterodoxas de la cultura española, de las que somos los marxistas continuadores.

La invención opusdeísta de que Menéndez y Pelayo fué el creador de una nueva doctrina filosófico-política ha sido rebatida por numerosos comentaristas, los cuales han demostrado que su aportación verdadera a la cultura española ha consistido principalmente en haber estudiado y dado a conocer obras de autores españoles del pasado, algunos de ellos ignorados o injustamente despreciados. Su obra creadora es escasa, y casi toda ella está constituida por comentarios a escritores de siglos pretéritos.

Menéndez y Pelayo vivió la mayor parte de su vida muy alejado, no sólo de los problemas políticos, sino incluso de los problemas ideológicos de su época. No supo nada del marxismo. El concepto que tiene del socialismo es de lo más burdo y primitivo. El problema social — que entonces preocupaba ya grandemente a la Iglesia, como lo demuestra la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* — fué totalmente ignorado por él. Su polémica con las doctrinas liberales del siglo XIX, en el tomo VII de los heterodoxos, es de una pobreza lamentable. En cambio, donde aparece el talento de Menéndez y Pelayo es en las páginas en las que comenta a Ramón Lull o a Vives, a Rojas o a Calderón...

Es significativo que, en la discusión actual sobre Menéndez y Pelayo, no pocos comentaristas se han dedicado a mostrar que éste, incluso en muchos de sus juicios sobre la historia de la literatura y de la filosofía, no fué, ni mucho menos, de una ortodoxia ejemplar.

Siendo hoy el tomismo la doctrina oficial en la Universidad, varios autores han subrayado la antipatía de Menéndez y Pelayo por el tomismo, citando algunas frases suyas a este respecto, tales como las siguientes :

« La verdad total no la ha alcanzado el tomismo ni ninguna filosofía, como tal filosofía, pero debemos aspirar a ella. » « Todo el que ha filosofado ha sido alternativamente, y en mayor o menor escala, escéptico y dogmático. »

En cuanto a los gustos literarios de Menéndez y Pelayo, en diversos estudios se ha puesto de relieve su admiración por la literatura realista, y en particular por ese realismo popular que brota con acentos tan maravillosos desde los primeros balbuceos de la novela española, en esas obras que con tanto cariño ha estudiado el historiador santanderino, sin esconder que en ellas aparecen acusaciones contra los poderosos, contra la desigualdad social, contra picardías y concupiscencias de gentes de sotana y hábito...

También ha sido recordado el aprecio que tenía por el gran escritor materialista francés Diderot — el prosista preferido de Carlos Marx —. Menéndez y Pelayo calificó a Diderot como *« el escritor más genial y menos anticuado de su tiempo a pesar de sus inmensas aberraciones de pensamiento y estilo »*.

Dámaso Alonso ha subrayado la predilección de Menéndez y Pelayo por el clasicismo latino, e incluso por el paganismo : *« El católico a machamartillo — escribe — el enamorado de toda la cultura española tiene, en literatura, en arte, un gusto clásico. Y no es un gusto exactamente clásico-cristiano. Esa sinbiosis clásico-cristiana a él le place, sí; es la que admira, por ejemplo, en Fray Luis de León; pero la que él practica es clásico-pagana hasta el tuétano (« en arte soy pagano hasta los huesos », declara)... »*

Muchas de estas actitudes de Menéndez y Pelayo son recordadas, y resaltadas ahora con el fin evidente de contraponerlas a las condiciones en que se desenvuelve hoy la vida intelectual. Es una forma indirecta de reclamar libertad para que los intelectuales puedan exponer sus opiniones propias sin censura previa, sin temor a ser víctimas de medidas represivas.

Marañón concluye su estudio sobre Menéndez y Pelayo con un fervoroso canto a la libertad. « *Y por encima de la nieve y el hierro — escribe — la libertad, las « auras de libertad», puestas, como cimera de nuestro espíritu, por el mismo Dios; la misma libertad que el alcalde de Zalamea excluía del Poder de los reyes; la que para él, para Menéndez y Pelayo, el tradicionalista, era indispensable para cumplir la obra santa de la creación* ».

V. — LA CONVIVENCIA ENTRE ESPAÑOLES

En una medida apreciable, la discusión sobre Menéndez y Pelayo se ha centrado en torno a este problema, tan actual, de la necesaria convivencia entre españoles de opiniones e ideologías diferentes y opuestas.

Los opusdeístas han destacado algunos planteamientos y frases del crítico montañés particularmente intransigentes, intolerantes. Pero les han salido al paso prestigiosos escritores liberales y democristianos, Marañón, Lain, Sánchez de Munuain, incluso el arzobispo de Granada, los cuales han puesto el acento sobre otra faceta, distinta, opuesta, de la personalidad de Menéndez y Pelayo.

De esta controversia ha habido diversas manifestaciones :

Hace ya bastante tiempo, el general opusdeísta Jorge Vigón publicó unos trozos escogidos de Menéndez y Pelayo sobre la historia de España; la selección fué confeccionada sin la más mínima objetividad, con un criterio partidista, cerril; de ella se desprendían quizás las opiniones de Vigón, pero las de Menéndez y Pelayo quedaban mutiladas y trastocadas.

El escritor católico Sánchez de Munuain ha preparado una selección de trozos de Menéndez y Pelayo, publicada este año, muy diferente de la anterior. Es objetiva. En ella se recogen los planteamientos en que Menéndez y Pelayo defiende actitudes de transigencia y tolerancia. Frases de su amistad con personas liberales y ateas; hay incluso trozos de Menéndez y Pelayo escritos en catalán. Se incluye una frase en la que éste aboga por « *aquella tolerancia científica del espíritu crítico y aquella inteligencia de las ideas más opuestas, que forzosamente trae consigo el estudio de la historia, y que es su más positiva ventaja* ».

Un hecho que merece ser destacado, por su importancia política, es que esta selección de Sánchez de Munuain ha sido publicada en el periódico YA.

Probablemente el rasgo de la vida de Menéndez y Pelayo al que con más insistencia se ha hecho alusión, en numerosos artículos, conferencias y libros,

es el de su amistad con personalidades democráticas como el krausista Clarín, autor de la *La Regenta*, y sobre todo con Galdós.

Marañón, que fué durante su infancia testigo de estas últimas relaciones, las describe en los siguientes términos: « *La continua controversia ideológica y política parecía que con su calor consolidaba el lazo de su mutuo afecto y de la noble admiración que se profesaban. De los beneficios que debo a aquellas mis relaciones infantiles ninguno puede compararse al ejemplo de aquel espectáculo de tolerancia, tan leal y ejercido por tan insignes maestros* ».

El Arzobispo de Granada, en un amplio artículo publicado en *Ecclesia*, aprueba y elogia esos comentarios de Marañón. Es más, reproduce íntegra la apreciación, crítica, pero llena de respeto, dada por Menéndez y Pelayo sobre el contenido ideológico de las obras más avanzadas de Galdós en el discurso pronunciado al recibir a éste en la Real Academia Española. Sobre las relaciones entre ambos, escribe el Arzobispo: « *... cultivaron ambos escritores una sincera amistad durante muchos años, renovada especialmente los veranos junto a las playas del Sardinero. Separábanles las ideas en materias importantes, sin que por eso se rompiese ni entibiase su mutua admiración y amistad* ».

Y conviene recordar que Galdós, no sólo fué diputado republicano, sino que afirmó públicamente sus simpatías socialistas.

« *Voy a irme con Pablo Iglesias — declaró en 1910 —. Él y su partido son lo único serio, disciplinado, admirable que hay en la España política.* »

El Arzobispo de Granada cita en su artículo la siguiente frase de Menéndez y Pelayo, cuya actualidad política es obvia:

« *Es tal mi respeto a la dignidad ajena, me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende a zaherir, a mortificar, a atribular un alma humana hecha a semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigna de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano...* » (Subrayado nuestro).

Como colofón de su artículo, el Arzobispo de Granada escribe lo siguiente:

« *Medio se van a escandalizar algunos lectores cuando sepan que hasta con los krausistas, que tanto se le atragantaron, fué indulgente don Marcelino, incluso en sus años mozos, e invocando por añadidura, la anchura del criterio y de espíritu...* » (Subrayado nuestro).

No es difícil adivinar quienes son esos « lectores » cuyo escándalo prevé de antemano el Arzobispo de Granada. Los opusdeístas han aireado las frases más hirientes empleadas por Menéndez y Pelayo en algunos de sus escritos juveniles contra los krausistas. Mas diversos autores, liberales y católicos, han subrayado que en la actitud del historiador se produjo en ese orden una importante evolución. En varias publicaciones, ha sido citada la frase de éste, escrita en 1910:

« *... Si ahora escribiese sobre el mismo tema lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de polémica, y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra.* »

Escritores de horizonte tan diverso como J.-M. Cossío, Sainz Rodríguez, Marañón, Lain, etc., ponen el acento en la importancia de esta evolución hacia la tolerancia que se operó en la vida de Menéndez y Pelayo, evolución cuya realidad Calvo Serer no puede negar, si bien la atribuye un valor nulo, un carácter « accidental ».

Dámaso Alonso ha dedicado un artículo en *Arbor* a examinar concretamente estas rectificaciones de Menéndez y Pelayo. En él cita diversos ejemplos interesantes, sobre todo en el terreno literario, como su actitud ante Heine, el poeta revolucionario alemán, amigo de Marx. Le despreció al principio, para convertirse luego, según sus propias palabras « *en el más serviente de sus admiradores y el más deseoso de propagar su conocimiento en España* ». La conclusión que de ese estudio saca Dámaso Alonso no se limita al ámbito literario. « *Se dió cuenta — escribe — que aun en los criterios estéticos y literarios es necesario convivir que es, sin compartirlos, comprender el punto de vista de los contrarios...* » (el subrayado es nuestro).

En ese mismo tema de la convivencia ha centrado el periódico estudiantil *La Hora* su aportación al centenario de Menéndez y Pelayo, publicando unas cartas intercambiadas entre éste y Clarín sobre unas elecciones senatoriales de la Universidad de Oviedo, en las que el autor de *La Regenta* y otros electores krausistas y republicanos, dieron su voto al autor de los *Heterodoxos*. Elecciones llevadas a cabo en medio de una discusión libre de las diversas tendencias, esos recuerdos del pasado que *La Hora* invoca, ¡ cuán cargados están de un significado político para hoy !

Partiendo de la actitud adoptada por Menéndez y Pelayo en el terreno de las relaciones con personalidades de ideologías opuestas a las suyas, Lain Entralgo ha podido utilizar ese ejemplo para defender la tesis de la integración de las dos Españas, abogando así por una política de reconciliación y de convivencia entre españoles de diferentes ideas políticas y convicciones filosóficas. « *La intención permanente de Menéndez y Pelayo — escribe — desde su aparición dentro del horizonte histórico español, fué superar, católica, creadora y científicamente, dentro de una caliente fidelidad a Cristo y a la historia de España, la cruenta e inútil antinomia de la España del siglo XIX...* »

Otra de las actitudes de Menéndez y Pelayo que ha sido recordada y comentada abundantemente, porque tiene asimismo una gran actualidad en relación con los problemas políticos de hoy, es la que adoptó ante el problema nacional, y sobre todo acerca de Cataluña. Diversos comentaristas han subrayado cuánto admiraba Menéndez y Pelayo la lengua catalana. Y no sólo la admiraba. La conocía, la hablaba, y la consideraba lógicamente, como la lengua nacional de los catalanes. En una polémica con el historiador francés Reulet, acerca de los orígenes de Sabunde, escribe :

« ... Dícenos el abate Reulet que él sabe el español (sic) y que no ha encontrado castellanismos en la « *Teología Natural* ». ¿Y cómo los había de encontrar si Sabunde fué barcelonés? ¿Ignora el respetable clérigo que los barceloneses, lo mismo ahora que en el siglo XV, no tienen por lengua materna el castellano, sino el catalán? ... »

En ocasión de una visita de la Reina Regenta María Cristina a Barcelona, Menéndez y Pelayo pronunció, en su presencia, un discurso en catalán. El recordar

hechos de esta índole, en las presentes condiciones políticas de nuestro país, implica a todas luces una crítica a la política gubernamental en esta materia.

El escritor Sainz Rodríguez, y otros comentaristas, han citado en relación con este problema, la siguiente frase de Menéndez y Pelayo : « *Vino después el formidable sacudimiento de la guerra de la Independencia, que por lo mismo que era un movimiento geminamente español, despertó y avivó toda energía local, organizando la resistencia en la forma espontánea de federalismo instintivo que parece congénito a nuestra raza y que quizá la ha salvado en sus mayores crisis.* » (El subrayado es nuestro).

Sainz Rodríguez saca la conclusión de que Menéndez y Pelayo « *pensaba que el federalismo de las regiones es la forma de gobierno natural en España* ».

¿Qué conclusiones se desprenden de este resumen que hemos esbozado de algunas facetas de la discusión en torno a Menéndez y Pelayo?

La primera, el evidente fracaso del Gobierno y del Opus Dei. Pese a la censura, a la falta de libertad, al control oficial sobre las publicaciones, no han podido conseguir que el centenario de Menéndez y Pelayo transcurriese en el ambiente deseado — y preparado — por ellos. Incluso se puede decir, sin exageración, que el tiro les ha salido por la culata.

Este fracaso, sufrido en el dominio de la cultura, es una prueba más de la honda crisis que corroee al régimen, de su debilidad, de su impotencia para ahogar los anhelos de liberación que surgen en muy diversos ámbitos de la vida nacional.

La segunda, que importantes corrientes liberales y democristianas han utilizado la conmemoración de Menéndez y Pelayo para hacer acto de presencia, patentizar la influencia que ejercen en determinadas esferas de la vida española, y presentar reivindicaciones de suma actualidad.

A las fuerzas revolucionarias y progresivas no nos es posible expresarnos abiertamente de un modo legal en las presentes circunstancias. Nos satisface, sin embargo, que algunas de las posiciones definidas por ciertos grupos liberales y católicos — en ocasión del centenario de Menéndez y Pelayo — sobre la libertad de pensamiento y de creación, sobre la reconciliación y la convivencia entre españoles, y sobre otros puntos, confirman que existen posibilidades reales y concretas de llegar a un amplio entendimiento de todas las fuerzas españolas, de izquierdas y de derechas, católicas y librepensadoras, deseosas de que nuestra patria se libere de la odiosa dictadura de Franco y entre en una normalidad democrática, que garantice a la actividad intelectual la libertad que le es imprescindible.

Es sorprendente, sí, que estos fenómenos se hayan puesto de relieve con motivo de una discusión en torno a una personalidad tradicionalista y católica « a machamartillo » como Menéndez y Pelayo. Mas ¿ no constituye ese hecho precisamente una prueba visible de cuán extendidas y generalizadas están las aspiraciones de libertad entre los intelectuales españoles?

A guisa de postdata

Diversos artículos de revistas y de periódicos han sido publicados, y varias conferencias pronunciadas sobre Menéndez y Pelayo, después de concluido el comentario anterior. Encontramos en ellos nuevos elementos que confirman los juicios emitidos por nosotros; pero nada que venga a rectificar lo que hemos dicho más arriba.

Lo que si nos parece conveniente registrar es que las críticas, las protestas incluso, contra la utilización que los círculos oficiales han pretendido hacer del centenario de Menéndez y Pelayo, se multiplican y toman cada vez un carácter más decidido. Prueba de ello la reacción provocada por la conferencia del general Jorge Vigón en el Ateneo sobre Menéndez y Pelayo y Ortega; la indignación que esa conferencia ha despertado se ha reflejado hasta en las columnas de un periódico diario.

En cuanto a la actitud de los liberales, no queremos dejar de patentizar aquí la satisfacción que nos ha producido el artículo del doctor Marañón, publicado en el número de diciembre de 1956 de la revista *Índice*. Esa satisfacción nuestra se debe a diferentes causas: de un lado, a que Marañón coincide con no pocas de las ideas que nosotros hemos expresado en nuestro comentario.

De otro, a que Marañón señala el fracaso de los esfuerzos del Opus Dei y del Gobierno por inculcar a la juventud ideas reaccionarias aprovechando el centenario de Menéndez y Pelayo. « *En el caso de Menéndez y Pelayo — escribe — el intento de consagrarle en ídolo ha tenido un efecto inmediato y presumible: el desvío de la juventud... la juventud de hoy es más crítica que la nuestra y la crítica excluye la idolatría.* »

Observamos además en el artículo de Marañón una actitud más fuerte, más firme, en la polémica con los opusdeístas. Si en otras ocasiones discutía con ellos de una forma indirecta o velada, esta vez responde directa, nominalmente, al general Vigón.

Marañón declara que los enemigos de Menéndez y Pelayo « *fueron sin excepción gentes de la extrema derecha, como Don Alejandro Pidal y Mon, como el padre Fonseca y otros polemistas procedentes del carlismo...* »

Marañón acusa a los « *recientes apologistas* » de Menéndez y Pelayo de amputar a éste « *la mejor de sus lecciones... la de su respeto a la libertad de pensar que él profesaba casi con la misma pasión que su catolicismo.* »

Este planteamiento de Marañón confirma una conclusión a la que hemos aludido ya más arriba: en el conjunto de la discusión habida en torno a la personalidad de Menéndez y Pelayo, ha sobresalido un aspecto predominantemente político, y de viva actualidad: la fuerza del clamor nacional que pide libertad, clamor que se manifiesta de muy variadas formas, en la vida intelectual y en la vida política, y que cada día cobra acentos más imperativos.

J. D.

Los pasos de Pedro Lain Entralgo por el camino de España

por Tomás FUENFRIA

La publicación en las páginas de « Nuestras Ideas » del presente ensayo debido a la pluma de un joven intelectual acabado de llegar al marxismo, no significa identificación completa — al igual que sucede con otros trabajos que aparecen en la revista — con todos los puntos de vista que el autor expone en este ambicioso bosquejo de la trayectoria histórica de nuestro país siguiendo el itinerario ideológico de Lain Entralgo. Lo consideramos sin embargo de sumo interés y un testimonio elocuente del vigor analítico que el marxismo proporciona a los nuevos jóvenes valores intelectuales que abrazan la causa del socialismo. (N. de la R.).

EN Febrero de 1956 millares de universitarios madrileños firmaron una petición al gobierno por la que se exigía la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes en el que delegados libremente elegidos constituyeran una organización representativa.

En el documento, verdadera carta fundacional del movimiento democrático en la Universidad, se exponían con serenidad y agudeza los males que aquejan a ésta: la estrechez ideológica de la enseñanza, el confesionalismo a ultranza; la ausencia de maestros capacitados por motivos extraprofesionales y personalistas, la escasez del material moderno de experimentación, la privación de la libertad intelectual y en general de toda clase de libertades, la limitación de su acceso a los privilegiados porque la falta de recursos en la mayoría de la población malogra multitud de capacidades, el paro intelectual producido por la pobreza del país como consecuencia de arcaicas estructuras económicas que impiden el desarrollo de la producción y la inserción en ella de los nuevos profesionales, y por último se criticaba violentamente la actuación del sindicato falangista (S.E.U.) calificado de parodia representativa y de policía gubernamental entre los estudiantes.

El diario parisino *Le Monde* dijo del escrito que era el más violento ataque público contra Falange desde el fin de la guerra civil. Días después

bandas de facinerosos con camisa azul asaltaron la facultad de Derecho y el gobierno detuvo y procesó a los iniciadores de la petición.

Entre los intelectuales que justificaron las inquietudes estudiantiles como la aparición en la vida de España de nuevas generaciones para las que la guerra civil era un pasado ideseable, y reprobaron su represión se encontraba el rector de la Universidad de Madrid Pedro Laín Entralgo, lo que le costó el cargo,

¿Qué había pasado para que el antiguo jefe de las actividades editoriales del Movimiento y del Estado y en tiempos saludado como el primer intelectual del régimen expresara ahora su disconformidad con él? ¿Se trataba de una rata más que abandonaba el barco desvencijado? El que esto escribe cree tener motivos para no dudar de su sinceridad y las páginas que siguen quieren ser una crítica de la manera con que Laín abordó lo que se ha dado en llamar el problema de España.

Desde que comienza su vida de escritor dentro del falangismo adivinamos que no lo piensa desde su raíz como la forma española del fascismo, es decir, de la dictadura terrorista de los grupos más reaccionarios del capital financiero y de los grandes terratenientes, sino que se acerca a él, durante la guerra civil, mixtificado por una parte de su mitología. Si el falangismo, como realidad social, es desencadenada violencia antidemocrática, sus teóricos lo presentan como superación de la lucha de clases que transforma la propiedad privada de los medios de producción en empresa al servicio del bien común; por otra parte, los proletarios, desengañados del socialismo, se convierten en productores, es decir, en cooperadores a la elaboración de un producto cuya finalidad es servir al consumo de una comunidad en la que las clases se han reconciliado sobre un nivel de general prosperidad que a todos beneficia.

El hecho de la guerra civil irrumpe en la vida de algunos intelectuales católicos que aceptan como una necesidad lo que la misma Iglesia defiende, pero, además, quieren justificar su toma de posición por la posibilidad, a su fin, de una España reconciliada. Universitarios durante la Dictadura y la República, influyen sobre ellos la generación del 98 y Ortega, los cuales, si por una parte crean una crítica de la superestructura cultural y política, por la otra permanecen en completa ignorancia de las activaciones económicas de la superestructura. Pesa también sobre estos hombres su sentido católico de la vida que se resiente de la postura reaccionaria que la Iglesia toma ante los problemas españoles, la fidelidad a la Jerarquía eclesiástica supera a cualquier otra consideración.

Su ideología se va formando como un compromiso precario entre ambas tendencias y es ella precisamente la que los impide comprender lo que realmente representa el fascismo dejándoles inermes ante su fascinación, ante la fascinación de una actitud cuya violencia ven, no como una constante defensiva de los intereses más reaccionarios, sino como violencia provisional contra lo que ellos imaginan desbordamiento anticatólico y antinacional de las masas, pero que será superada inmediatamente por una reconciliación en la que la lucha armada dejará su sitio al convencimiento pacífico.

No nos extrañemos, pues, de que la mistificación falangista del fin de la lucha de clases les atrajera. La historia de los años posteriores es la historia de su desencanto. Entre ellos, con personalidad propia, se encontraba Pedro Laín Entralgo.

POCOS años después de la guerra, en 1943, cuando la extrema derecha, intentando cubrir el nihilismo cultural, se dedica a exaltar sus « genios », Laín publica un estudio sobre Menéndez y Pelayo en el que éste aparece a una luz distinta que a la que se le reverenciaba como un santón. El fogoso polemista tradicionalista de los Heterodoxos (España martillo de herejes, luz de Trento...) que se nos presentaba estancado en su papel de cantor de antigüedades es, ¡ oh sorpresa !, un hombre que marcha, que evoluciona, que ya en su vejez ha abandonado su juvenil fanatismo y trata de comprender y criticar con tolerancia, desde su vertiente católica, a Kant, a Hegel, y al positivismo, pasando de la filosofía feudal a la filosofía burguesa. Laín habla en esta última etapa — embarazosamente abordada por los panegiristas al uso — de la « anchura ganada por el horizonte histórico e intelectual de D. Marcelino ya que cuando mozo, la historia del espíritu humano se acababa para él en el siglo XVII más acá todo sería confusión y extravío. ¿ No fué hasta proponer en un discurso electoral un hegelianismo cristiano ? »

En este análisis hay ya en Laín un implícito y tenue inconformismo con la estulticia de los beatos que marcaban la pauta de la cultura oficial.

Al año siguiente, frente a la desmesurada estupidez de quienes hablaban de la perversidad de los del 98, reivindica su patriotismo que para él no es un patriotismo equivocado como los más contemporizadores insinuaban en concesión extrema. A veces las recias críticas de los comentados le parecen injustas. El comentador es de los que andan con pies de plomo. Pero más a menudo recalca lo acertado de casi todas y a través de este juicio las recrea en el año que escribe su ensayo para transparentar a través de esta recreación una prudente disconformidad con el modo falangista de plantear la vida intelectual. Hay, al terminar el libro, el vuelo de la esperanza. No sólo el de la España soñada por los del 98, sino también la de Laín. ¿ Cómo es ésta ? Muy parecida a la de sus maestros más el catolicismo, pero en todo caso mucho más pura que la que babeaba en rededor.

Más tarde, en 1948, publica un pequeño libro — « España como problema » — de donde arrancan una serie de reflexiones cuya maduración y desarrollo a lo largo de ocho años le conducirán a sus actuales posiciones.

Sin embargo, desde las primeras páginas se nota la limitación : « El problema de España era, como siempre, espiritual, social y político. Aunque esas tres dimensiones del problema se hallan mutua e indisolublemente vinculadas, otros y yo, por vocación, por temperamento, por formación hemos visto en primer plano la dimensión espiritual, y en ella las cuestiones más estrictamente intelectuales. » Lo que sería grave si los temas culturales se delimitaran, cuando por el contrario se carga el acento sobre ellos como si fueran primordiales haciendo depender la vida económica y política de una determinada concepción del mundo y no a la inversa.

Los conflictos de la sociedad española comienzan, para Laín, en el siglo XIX cuando terminada la guerra de la Independencia no se puede llegar a un acuerdo entre los renovadores y los restauradores. « *Nuestros progresistas comenzaron por intentar secularizar o liberalizar a los teólogos españoles y acabaron postulando una total ruptura « laica » con la historia de España anterior al siglo XIX, es decir, no quisieron o no supieron ser históricamente españoles, y de ahí su radical esterilidad* ».

Comienza a vislumbrarse la insuficiencia del punto de vista con que aborda los problemas. Al detener su mirada en el desarrollo cultural y contemplar a este nivel la oposición entre los dos grupos olvida que el contenido de la cultura no es independiente de las relaciones sociales y no puede ser comprendido sino a partir de éstas, de las que es formulación.

LAS Cortes de Cádiz en donde se inicia la lucha estaban muy alejadas por su misma composición de una Convención como la que en Francia liquidó el Antiguo Régimen, y en ellas los elementos burgueses buscaron el compromiso con los feudales. Sólo la obstinación de éstos en no compartir el Poder condujo a nuestros progresistas a actitudes cada vez más antagonistas que en el terreno ideológico se reflejaron en el combate contra una tradición que desvinculada del contexto en que surgió — siglos XVII y XVIII — era manejada como arma de combate frente al Progreso. La necesidad militante y sus limitaciones como clase les impidió asimilar el legado clásico en lo que tenía de válido; sin embargo la distinción entre lo vigente y lo caduco del pasado no era urgente ni posible. La pugna entre unos y otros se mantuvo con altibajos hasta 1868 en que la burguesía intenta por penúltima vez una revolución liberal que fracasó; como consecuencia de ello su ala más reaccionaria pactó con los feudales sobre la Constitución monárquica de 1876. Al margen quedaron los partidos republicanos a través de los cuales la media y pequeña burguesía sostuvo una oposición cerrada a la ideología tradicionalista oficializada, que con la absorción de algunas tesis liberales moderadas trataba de hacerse aceptar. Cincuenta y cinco años más tarde esta oposición terminaría en un segundo intento de revolución democrática que tampoco triunfaría.

Si durante este período los liberales padecieron de radical esterilidad no fué por su hostilidad a la tradición — mejor dicho, a un tradicionalismo que la mixtificaba extendiendo al siglo soluciones sólo vigentes en otros tiempos — sino porque ese antagonismo cultural y político se apoyaba sobre unos sectores sociales débiles. Sólo la deformación idealista puede hacer escribir a Laín que « *compa-*

rados con los liberales franceses e ingleses, tan atentos al interés nacional y tan rápidamente aburguesados, el liberal español sería una suerte de Don Quijote de la Historia, constante proclamador de justicias utópicas y constantemente tundido por la realidad. ¡Qué contraste el de este fanatismo de la Utopía, traducido a la extremada letra española, con la actitud del liberal francés, que no vacila en conquistar Argel y Túnez, o con la del liberal inglés, que hace emperadores de la India a sus reyes y mueve la guerra del Transvaal! » Si el liberal español no se aburguesó, no se constituyó en régimen burgués al modo francés o inglés, fué porque su debilidad le imposibilitaba la necesaria destrucción de las barreras feudales; si para ello carecía de fuerza ¡cómo hubiera podido desarrollar con éxito el imperialismo aunque lo intentase en pequeña escala en una guerra con Marruecos que costó 120.000 muertos !

Volviéndose después a los tradicionalistas Lafín dice que « no quisieron o no supieron ser históricamente oportunos, no fueron capaces de actualizar en inéditas formas de vida la « hermosa » (el entrecomillado es suyo) tradición que confesaban ». La nota en parte es justa, los tradicionalistas no quisieron ser históricamente capaces, pero ¿por qué? La respuesta se deja en el aire. ¿No se atreve a enfrentarse con el problema que representa la supervivencia de unas castas agrarias incapaces de ser actuales porque marchar de acuerdo con la Historia era suicidarse como clase? Y una clase nunca se suicida, hay que suicidarla. La irreconciliable tensión entre los dos grandes sectores de la sociedad española, que sólo se atenúa transitoriamente a consecuencia del compromiso restauracionista por suponer los terratenientes que habían domesticado a la burguesía y por debilitarse las capas más conscientes de ésta por la traición de las altas, no se debe a lo que Lafín llama condición trágica de la existencia española exasperada por « la pasión del espíritu y el arrebató del instinto », sino a la contradicción violenta entre los intereses de dos clases, contradicción mantenida, es cierto, si bien secundariamente por un apasionamiento que producido por nuestra especial « formación psicológica » constituye una de las notas fundamentales de las nacionalidades peninsulares según la ya clásica definición de Stalin.

AL terminar el siglo la coalición de los terratenientes y de la gran burguesía revela su fracaso. Se pierden las colonias, se derrumban las últimas ilusiones, y los españoles más conscientes comienzan nuevamente a interrogarse con lucidez. Después de cinco lustros de silencio las clases al margen del Estado se percatan del advenimiento de una nueva oportunidad y sus ideólogos van a desmontar el precario andamiaje de la Restauración. Son los regeneradores (Costa, Macías Picavea) y los hombres del 98.

Los primeros han vivido en su juventud las esperanzas de 1868 y guardan su recuerdo. « *¡ Los españoles tienen hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia! »* clama Costa y su anterior experiencia política les lleva a reclamar soluciones prácticas, concretas; se constituye la Unión Nacional animada por las cámaras de comercio y las ligas industriales, se hace una intensa propaganda pero una vez más todo se hunde por el gran pecado de la burguesía española; su falta de audacia.

Los del 98 siguen otro camino. Comprenden el apocamiento de su clase, pero tratan de infundirle confianza, saben que el desastre colonial tiene que provocar una reacción y confían en sus posibilidades renovadoras. Por entonces van entrando en España las obras de los sociólogos burgueses (Comte, Spencer, Durkeim, Tarde); « *los nombres de Taine y de Guyau poseen, cada uno por sí, una sugestión especial. La teora del « milieu et de l'art du point de vue sociologique » andan en todas las plumas »*, escribe Díaz Plaja buen estudioso de aquella generación; en algunos sectores pequeño burgueses adquiere influencia el anarquismo que refleja la inestabilidad de esta capa social. Todo esto no cae en el vacío porque a medida que transcurren los primeros años del siglo la burguesía, dentro de su timidez, que en España parece congénita, inicia una reacción contra los métodos y las formas que han conducido a la catástrofe en Cuba y Filipinas. En el aspecto cultural, la historia del primer tercio del siglo es la del encuentro entre aquélla y sus intelectuales que intentan confeccionarle un traje a la medida. Por otra parte comprenden la necesidad urgente de la revolución liberal porque una nueva clase aparece en la escena histórica con unas reivindicaciones propias, opuestas y más avanzadas: es el proletariado al que Pablo Iglesias y los primeros socialistas quieren organizar.

Cuando llega la primera guerra mundial España, en la que los capitales extranjeros: alemanes, ingleses, franceses, belgas y suizos, campan por sus respetos en un difícil equilibrio, proclama su neutralidad y nuestros industriales ven llegada la época de las vacas gordas preparándose a abastecer a los contendientes de todo lo que se pueda: se vende lo viejo y lo nuevo, las fábricas trabajan a pleno rendimiento, los salarios aumentan en un 50 % y las ganancias en un 500 %; en cuatro años los beneficios ascienden a 12.000 millones de pesetas oro, cifra fabulosa para entonces. Frente a este auge la burguesía contempla la descomposición de los partidos monárquicos y toma conciencia de su fuerza. Un joven filósofo del que se comienza a hablar califica al compromiso restauracionista que está terminando de hundirse, de panorama de fantasmas, y a su muñidor, Cánovas, de gran empresario de la fantasmagoría.

La clase obrera crece en número y en conciencia y en 1917 organiza la primera huelga general; en el mismo año el proletariado ruso derriba el poder de los capitalistas y terratenientes e instaura el socialismo. Desde Octubre, la Unión Soviética aparece como un ejemplo entrañable al proletariado mundial que refuerza sus filas en torno a una ideología combativa, intransigente, victoriosa: el leninismo.

UNA nueva generación de intelectuales aparece en España, más consciente, más rotunda y más convencida de los avances burgueses que la del 98. La integran entre otros Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, Azaña, Madariaga, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Fernando de los Ríos, etc...

Aquel joven filósofo que condenó a la Restauración con frase lapidaria es su cabeza. Han salido a estudiar al extranjero, se han empapado de lo que el pensamiento liberal creaba fuera de nuestras fronteras y lo han ofrecido a su clase, y ésta, saliendo de su sopor, responde a las nuevas incitaciones; se va formando una fuerte opinión republicana y en un teatro madrileño, Ortega, emite un abrumador diagnóstico sobre la España de las castas y anima con palabra vibrante a la burguesía a una nueva y difícil empresa: la de crear su Estado: *« al escuchar la palabra España mi generación no recuerda a Calderón ni a Lepanto, no piensa en las victorias de la Cruz, no suscita la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino meramente siente, y esto que siente es dolor... Hemos visto en torno, año tras año, la miseria cruel del campesino, la tribulación del urbano, el fracaso sucesivo de todas las instituciones... Que nuestras voluntades haciéndose rectas, sólidas, clarividentes, golpeen como cincoles el bloque de amargura y labren la estatua de la futura España, magnífica en virtudes, la alegría española. »*

Respecto a los del 98 la diferencia es patente. La vieja generación es ante todo educacional; ante una clase postrada y enferma hay que mostrar el espejismo de su eventual resurrección que sólo de ella depende, hay que inculcarla la fe en sus destinos, la fe que para Unamuno era fuente de voluntad viva y que consistía no *« en creer lo que no vimos sino en crear lo que no vemos »*. Ortega y sus compañeros, por el contrario, respiran un ambiente distinto, más vigoroso, más robusto; la burguesía está en forma y se dispone a tensar su destreza histórica. Frente a la España soñada de sus mayores, frente a las prédicas ilusionadas que sólo pretendían templar los corazones y elevar los ánimos, los nuevos intelectuales, ya seguros del ímpetu de su clase, comienzan a esbozar un programa concreto, de perfiles recortados y rigurosos.

La aportación realmente importante de ambas generaciones a una ideología antifeudal la subraya Lain con inteligencia y respeto aun sin vincularla, ya que su óptica idealista le impide una profundización que su talento no le veda, a las estructuras sociales de las que es expresión. Sin embargo hay una omisión más grave en cuanto a la importancia de una acción continuada durante casi dos tercios de siglo con visión y sin desfallecimientos: la de la Institución Libre de Enseñanza.

Por debajo de la propaganda brillante y espectacular de las grandes figuras del 98 y de sus continuadores de la promoción siguiente, la Institución, primeramente como Universidad Libre, después en el Instituto Escuela como centro de enseñanza primaria y secundaria, y al mismo tiempo en la Residencia de Estudiantes como foco de cultura liberal junto a otros a los que influenciaba, ha ido formando unas cuadros de mentalidad abierta dentro del horizonte de la burguesía avanzada, que han sido levadura de dirigentes republicanos. La Institución Libre de Enseñanza tuvo su origen en la decisión de D. Francisco Giner de los Ríos y otros catedráticos expulsados de sus puestos en los primeros años de la Restauración por no aceptar sus principios católicos y monárquicos, de fundar un ámbito educativo en el que junto a la formación de intelectuales capaces y modernos se preservase la libertad de la búsqueda científica.

Su influencia fué enorme y todavía está por escribir la historia de lo que el movimiento liberal debe a aquellos hombres, incluso se puede afirmar que el magisterio de la generación del 98 y de la siguiente no hubiera sido tan hondo si el terreno no hubiera estado abonado por la actividad consecutiva de la Institución sobre la mentalidad de unos sectores profesionales capaces por ella de reaccionar adecuadamente a las sugestivas incitaciones de los espíritus impares.

La Institución fué durante muchos años la bestia negra de la Iglesia que hizo todo lo que pudo para destruirla, ya que era casi el único obstáculo levantado en el camino del monopolio confesional de la enseñanza; no era la Institución manifiestamente anticatólica, incluso se impartía la formación religiosa al que voluntariamente la solicitaba, pero la intransigencia de sus enemigos y el hecho de que éstos fuesen los mantenedores de una ideología reaccionaria que contrarrestaba los intentos de la burguesía por eludir el yugo feudal, la llevó a posiciones cada vez más militantes y a favorecer un anticlericalismo al que por la distinción de sus mentores no estaba llamada.

La intervención de la Iglesia en todos los sectores de la vida nacional concitaba el descontento de amplias masas a las que se podía movilizar contra el feudalismo que encontraba en ella una encarnizada defensora. En un país como el nuestro, en el que el clero sostenía activamente todas las formas de propiedad llegando incluso a calificar como pecaminosa cualquier actividad huelguística, podía llegarse a una alianza entre la burguesía y la clase obrera, acusando a la Iglesia de principal resorte de la explotación y fomentadora del atraso económico que motivaba el bajo nivel de vida. Al atacar a la institución religiosa se perseguía un doble objetivo: a) poner al descubierto el flanco ideológico del feudalismo que privado del prestigio de su aliada era mucho más impugnabile, y b) desviar la atención del proletariado de su principal enemigo; el capitalismo, encauzándolo contra una Iglesia que recibía su fuerza de la vinculación a las estructuras dominantes.

La jugada era arriesgada porque una vez terminada la revolución democrática la burguesía se encontraría sola frente a los trabajadores y tendría que recurrir a la alienación religiosa que de su papel de instrumento del feudalismo pasaría a serlo de la clase triunfante. La contradicción entre el descrédito de la religión y la necesidad posterior de servirse de ella sería difícilmente superable en el futuro, pero por el momento el principal enemigo era el feudalismo y su aliado la oligarquía financiera, y contra ellos y la Iglesia, que los reforzaba, debían ser orientadas las censuras. Al atizar el anticlericalismo, la intelectualidad liberal y los partidos republicanos actuaban consecuentemente en la defensa de los intereses a ellos encomendados. Así llegamos a los años veinte. La lucha estaba planteada entre dos grandes campos: de un lado el compromiso entre los grandes terratenientes y la gran burguesía principalmente catalana representada por la Lliga, compromiso que a pesar del apoyo del clero y el ejército estaba en vías de liquidación, y del otro la pequeña y media burguesía que de hecho arrastraban a sus puntos de vista a una clase obrera dividida entre el reformismo del partido socialista y el sectarismo del anarquismo que concebido en mentes pequeñoburguesas había penetrado como caballo de Troya en el seno del proletariado, todo ello reforzado por el quehacer de un grupo de escritores y pensadores como pocas veces había conocido España.

LA guerra de Marruecos, con la que que los grupos gobernantes proponíanse desviar la atención del país galvanizando los esfuerzos en una dirección que no era la de la democratización sino su contraria, se derrumbó en un absoluto fracaso, y en el desastre de Annual perdieron la vida a consecuencia de un capricho real 12.000 soldados. La emoción fué tan intensa que fácilmente podía predecirse la caída de la monarquía que simbolizaba una política de continuas catástrofes. Para salvarla se recurrió a los graciosos servicios de un general palaciego.

En 1898 la pérdida de las colonias y la revelación de nuestra impotencia sólo provocó un descontento prontamente sofocado por la inercia de las oligarquias caciquiles; veinticinco años después una derrota en Marruecos estuvo a punto de acabar con el Régimen que sólo pudo evitar su caída por una operación dictatorial. Lo que nos da una idea del progreso realizado.

La Dictadura del general Primo de Rivera no podía resolver ninguno de los problemas planteados, por el contrario vino a silenciarlos y naturalmente los empeoró. Como toda dictadura que se precia planeó un vasto plan de obras públicas de las que parte se realizaron y el resto quedó sobre el papel. En general, su balance se saldó por un completo fracaso: en lo económico la caída vertical de la peseta, las concesiones a los monopolios extranjeros, el gran aumento de la Deuda Pública y el incremento de los gastos militares costeados por una imposición que recaía ante todo sobre las clases populares.

En lo político: la falta de libertades, el centralismo rígido frente a las aspiraciones nacionales de los pueblos de la Península, y la toma de conciencia de las fuerzas republicanas y obreras. En lo cultural: el imperio de la censura y las concesiones a las órdenes religiosas en detrimento de la Universidad del Estado provocaron la oposición de los intelectuales y de los estudiantes que fundaron la F.U.E. Y en última instancia ni con el apoyo incondicional de los militares pudo contar, como se vió en los que obtuvo el político conservador D. José Sánchez Guerra en sectores del Ejército y la revuelta de los artilleros que obligó al gobierno a disolver el Arma.

Todo esto hizo ver al monarca que si antes había desplazado a los viejos partidos incapaces de detener el proceso revolucionario, ahora precisamente para lo mismo tenía necesidad de la operación inversa; no se dió, sin embargo, cuenta de que España había cambiado, de que el país no podía ser gobernado como lo había sido hasta entonces y que en reacción a una Dictadura traída por el mismo rey las masas se volvían hacia la República y los pueblos sacudían su letargo sin que los caciques pudieran hacer nada por evitarlo. Se eliminó, pues, al general, pero sus ilusiones no fueron largas ya que un año después los españoles hicieron lo que algunos cándidos llamaron la revolución más pacífica de la Historia aunque tanto pacifismo resultara sospechoso y esta sospecha costaría luego más

de un millón de muertos. ¿Era posible que las castas agrarias que mantenían intacta su fuerza económica aceptaran de buena gana la revolución democrática? El 10 de Agosto iba a caer como un aldabonazo premonitor en la conciencia popular. Frente a ellas se levantaban los grupos republicanos que arrastraron a su política a un sector de la clase obrera dirigido por un partido socialista en el que el seguidismo era táctica tradicionalmente empleada, mientras otro, enrolado en el cenetismo, se dedicaba con el mayor de los gustos a la frase « rrrrevolucionaria ». A pesar de ello la creciente conciencia de la vanguardia del proletariado anunciaba a los espíritus lúcidos que la situación no podía estabilizarse y que la propia indecisión de la burguesía — cuya reforma agraria alarmó a los feudales sin convencer a los campesinos, cuya reforma militar pasó a la reserva a algunos jefes con el sueldo íntegro dejando con mando a los más reaccionarios, cuya reforma eclesiástica reforzó el clericalismo y al liquidar el presupuesto de culto enajenó a los curas forzándoles a seguir al episcopado—, terminaría por levantar la hipoteca que pesaba sobre la clase obrera, hipoteca que no era otra que el temor a la derecha de la que los republicanos se servían sin hacer nada por atajarla.

La situación era la siguiente : se imponía como la necesidad más urgente la revolución democrática que fundamentalmente y en un país como el nuestro eminentemente agrario, suponía la expropiación de los latifundistas y la accesión a la propiedad de millones de jornaleros y campesinos pobres. Sin ella el consumo seguiría siendo mínimo y la producción industrial no podría desarrollarse falta de mercados. Sin ella se prolongaría el atraso y la miseria. La República ¿no era sino una palabra bajo la cual nada cambiaría? Frente a la falta de audacia de los sectores medios e industriales el auge del proletariado, a pesar de las indecisiones de sus dirigentes, planteaba la siguiente pregunta : ¿ Podía la burguesía dirigir la revolución democrática? Los ideólogos más capaces de aquélla se percataron pronto de la gravedad del problema y el más inteligente de entre ellos, Ortega y Gasset, pronunció su Rectificación de la República : « no es eso, no es eso ». El *eso* era la perspectiva de una República en que los trabajadores ejercieran un papel dirigente, pero no poseían ninguna otra; la burguesía era débil e incierta para controlar la situación por sí sola y no era cosa de proponer un nuevo compromiso con los feudales como el que combatieron a lo largo de varios lustros. Optaron por el silencio y cuando sobrevino la guerra civil permanecieron en él. Su gesto fué el de Pilatos y en resumidas cuentas con su abstención contribuyeron al sacrificio del Justo. No les acusemos. Llenaron con honor un período de la Historia de España, pero cuando llegó el momento supremo no quisieron o no supieron estar a la altura de sus responsabilidades.

¿Era justo permanecer impasibles ante el asesinato de un pueblo, junto al que los elementos más avanzados de la burguesía luchaban aun comprendiendo la imposibilidad de dirigirlo? Dejo a otros la respuesta. Más tarde su hostilidad al franquismo nos ha hecho recordar el papel que tuvieron en el advenimiento del 14 de Abril, nos hace respetarlos y asimilar lo que de positivo haya en ellos.

OTROS dirigentes republicanos, no obstante, persistían en su optimismo. Azaña tenía fe en las posibilidades dirigentes de su clase, pero la sublevación militar y la impotencia de la burguesía pequeña y media para liquidarla, la extinguieron.

Desde el comienzo de la guerra civil se observa en la zona leal un desplazamiento del poder hacia la clase obrera que los republicanos se ven obligados a aceptar; no se retiran de la lucha, continúan en ella aunque ahora son los seguidistas. Las condiciones para llevar a cabo una eficaz revolución democrático-burguesa estaban puestas, lo único que faltaba era la victoria que no llegó. Negaban su necesidad, de un lado los rebeldes, que lo eran para evitarla, y del otro algunos sectores anarquistas que vertiendo su sangre en el frente consideraban que el desarrollo histórico era un capricho al que se podía volver la espalda, y que de la noche a la mañana, quemando etapas, se podía llegar a la comuna libertaria.

Frente a ambas tendencias la vanguardia de la clase obrera demostró su preparación y madurez política, y en mayo de 1937, en Barcelona el Ejército Popular, brazo armado de la Democracia Nueva, derrotó a la quinta columna falangista que se aprovechaba de las contradicciones del campo republicano, y a los elementos sectarios que sembraban la anarquía y el desconcierto. Por las mismas fechas Azaña dictaba las páginas desencantadas de *La velada en Benicarló*. En este diálogo se vierte todo el descontento del hombre que se siente superado, que ante la ejemplaridad y el vigor del proletariado comprende que la dirección de la Revolución ha cambiado de manos, y al mismo tiempo la necesidad de llevarla a buen término. La coincidencia es hartó significativa. Después viene la derrota, después...

Y una nueva generación de intelectuales surge; nacidos en la guerra, se afirman con fuerza desde los primeros años del régimen — aprovechando las facilidades que no tienen los demócratas que han de luchar contra el silencio y la censura — para terminar chocando con él. Hemos trazado, al comienzo de este ensayo su peripecia mental, y hemos seguido a su cabeza, Pedro Laín Entralgo, en su peregrinar por la historia de España. Si nuestra ruta era la misma nos separábamos en el modo de caminarla y así llegamos a 1948 en que aparece *España como problema*, libro en el que Laín va a expresar por vez primera, abiertamente, su disconformidad.

De él arranca la meditación que le va a llevar a sus actuales actitudes liberales. Ante todo hay el reconocimiento de una paternidad espiritual que no es la de los pensadores del catolicismo tradicional : « *Todos cuantos en España somos capaces de pensar y hablar tenemos el deber estricto de reconocer tan*

enorme deuda. Sin la generación de Ortega, cuyo magisterio confesamos y exigimos los españoles de la mía, nuestro ser espiritual sería diferente. » Y su examen de los problemas va a ser fiel a la línea de sus maestros.

El ex-rector de la Universidad de Madrid plantea siete necesidades nacionales subrayando desde su perspectiva culturalista, especialmente las pertinentes a la vida espiritual.

I. — « *Necesidad de resolver definitivamente en cuanto atañe el pensamiento la irresuelta polémica entre el progresismo antitradicional y el tradicionalismo inactual o antiactual por medio de una efectiva voluntad de integración nacional* ». Pero ¿cómo debe hacerse esta integración? ¿Será la caprichosa y estéril ensambladura de las corrientes ideológicas del feudalismo, la burguesía y el proletariado, o una radical comprensión de las distintas actitudes como superestructuras de sus épocas respectivas, incorporando lo más humano y creador de la tradición cultural al presente? Y ¿qué presente? ¿el que se cierra sobre sí satisfecho del esfuerzo integrativo — como parece que piensa Laín — o el que se abre al futuro con clara inteligencia de las líneas fundamentales que este futuro ha de desarrollar?

¿La integración se ha de pensar como imposible reconciliación de las clases antagonistas o como superación de ellas en un régimen en el que ha desaparecido la explotación más la liquidación de los explotadores? Sólo por este camino será posible apreciar lo que tengan de válido todas las culturas del pasado, que ya no serán ideologías defensoras de las clases opresoras. El proletariado con su acción anticipa en el presente la actitud de la sociedad sin clases respecto a la vida espiritual, continuador de la nación, incorpora a su lucha lo más fecundo de la tradición.

II. — « *Necesidad de que en el regimiento efectivo de España quedasen suficientemente garantizadas nuestra autonomía política — la libre autodeterminación de un pueblo en verdad soberano — y la más estricta justicia social* ».

He aquí en tres líneas un programa ambicioso, pero en política la enunciación de éste exige poner los medios para llevarlo a cabo, y ante todo un análisis de las fuerzas que tienden a impedir su realización. La autonomía se define frente a los que intentan violarla y la justicia social por la oposición de los que se resisten. España, hoy, se ve mediatizada en su acción exterior por su inserción en la estrategia de los bloques y por su subordinación a uno de ellos que aliena su autodeterminación. La auténtica Independencia no puede conseguirse sin una base económica fuerte de la que carecemos; para conseguirla se nos presentan dos caminos; uno interno, desarrollar la producción que de momento choca con el bajo nivel de vida y con la inexistencia de un mercado agrario dada la miseria de la población rural; y otro externo, aumentar nuestras exportaciones sin discriminación, lo que requiere en primer lugar, recabar la tradicional neutralidad española y levantar los obstáculos de la sumisión a los intereses norteamericanos para poder comerciar libremente con todos los países.

El planteamiento de una justicia social es impensable sin tener en cuenta la redistribución de la renta nacional; actualmente mientras el 17 % de la población disfruta del 70 % de ésta, el 30 % restante se distribuye entre el 83 % de los

ciudadanos españoles. Esta repartición es expresiva de que la justicia no puede venir sin choques y en qué dirección debe ser vencida la resistencia.

III. — 1. *El sentido católico de la existencia. Queremos el catolicismo como luz y perfección, no como coacción.*

Respecto a la postura religiosa de un régimen que exige la confesionalidad como requisito imprescindible para cualquier función intelectual o social, la de Lain es liberal; pero al pedir para España como una necesidad « el sentido católico de la existencia » subraya también sus propios límites, que son los de la tolerancia para los disidentes. ¿Es suficiente? Ésta sería soportable cuando junto a una aplastante mayoría de cristianos coexistan una exigua minoría de increyentes. No es éste el caso, ya que en nuestro país conviven masas religiosas y no religiosas y lo que se quiere resolver es el problema de su convivencia e incluso el de su colaboración, para lo que no basta la tolerancia que supone la superioridad de las unas sobre las otras y en resumidas cuentas una especie de absolutismo ilustrado que iría provocando en los tolerados un resentimiento peligroso. La mera tolerancia pudiera ser la larga uno de los elementos fomentadores del espíritu de guerra civil. Su solución está en la libertad para practicar un culto o para no practicar ninguno con igualdad de derechos, en la necesidad de aceptar el respeto mutuo al mismo nivel, lo que impediría que las creencias religiosas impregnasen totalitariamente todos los sectores de la vida nacional, con lo que sería factible una colaboración fructífera en las cuestiones no sagradas, políticas, y económicas. Junto al problema de la religión como creencia está el de la Iglesia como Institución cuya inserción en la vida nacional de forma aceptable para todos los españoles tiene dos aspectos; el primero, es el de su autorenuncia al dominio total o a la orientación de todos los problemas nacionales mediante la coacción moral de los fieles, con lo que ganaría en prestigio y consideración ante la totalidad de los españoles y evitaría esos terribles sobresaltos anticlericales con los que el pueblo responde a su actuación a menudo intransigente. El segundo, el de sus relaciones con el Estado. De todo lo dicho anteriormente se desprende la necesidad de la separación, de la que sólo, en la opinión de muchos sacerdotes, puede obtener ventajas al colocarla al margen de las pasiones partidistas. Ahora bien, el Estado, por su parte, debe considerar que la Iglesia satisface las necesidades espirituales de amplias masas y por lo tanto tiene la obligación de subvencionar las necesidades del culto. No hacerlo fué el gran error de la política religiosa de la República.

2. « *Pertenecen también a la esencia de España ejemplar a modo de supuestos su Unidad y su Libertad política y económica, y en tanto notas definitorias de su realidad, un efectivo respeto a la dignidad de la persona humana y una atención exquisita y siempre vigilante a la justicia social.* »

Lain escribe en 1948 cuando a su alrededor todo está en flagrante contradicción con lo que se propone. ¿Y la Unidad? Ni siquiera la Unidad, ya que se impone a las naciones peninsulares un centralismo absurdo en el que la coacción ocupa el vacío del consentimiento. Frente a él Lain y Dionisio Ridruejo, leales captadores del problema, reivindicaron entre los años 50 al 54 la autonomía cultural para Cataluña, el permiso de editar periódicos y otras publicaciones en lengua catalana, reconociendo que la Unidad debiera basarse sobre la diversidad,

aún sin llegar al reconocimiento del hecho nacional. Unidad libremente consentida a partir de la Diversidad comunmente aceptada, nosotros pensamos que el reconocimiento de las personalidades peninsulares por los unos, y el de una comunidad española entre las distintas nacionalidades por los otros, constituiría el más acertado punto de partida para la solución del problema. Sobre las otras necesidades ya el hecho de apuntarlas evidencia el sentimiento de su carencia. ¿Cómo colmar tan acuciante vacío? ¿A qué fuerzas recurrir? A nuestros requerimientos responde por el silencio. ¿Por qué este silencio?

3. *« Contribuyen por fin a la definición de esa íntima esencia de España — concebida, lo repito, como unidad dinámica, operativa y amisible, no como entidad real, al modo casticista — unos cuantos hábitos que llamaré esenciales: el idioma y muy pocos más »*. Lo que sean esos « pocos » nos quedamos sin saberlo. Sin embargo la esencialidad de la lengua castellana está íntimamente ligada a la cuestión de las nacionalidades y aunque es cierto que la mayoría de los españoles la hablan y a través suyo se ha expresado la casi totalidad de nuestra cultura — no olvidemos sin embargo la importancia de la Renaixença catalana — su solución debe enmarcarse en el de aquéllas.

Las necesidades IV, V y VI son pura retórica: *« Necesidad de ser fieles a muerte a lo esencial, a cambio de ser irónicos frente a lo accesorio »*. *« Necesidad de ser originales a la expresión de lo permanente y en la sucesiva sustitución de lo mudadizo »*. *« Necesidad de hacer sugestiva y difusa — en una palabra efectivamente ejemplar — la propia originalidad »*.

No comprendemos lo que quiere decir con esto. Suponemos que se trata de una determinada ética con la que Laín afronta los problemas, pero no vemos por ninguna parte cómo se pueden vincular tales cualidades a la solución de los españoles; lo importante es ponernos de acuerdo con honradez sobre las cuestiones concretas. No podemos ser jueces de las actitudes morales de nuestros conciudadanos, no se puede definir al pueblo por una ética.

VII. — *« Necesidad de vivir instalados en la historia universal. Los « mietos del 98 » odiamos el casticismo nacionalista. Dos tiempos tiene la vida de un hombre o de un pueblo en la historia universal: el primero consiste en recibir, el segundo en responder. Nuestro modo de entender la historia de España exige un espíritu abierto al mundo — como el de Garcilaso, como el de Suárez — y dispuesto a devolver al mundo elaborados en una respuesta ejemplar, los estímulos más definidores de cada instante. La permanente abertura del espíritu al mundo, es uno de nuestros postulados fundamentales; sin ella nos ahogamos, dejamos de ser. »* Laín quiere escapar a la estrecha ideología tradicionalista y escolástica que oprime la vida cultural del país; la abertura a los aires de fuera significa la entrada en España de las corrientes ideológicas vigentes en el mundo. ¿Sin limitación o sometidas a cierto control? Las últimas opciones de Laín nos hace adivinar que para él el ámbito de la discusión debe ser total y sin exclusiones.

Quererlo así es la única vía de nuestro renacimiento cultural. Propugnamos la lucha ideológica con todas las consecuencias, lo que quiere decir que en ésta se demostrará la superioridad de una filosofía sobre las otras, pero que las posibilidades desde la partida no serán coartadas a ninguna y que la superioridad cultural no puede convertirse en dogmatismo impuesto, ni en inquisición deformadora.

He aquí las siete necesidades españolas que el antiguo rector sugiere, las siete categorías de problemas que levanta, pero tras haberlos perfilado con agudeza silencia las respuestas adecuadas. Antes hemos hablado de silencio, de un silencio que hasta parece escalofriante ante la magnitud de lo planteado, ¿por qué este silencio? Ahondando en sus escritos nos percatamos que es el pesimismo quien lo dicta, que en la raíz de toda su meditación yace un no por formulado menos trágico pesimismo. Laín ha observado los fracasos consecutivos de la burguesía y ante ella su actitud es la del hombre que desconfía de su oportunidad histórica, pero asimismo, cerrado su horizonte ideológico por los límites de su clase, desconoce las posibilidades creadoras del pueblo.

A horcajadas de dos momentos de España, sobresaltado por el dolor del presente, lanza su hiriente, angustiada interrogación: « *En el seno de este aquí y ese ahora, bajo la mirada fría de las estrellas — ¿serán los ojos del Señor en vela, ojos escudriñando las tinieblas y contando los mundos de su rebaño? preguntaba Unamuno —, un hombre que habla castellano quiere vivir. Este es el hombre que os habla. ¿Para qué?* » Y como volviéndose al mundo sólo ve tristeza y estériles esfuerzos por evitarla, propone un retorno al « *angosto seno de nuestra intimidad* ». Ocho años después se atreverá a salir nuevamente a la plaza pública e intentará elaborar otras respuestas más positivas aunque siempre impregnadas de melancolía; no sabemos si lo logrará pero esto es ya historia futura y a ella debemos remitirnos.

SIN embargo, nosotros no podemos contentarnos con esperar porque tenemos confianza en ese futuro, porque es nuestra historia reciente quien nos da las razones de esta confianza, porque tenemos ojos para ver la pericia revolucionaria y transformadora de la clase obrera y porque su acción nos dice que :

a) la persistencia de las estructuras agrarias semif feudales y de sus secuelas políticas dictatoriales han demostrado harto elocuentemente la incapacidad de la burguesía cuando no su traición a su misión histórica. Pero esto, la revolución democrática, sin la que es imposible pasar a un régimen socialista en que desaparezca la explotación del hombre por el hombre, será dirigida por el proletariado, clase nueva, vigorosa, creadora de todos los bienes de que la sociedad disfruta y continuadora de las espléndidas virtualidades de nuestro pueblo, de quien el mismo Ortega tenía que reconocer : « *aquí lo ha hecho todo el pueblo y lo que el pueblo no ha podido hacer se ha quedado sin hacer* ».

b) Porque la disyuntiva entre unos tradicionalistas que no saben ser modernos y unos progresistas que se vuelven de espaldas a la tradición ha quedado superada por la aparición del proletariado. A mediados del siglo XX no es la oposición más importante la que Laín escruta entre las ideologías feudal y burguesa abstraídas de las circunstancias sociales en las que nacieron.

El proletariado la resuelve vinculándolas a sus concretas situaciones históricas y justificándolas en ellas y sólo en ellas, de las que son formulación. Por otra parte, continuador de la historia de España, íntegra en el acervo cultural del presente las mejores realizaciones que los hombres que nos precedieron han conseguido a través de los tiempos. Y en este acervo bien definida su peculiaridad histórica, bien perfilado su carácter instrumental, su utilidad, su moralidad, están el agreste Cantar del Mío Cid, la poesía popular y serrana del Arcipreste, el amor a los oprimidos del Padre Las Casas, el genio humanísimo de Cervantes, la gallarda desenvoltura de Lope, las inquietudes alborales de Cadalso y Jovellanos, el patriotismo de los legisladores gaditanos, el futurismo esperanzador de nuestros progresistas, el sentido comprensivo de Giner, la crítica ilusionada de los del 98, la ejemplaridad educadora de Pablo Iglesias y el marxismo español de nuestros días y de nuestro quehacer, que como una luz desvela todo lo anterior, ilumina la historia, recorta su significación y esclarece la espléndida tradición civilizadora de nuestra patria, incorporándosela.

Volvamos al pesimismo de Lain. Hemos visto que a pesar de sus nuevas posiciones liberales persiste el pesimismo y hasta hemos insinuado la sospecha de que es precisamente el liberalismo quien provoca esta tonalidad ética, porque el liberalismo es hoy la especie noble del pesimismo histórico, no en cuanto a la certidumbre de derrotar a la Dictadura sino respecto a la posibilidad posterior de un período liberal estable. (Al contrario el fascismo es la especie criminal del pesimismo histórico en el que las clases que se sienten condenadas intentan prolongar su agonía por medio de un nihilismo terrorista encubierto por una mitología « heroica », que ahoga toda posibilidad de vida que no sea la suya. Cuando se trata de naciones expansionistas termina fatalmente en la guerra total).

HEMOS seguido a Pedro Lain Entralgo por el periplo que a partir del siglo XIX él mismo se trazó para arribar a las costas de España. Fondeamos en calas conocidas pero hemos explorado otras, visibles a la luz del sol, pero a las que una niebla rodeaba; nuestra pericia era mucho menor, pero las cartas de marear más perfectas, y ahora al término del viaje surge de nuevo, buida, la interrogación por el hombre, mas ahora tenemos más elementos de juicio, y entre ellos debemos contar las opiniones de los que todavía se declaran insertos en el Movimiento y que aún no hace mucho tiempo tenían a Lain por el intelectual n° 1 del Régimen.

Los ataques que se prodigan contra él, contra Dionisio Ridruejo, contra José Luis L. Aranguren — fino filósofo católico — y otros intelectuales que cada día tomaban posiciones más liberales, se iniciaron en septiembre de 1953 por Calvo Serer, teórico de los monárquicos absolutistas en un artículo publicado en « *Ecrits de Paris* » y ampliamente difundido en Madrid; siguieron en el libro de

Calvo : « *España sin problema* » — réplica al « *España como problema* » — y continúan desde hace mas de un año en la revista « *Punta Europa* » editada por el Opus Dei. Se les acusa de heterodoxia en lo religioso y de derrotismo en lo político al preconizar el fin de la división que trajo la guerra civil y la igualdad de derechos entre los vencedores y los vencidos de 1939. Incluso alguien que hasta los sucesos de febrero 1956 parecía hacer causa común con ellos, el escritor falangista Juan Fernández Figuerola, director de « *Indice* » ha escrito últimamente de Laín y Aranguren : « *Un intelectual verdadero no da por moderno algo que es antigualla, que se ha usado y resobado como un traje viejo, por cuyos rotos asoman siempre las mismas carnes desnudas, los errores inevitados de hace veinte, cincuenta años* ». Y naturalmente, esos trapos viejos que los llamados tan duramente al orden se empeñan en airear son los de las libertades ciudadanas, la creencia de que ningún español puede ser privado de sus derechos o encarcelado por disentir de los actuales detentadores del Poder y de actuación antinacional, la convicción de que la posesión de unas ideas sobre la vida económica, política y cultural de su propio país y la posibilidad de expresarlas es algo natural y justo.

En estos momentos de liquidación del franquismo, cuando todas las fuerzas en las que el patriotismo supera a intereses parciales y a pasados compromisos buscan una plataforma de unidad para reconquistar la dignidad española, debemos saludar con alegría los esfuerzos de unos hombres, que intentan hallar con pasión crítica el recio camino de España.

Textos Clásicos

ESPAÑA REVOLUCIONARIA

por Carlos MARX

Publicamos a continuación el primer artículo de una serie de ocho que, con este título general, Carlos Marx escribió, entre septiembre y diciembre de 1854, en el periódico norteamericano « New York Daily Tribune ». Veamos brevemente en qué condiciones tuvo lugar esta publicación.

En 1854, Marx tenía 36 años.

Hasta 1848, había concentrado sus estudios en las cuestiones filosóficas y en la creación de las bases teóricas del comunismo. En 1848 y 1849, al calor de las luchas revolucionarias de la época, se había dedicado principalmente a los problemas de la política y de la táctica del proletariado.

A partir de 1850, Marx hace de la economía política el objeto esencial de sus estudios. La primera edición de la « Contribución a la crítica de la economía política » aparece en 1859; esta obra contiene ya la primera exposición metódica de la teoría marxista del valor y del dinero; en su introducción, tantas veces citada, se definen de un modo magistral las tesis fundamentales del materialismo histórico.

Al mismo tiempo que realizaba sus trascendentales trabajos teóricos, Marx escribía artículos, para ganarse la vida, en el periódico progresivo de Nueva York citado más arriba. Esta colaboración, que duró de 1851 a 1862, absorbía una parte considerable de su tiempo.

En los artículos escritos por Marx (en varios casos con la colaboración de Engels) sobre la India, sobre China, sobre la revolución española, sobre la guerra civil en EE.UU... se destaca su voluntad de apoyar las luchas revolucionarias progresivas, los movimientos democráticos y populares dirigidos contra la reacción y contra la opresión, cuyo desarrollo creaba las condiciones para las futuras batallas del proletariado por su emancipación.

Cuando estalla, en julio de 1854, la rebelión capitaneada por O'Donnell y Dulce contra la regencia de María Cristina y contra el gobierno de Sartorius (conde de San Luis), Carlos Marx envía al « New York Daily Tribune » varios despachos reseñando las noticias que llegan de Madrid a las capitales europeas.

Pero no se limita a eso. Desde el primer momento, Marx y Engels conceden una gran importancia a la revolución que se inicia en España. Marx emprende un estudio profundo de la historia de España.

En una carta a Engels del 2 de septiembre de 1854, escribe:

« Mi principal estudio ahora es España. Hasta ahora, sobre todo de fuentes españolas; he trabajado intensamente sobre la época de 1808 a 1814 y de 1820 a 1823. Ahora voy a entrar en el periodo de 1834 a 1843. Es una historia bastante confusa. Es incluso más difícil descubrir las causas de los desarrollos... Todo ello, muy condensado, dará aproximadamente unos seis artículos para el Tribune. »

Hoy es difícil poder leer en español estos artículos de Marx. La edición que de ellos se hizo en nuestro país bajo el título genérico de « La revolución española » está agotada. Teniendo en cuenta su importancia para todo el que quiera adentrarse en la interpretación científica del desarrollo histórico de España hemos creído oportuna la publicación de los que ofrecen mayor interés y que iniciamos en este número con la del primero de ellos.

Subrayamos ante el lector, especialmente, el análisis que en él hace Marx de las particularidades de la monarquía absoluta española. Le consideramos imprescindible para comprender nuestro siglo XIX e incluso ciertos aspectos del actual momento histórico español, por ejemplo, la vitalidad de la institución municipal, y la importancia, no sólo de los movimientos nacionales, sino de los particularismos regionales. (Nota del traductor.)

LA revolución en España ha adquirido ya el carácter de situación permanente hasta el punto de que, como nos informa nuestro corresponsal en Londres, las clases adineradas y conservadoras han comenzado a emigrar y a buscar seguridad en Francia. Esto no es sorprendente; España jamás ha adoptado la moderna moda francesa, tan extendida en 1848, consistente en comenzar y realizar una revolución en tres días. Sus esfuerzos en este terreno son complejos y más prolongados. Tres años parecen ser el límite más corto al que se atiene, y en ciertos casos su ciclo revolucionario se extiende hasta nueve. Así su primera revolución en el presente siglo se extendió de 1808 a 1814; la segunda de 1820 a 1823 y la tercera de 1834 a 1843. Cuánto durará la presente, y cuál será su resultado, es imposible preverlo incluso para el político más perspicaz, pero no es exagerado decir que no hay cosa en Europa, ni siquiera en Turquía, ni la guerra en Rusia, que ofrezca al observador reflexivo un interés tan profundo como España en el presente momento.

Los levantamientos insurreccionales son tan viejos en España como el poderío de favoritos cortesanos contra los cuales han sido, de costumbre, dirigidos. Así, a finales de siglo XIV, la aristocracia se rebeló contra el rey Juan II y contra su favorito don Alvaro de Luna. En el XV, se produjeron conmociones más serias

contra el rey Enrique IV y el jefe de su camarilla, don Juan de Pacheco, marqués de Villena. En el siglo XVII, el pueblo de Lisboa despedazó a Vasconcellos, el Sartorius del virrey español en Portugal, lo mismo que hizo el de Barcelona con Santa Coloma, favorito de Felipe IV. A finales del mismo siglo, bajo el reinado de Carlos II, el pueblo de Madrid se levantó contra la camarilla de la reina, compuesta de la condesa de Barlepsch y los condes de Oropesa y de Melgar, que habían impuesto un arbitrio abusivo sobre todos los comestibles que entraban en la capital y cuyo producto se distribuían entre sí. El pueblo se dirigió al Palacio Real, obligó al rey a presentarse en el balcón y a denunciar él mismo a la camarilla de la reina. Se dirigió después a los palacios de los condes de Oropesa y Melgar, saqueándolos, incendiándolos, e intentó apoderarse de sus propietarios, los cuales tuvieron, sin embargo, la suerte de escapar a costa de un destierro perpetuo. El acontecimiento que provocó el levantamiento insurreccional en el siglo XV fué el tratado alevoso que el favorito de Enrique IV, el marqués de Villena, había concluido con el rey de Francia, y en virtud del cual Cataluña había de quedar a merced de Luis XI. Tres siglos más tarde, el tratado de Fontainebleau — concluido el 27 de octubre de 1807 por el valido de Carlos IV y favorito de la reina, don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, con Bonaparte, sobre la partición de Portugal y la entrada de los ejércitos franceses en España —, produjo una insurrección popular en Madrid contra Godoy, la abdicación de Carlos IV, la subida al trono de su hijo Fernando VII, la entrada del ejército francés en España y la consiguiente guerra de independencia. Así, la guerra de independencia española comenzó con una insurrección popular contra la camarilla personificada entonces por don Manuel de Godoy, lo mismo que la guerra civil del siglo XV se inició con el levantamiento contra la camarilla personificada por el marqués de Villena. Asimismo, la revolución de 1854 ha comenzado con el levantamiento contra la camarilla personificada por el conde de San Luis.

A despecho de estas repetidas insurrecciones, no ha habido en España hasta el presente siglo una revolución seria, a excepción de la guerra de la Junta Santa en los tiempos de Carlos I o Carlos V, como le llaman los alemanes. El pretexto inmediato, como de costumbre, fué suministrado por la camarilla que, bajo los auspicios del virrey, Cardenal Adriano, un flamenco, exasperó a los castellanos por su rapaz insolencia, por la venta de los cargos públicos al mejor postor y por el tráfico abierto de las sentencias judiciales. La oposición a la camarilla flamenca era la superficie del movimiento. En su base estaba la defensa de las libertades de la España medieval frente a las ingerencias del absolutismo moderno.

La base material de la monarquía española había sido establecida por la unión de Aragón, Castilla y Granada, bajo el reinado de Fernando el Católico e Isabel I. Carlos I intentó transformar esa monarquía aún feudal en una monarquía absoluta. Atacó simultáneamente los dos pilares de la libertad española: las Cortes y los Ayuntamientos. Aquéllas eran una modificación de los antiguos « concilia » góticos, y éstos, que se habían conservado casi sin interrupción desde los tiempos romanos, presentaban una mezcla del carácter hereditario y electivo característico de las municipalidades romanas. Desde el punto de vista de la autonomía municipal, las ciudades de Italia, de Provenza, del norte de Galia, de Gran Bretaña y de parte de Alemania, ofrecen una cierta similitud con el estado en que entonces se hallaban las ciudades españolas pero ni los Estados Generales franceses, ni el Parlamento inglés de la Edad Media, pueden ser comparados con las Cortes

españolas. Se dieron, en la creación de la monarquía española, circunstancias particularmente favorables para la limitación del Poder real. De un lado, durante los largos combates contra los árabes, la Península era reconquistada por pequeños trozos, que se constituían en reinos separados. Se engendraban leyes y costumbres populares durante esos combates. Las conquistas sucesivas, efectuadas principalmente por los nobles, otorgaron a éstos un poder excesivo mientras disminuyeron el poder real. De otro lado, las ciudades y poblaciones del interior alcanzaron una gran importancia debido a la necesidad en que las gentes se encontraban de residir en plazas fuertes, como medida de seguridad frente a las continuas incursiones de los moros; al mismo tiempo, la configuración peninsular del país, y el constante intercambio con Provenza y con Italia, dieron lugar a la creación, en las costas, de ciudades comerciales y marítimas de primera categoría. En fecha tan remota como el siglo XIV, las ciudades constituían ya la parte más potente de las Cortes, las cuales estaban compuestas de los representantes de aquéllas juntamente con los del clero y de la nobleza. También merece ser subrayado el hecho de que la lenta reconquista, que fué rescatando el país de la dominación árabe mediante una lucha tenaz de cerca de ochocientos años, dió a la Península, una vez totalmente emancipada, un carácter muy diferente del que predominaba en la Europa contemporánea. España se encontró, en la época de la resurrección europea con que prevalecían costumbres de los godos y de los vándalos en el norte, y de los árabes en el sur.

Cuando Carlos I volvió de Alemania, donde la dignidad imperial le había sido conferida, las Cortes se reunieron en Valladolid (1) para recibir su juramento a las antiguas leyes y para coronarlo. Carlos se negó a comparecer y envió representantes suyos que habían de recibir, según sus pretensiones, el juramento de lealtad de parte de las Cortes.

Las Cortes se negaron a recibir a esos representantes y comunicaron al monarca que si no se presentaba ante ellas y juraba las leyes del país no sería reconocido jamás como rey de España. Carlos se sometió; se presentó ante las Cortes y prestó juramento, como dicen los historiadores, de muy mala gana. Las Cortes con este motivo le dijeron: « *Ha de saber, señor, que el rey no es más que el servidor retribuido de la nación.* » Tal fué el principio de las hostilidades entre Carlos I y las ciudades. Como reacción frente a las intrigas reales, numerosas insurrecciones estallaron en Castilla, se creó la Junta Santa de Avila, y las ciudades unidas convocaron la asamblea de las Cortes en Tordesillas, las cuales, el 20 de octubre de 1520, dirigieron al rey « una protesta contra los abusos ». Este respondió privando a todos los diputados reunidos en Tordesillas de sus derechos personales. La guerra civil se había hecho inevitable. Los comuneros llamaron a las armas: sus soldados, mandados por Padilla, se apoderaron de la fortaleza de Torrelobatón, pero fueron derrotados finalmente por fuerzas superiores en la batalla de Villalar, el 23 de abril de 1521. Las cabezas de los principales « conspiradores » cayeron en el patíbulo, y las antiguas libertades de España desaparecieron.

(1) Aquí hay un error cronológico en el texto publicado por el periódico « *New York Daily Tribune* », en el que se basa esta traducción. Como se sabe, las Cortes de Valladolid se reunieron unos meses antes de la elección de Carlos V como emperador de Alemania. (N. del T.)

Diversas circunstancias se conjugaron en favor del creciente poder del absolutismo. La falta de unión entre las diferentes provincias privó a sus esfuerzos de la fuerza necesaria; pero Carlos utilizó sobre todo el enconado antagonismo entre la clase de los nobles y la de los ciudadanos para debilitar a ambos. Ya hemos mencionado que desde el siglo XIV la influencia de las ciudades predominaba en las Cortes, y desde el tiempo de Fernando el Católico, la Santa Hermandad había demostrado ser un poderoso instrumento en manos de las ciudades contra los nobles de Castilla que acusaban a éstas de inmisiones en sus antiguos privilegios y jurisdicciones. Por lo tanto la nobleza estaba deseosa de ayudar a Carlos I en su proyecto de supresión de la Junta Santa. Habiendo derrotado la resistencia armada de las ciudades, Carlos se dedicó a reducir sus privilegios municipales y aquéllas declinaron rápidamente en población, riqueza e importancia; y pronto se vieron privadas de su influencia en las Cortes.

Carlos se volvió entonces contra los nobles que le habían ayudado a destruir las libertades de las ciudades pero que conservaban, por su parte, una influencia política considerable. Un motín en su ejército por falta de paga le obligó en 1538 a reunir las Cortes para obtener fondos de ellas. Pero las Cortes, indignadas por el hecho de que subsidios otorgados anteriormente por ellas habían sido malgastados en operaciones ajenas a los intereses de España, se negaron a aprobar otros nuevos. Carlos las disolvió colérico; a los nobles que insistían en su privilegio de ser eximidos de impuestos, les contestó que al reclamar tal privilegio, perdían el derecho a figurar en las Cortes, y en consecuencia los excluyó de dicha asamblea. Esto fué un golpe mortal para las Cortes y desde entonces sus reuniones se redujeron a la realización de una simple ceremonia palaciega. El tercer elemento de la antigua constitución de las Cortes, a saber, el clero, alistado desde los tiempos de Fernando el Católico bajo la bandera de la Inquisición, había dejado de identificar sus intereses con los de la España feudal. Por el contrario, mediante la Inquisición, la Iglesia se había transformado en el más potente instrumento del absolutismo.

Si después del reinado de Carlos I la decadencia de España, tanto en el aspecto político como social, ha exhibido esos síntomas tan repulsivos de ignominiosa y lenta putrefacción que presentó el Imperio Turco en sus peores tiempos, por lo menos en los de dicho emperador las antiguas libertades fueron enterradas en una tumba magnífica. En aquellos tiempos Vasco Núñez de Balboa izaba la bandera de Castilla en las costas de Darién, Cortés en Méjico y Pizarro en el Perú; entonces la influencia española tenía la supremacía en Europa y la imaginación meridional de los iberos se hallaba entusiasmada con la visión de Eldorados, de aventuras caballerescas y de una monarquía universal.

Así la libertad española desapareció en medio del fragor de las armas, de cascadas de oro y de las terribles iluminaciones de los autos de fe.

Pero ¿cómo podemos explicar el fenómeno singular de que después de casi tres siglos de dinastía de los Habsburgos, seguida por una dinastía borbónica — cualquiera de ellas harto suficiente para aplastar a un pueblo — las libertades municipales de España sobrevivan en mayor o menor grado? ¿Cómo podemos explicar que precisamente en el país donde la monarquía absoluta se desarrolló en su forma más acusada, en comparación con todos los otros Estados feudales, la centralización jamás haya conseguido arraigar? La respuesta no es difícil. Fué en

el siglo XVI cuando se formaron las grandes monarquías. Estas se edificaron en todos los sitios sobre la base de la decadencia de las clases feudales en conflicto: la aristocracia y las ciudades. Pero en los otros grandes Estados de Europa la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social.

Allí era la monarquía absoluta el laboratorio en que se mezclaban y amasaban los diversos elementos de la sociedad hasta permitir a las ciudades trocar la independencia local y la soberanía medieval por el dominio general de las clases medias y la común preponderancia de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se hundió en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos, la ciudades perdieron su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

Desde el establecimiento de la monarquía absoluta las ciudades han vegetado en un estado de continua decadencia. No podemos examinar aquí las circunstancias, políticas o económicas, que han destruido en España el comercio, la industria, la navegación y la agricultura. Para nuestro actual propósito basta con recordar simplemente el hecho. A medida que la vida comercial e industrial de las ciudades declinó, los intercambios internos se hicieron más raros, la interrelación entre los habitantes de diferentes provincias menos frecuente, los medios de comunicación fueron descuidados y las grandes carreteras gradualmente abandonadas. Así la vida local de España, la independencia de sus provincias y de sus municipios, la diversidad de su configuración social, basada originalmente en la configuración física del país y desarrollada históricamente en función de las formas diferentes en que las diversas provincias se emanciparon de la dominación mora y crearon pequeñas comunidades independientes, se afianzaron y acentuaron finalmente a causa de la revolución económica que secó las fuentes de la actividad nacional. Y así como la monarquía absoluta encontró en España elementos que por su misma naturaleza repugnaban a la centralización, hizo todo lo que estaba en su poder para impedir el crecimiento de intereses comunes derivados de la división nacional del trabajo y de la multiplicidad de los intercambios internos, única base sobre la cual se puede crear un sistema uniforme de administración y de aplicación de leyes generales. La monarquía absoluta en España, que sólo se parece superficialmente a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser clasificada más bien al lado de las formas, asiáticas de gobierno. España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza. El despotismo cambiaba de carácter en las diferentes provincias según la interpretación arbitraria que a las leyes generales daban virreyes y gobernadores; si bien el gobierno era despótico, no impidió que subsistiesen las provincias con sus diferentes leyes y costumbres, con diferentes monedas, con banderas militares de colores diferentes, y con sus respectivos sistemas de contribución. El despotismo oriental sólo ataca la autonomía municipal cuando ésta se opone a sus intereses directos, pero permite con satisfacción la supervivencia de dichas instituciones en tanto que éstas le descargan del deber de cumplir determinadas tareas y le evitan la molestia de una administración regular.

Así ocurrió que Napoleón que, como todos sus contemporáneos, consideraba a España como un cadáver exánime, tuvo una sorpresa fatal al descubrir que si el Estado español estaba muerto, la sociedad española estaba llena de vida y

repleta, en todas sus partes, de fuerzas de resistencia. Mediante el tratado de Fontainebleau había llevado sus tropas a Madrid; atrayendo con engaños a la familia real a una entrevista en Bayona, había obligado a Carlos IV a anular su abdicación y después a transferirle sus poderes; al mismo tiempo había arrancado ya a Fernando VII una declaración semejante. Con Carlos IV, su reina y el Príncipe de la Paz conducidos a Compiègne, con Fernando VII y sus hermanos encerrados en el castillo de Valençay, Bonaparte otorgó el trono de España a su hermano José, reunió una Junta española en Bayona y le suministró una de sus constituciones previamente preparadas. Al no ver nada vivo en la monarquía española, salvo la miserable dinastía que había puesto bajo llaves, se sintió completamente seguro de que había confiscado España. Pero pocos días después de su golpe de mano recibió la noticia de una insurrección en Madrid. Ciertamente que Murat aplastó el levantamiento matando cerca de mil personas; pero cuando se conoció esta « masacre » estalló una insurrección en Asturias que muy pronto englobó a toda la monarquía. Debe subrayarse que este primer levantamiento espontáneo surgió del pueblo, mientras las clases « bien » se habían sometido tranquilamente al yugo extranjero.

De esta forma se encontraba España preparada para su reciente actuación revolucionaria, y lanzada a las luchas que han marcado su desarrollo en el presente siglo. Los hechos e influencias que hemos indicado sucintamente actúan aún en la creación de sus destinos y en la orientación de los impulsos de su pueblo. Los hemos presentado porque son necesarios, no sólo para apreciar la crisis actual, sino todo lo que ha hecho y sufrido España desde la usurpación napoleónica: un período de cerca de cincuenta años, no carente de episodios trágicos y de esfuerzos heroicos, y sin duda uno de los capítulos más emocionantes e instructivos de toda la historia moderna.

(New York Daily Tribune, 9 de septiembre de 1854.)

Crítica

Libros

HUMANISMO MARXISTA EN LA «ORA MARÍTIMA»

de Rafael Alberti

«Cultivo de las letras humanas» —es decir, de la historia en general— dice el Diccionario de la Academia que es «humanismo». Pero «humanismo» quiere decir también cultivo de la humanidad del hombre vivo, presente. Y porque el pasado es parte de la raíz del hombre vivo y presente, también el «cultivo de las letras humanas» puede ser humanismo en un sentido serio. Cuando el cultivo de lo humano se hace sobre la base de los principios de Marx, es humanismo marxista.

El poeta comunista Rafael Alberti hace gran uso del humanismo literario en este poema (1) que dedica «A CÁDIZ... al celebrar su tercer milenario». Alberti basa lo histórico de su poema en citas de Hesíodo, Estesícoro, Platón, Estrabón, la Biblia, Marcial, Poseidonio, Homero, la historiografía árabe y —sobre todo— Avieno, de cuyo «periplo» toma su título el poema.

El autor se encuentra lejos de sus raíces, de su natural asiento en la tierra:

*Si yo hubiera podido, oh Cádiz, a tu vera,
hoy, junto a tí, metido en tus raíces.*

Por eso pide ayuda a todas las «raíces» de Cádiz —que es, a su vez, una «raíz» suya— para que le aproximen a ella «por encima del mar».

Los primeros versos del poema hablan al lector de esas raíces, de las que el autor se afana por no desasirse; son «la cal hirviente» de los muros de Cádiz, sus «farallones hundidos», los huecos «de sus antiguas tumbas», las «olas» —todas las cosas, en fin, de que se nutre la vida del hombre. No poseerlas es no poseerse, ignorarlas es no comprenderse a sí mismo:

Te miraba de lejos, sin comprenderte, oh Cádiz...

No poseer las olas, los muros, la luz de la tierra es no poder existir como hombre completo. Ignorar esas raíces es ignorarse como hombre, no «comprenderse», según dice el poeta. Reconocer la gravedad de esa desposesión y de esa ignorancia es la más honda base del humanismo marxista (2).

* * *

Pero el poeta sabe que no es él el primer desposeído de sus propias raíces, de «sus» cosas —ni física ni mentalmente.

(1) Rafael Alberti, *Ora marítima*, Buenos Aires, 1953.

En la historia que el poeta maneja en su *Ora Marítima*, es la historia atestiguada por documentos, las cosas no han sido nunca de los hombres que verdaderamente las han tenido en sus manos. Esos hombres fueron primero esclavos de las cosas (3).

*Somos los mismos que el viento
nos tiró en las mismas olas...*

Y luego esclavos de otros hombres, a los que pertenecieron las cosas que estaban en sus manos, las cosas que ellos manejaban y a las que sólo, por tanto, habrían sido capaces de dotar de un sentido humano. Porque sólo ellos habrían podido apropiarse de verdad esas cosas que pertenecían a otros:

*Anchos atunes que punzan,
abriendo en plata las olas.
Mas, ¿de quién las almadribas
de ayer y ahora?*

Las cosas mismas que el hombre ha tenido en las manos le han sido ajenas, cuando no le han dominado. Con una perspectiva histórica y de concepto más amplia, aparece aquí el tema que, en su precisión para la sociedad capitalista, Marx llama «alienación». Tal como Marx lo expone, la alienación es un fenómeno típico de la sociedad burguesa, porque presupone el fenómeno que designa como «fetichismo de la mercancía», fenómeno característico de esa sociedad. Pero en un sentido amplio, la alienación es un hecho de toda la historia conocida, en algunos de cuyos periodos el hombre mismo que maneja las cosas, el hombre que trabaja, y no sólo el producto de su trabajo, ha sido incluso jurídicamente un alienado, legal propiedad de otro.

En la alienación así concebida en términos generales, empieza el hombre por perder su dominio físico y mental sobre la cosa que maneja o produce. Pero al mismo tiempo, la cosa pierde, humanamente hablando, toda su riqueza individual, su solidez, su tacto, su olor y su regusto, para convertirse en puro símbolo de subsistencia. La cosa deja de existir como elemento del mundo del hombre: así el atún que llenó las almadribas de los esclavos pescadores de Gadir, así el atún que llena las redes del proletario pescador de Cádiz. Ni unos ni otros pescan de verdad atún: sino el trozo de pan aquéllos y la miseria de su salario éstos. Por eso, cuando se devuelva al hombre el dominio de las cosas que maneja, también volverán las cosas a serlo humanamente de verdad, a ser raíces de toda la vida del hombre, no sólo signos de su vegetar físico:

*Cádiz nos mirará un día,
dueños del mar, en las olas.
Cádiz, que será más Cádiz
que ayer y ahora.*

Incluso con cierta ordenación histórica, el poeta canta mitos y hechos de Cádiz — «bahía de los mitos» — en su intento de celebrar, apropiándose las raíces de su tierra. Pero entre esos temas histórico-mitológicos hay uno que permanece a través de todas las épocas, sosteniendo todos los hechos y todos los mitos; es el tema del «pescador», que tiene reservado un poema propio, cuya estrofa final es la última cita. Ese poema es la *Canción de los pescadores pobres de Cádiz*.

El tema del «pescador» es tan histórico como los demás que el poeta desarrolla en su libro. Pero tiene una historicidad peculiar; mientras Hércules, por ejemplo, sólo

(2) y (3) Marx. *La Ideología alemana, Sobre la Producción de la conciencia*.

robó una vez los toros de Geryón, los «toros de las marismas» de Cádiz, mientras Menesteo fundó el puerto de Sanlúcar, cuna del poeta, en un momento dado de la historia —o del mito—, los pescadores de Cádiz están ahora como estaban ayer, afirmación, que naturalmente, no tiene valor científico, sino humanístico:

*Hijos de la mar de Cádiz,
nuestras casas son las olas,
Somos los pobres del mar,
de ayer y ahora.*

La propia historia, el propio mito —lo que tendría que ser raíz para el hombre ha sido fraude duradero para los «hijos de la mar de Cádiz»:

*Creímos en las sirenas
que cantan entre las olas.
Sus cantos nada nos dieron
ni ayer ni ahora.*

No obstante, también los «pobres del mar de ayer y ahora» son historia, y no inalterable naturaleza; el poeta lo dice en la última estrofa de esta canción de los pescadores pobres de Cádiz, estrofa citada más arriba.

La historia ha sido, pues, un duradero fraude para los «hijos de la mar de Cádiz», para la mayoría de la humanidad. No obstante, la historia es también el camino necesario de la liberación del hombre: la historia —es decir, la humanidad en su desarrollo— se abre caminos, amplía horizontes, aumenta perspectivas, supera limitaciones; el fraude mismo que ella viene siendo, será borrado por ella misma, por sus constructores, que son los hombres: reconocer, junto a su duradera naturaleza de fraude inhumano, el positivo carácter de la historia es otro rasgo fundamental del humanismo marxista. El poeta lo recoge y puede, por tanto, valorar también positivamente, como raíces de humanidad, los hechos del pasado y los valores del mito en que se expresan los movimientos del hombre en la historia:

*Ya el fin del mar, los límites del mundo,
en ti no se encontraban.
Tú misma las borrastes con tus naves,
oh, clara estela del Oriente, oh, soplo,
brisa inicial, anunciador camino.*

El proceso histórico supera límites para el hombre: por eso es humanamente positivo. Y el conocimiento del correr histórico enriquece el mundo mental del hombre y le da seguridad en su raíz y en su suelo, seguridad para futuro movimiento:

*Oigo los cantos de tus marineros,
oigo tus remos dando en las espumas,
oigo un clamor antiguo que hoy me llega
batido por el sol de tus dos mares.*

En el humanismo marxista del poeta —hay que aclarar— raíz no significa la sujeción sentimental a cosas y hombres reunidos por la historia en crímenes y sufrimientos comunes por fines que les eran ajenos —la «Patria»: los amos a quienes esos

finés interesaban esencialmente. «Hijos de la mar de Cádiz» son para el poeta comunista todos aquellos que han hecho en Cádiz la historia cotidiana de la mayoría de la humanidad, y por ella se han visto defraudados, fuera cual fuera el amo que les defraudara. «Hijos de la mar de Cádiz» son también los marineros que arriban a Cádiz y cargan y descargan y soportan las cosas en vez de dominarlas:

*Te miraba, ignorando aún que tus pescadores,
los mismos pescadores pobres que yo veía
salir del Guadalete hacia los litorales
africanos, también eran los mismos
almadraberos tuyos, tus desnudas
gentes del mar que a Tarsis arribaban
por el oro, la plata y el misterioso estaño.*

Los «Hijos de la mar de Cádiz» han sido también fenicios y griegos, o hebreos, o egipcios: el humanismo marxista es internacionalista, no admite como exclusivos valores humanísticos los de una «raza», pueblo o cultura.

No, pues, sobre la base de una interpretación exclusivista del valor del hombre, sino sobre la de su activa presencia en las cosas que luego son bien de toda la humanidad —en el caso del poeta, se trata de la cosa «Cádiz»— resume el humanismo marxista la experiencia y riqueza del mito, la «raíz» histórico-mitológica.

De la fecundidad con que el poeta resume —se «apropia», podría decirse, con una palabra que se opone literalmente a «alienarse»— los mitos y la historia de la ciudad que canta, da prueba todo su libro que no es analizable aquí por razones de espacio. Por eso será necesario limitarse a considerar con detalle un solo ejemplo; el canto *La Atlántida gaditana*.

El mito que Alberti recoge en ese canto es el de la Atlántida, país de la justicia, situado por Platón en las proximidades del Estrecho de Gibraltar—en «Cádiz».

Al conocer, al apropiarse la historia de los justos atlantes, de aquella «raza potente desaparecida», el poeta recuerda que en la época en que pudo vivir junto a sus raíces gaditanas, disfrutándolas naturalmente, no todas ellas le eran propias en la conciencia, sabidas, mentalmente suyas:

*Iba alegre en un coche de caballos
hacia la Santa Luz, hacia Sanlúcar,
sin saber que los campos de los viejos abuelos,
que las huertas marinas de tomates
y soleadas calabazas eran
.....
dunas del sueño de Platón, vestigios
de su perdido reino azul de los Atlantes.*

Ahora, en cambio, el poeta conoce ese viejo trasfondo de las raíces de su ciudad, de las raíces de los hombres: la aspiración a la justicia. El mundo que hoy se ofrece al poeta no hace superflua esa aspiración:

Pechos doblados sufren hoy el mundo...

Al «recuerdo» de la «potente» y justa, sana «raza» de los Atlantes y ante el mundo presente que se le ofrece a la vista, el poeta no puede contentarse con la contem-

plación «desinteresada» de un esteticismo burgués, ni con la nostalgia del reaccionario. El poeta «se apropia» esa mítica raíz de Atlantes que posee su ciudad, se la hace suya y de los hombres vivos, dándole virtualidad de presente y de futuro. Y así convoca a los Atlantes:

*Alzate, sube, asciende de los hondos
despeñaderos submarinos. Véate
pura y viril poblar la nueva tierra.*

Eso no es en el poeta comunista mero deseo. El sabe que la historia del hombre le ha venido trayendo, por fuerza de leyes, hasta el momento de los Atlantes, de los sostenedores o que «aguanten», pues eso han sido Atlantes. La fuerza de las leyes de la historia es ya visible, está incorporada en las masas que con «pechos doblados», como dice, «sufren hoy el mundo»; pues esos pechos están:

Prestos a henchirse de tan limpios hálitos.

(En otro canto de su libro, Alberti dice al lector que «Hércules», apropiado por el poeta como personificación del pueblo — «el frenético, el pacífico, el fúlgido, el inclemente, el tiranocida, el plácido, el guardián, el terrestre, el humano, el campesino, el popular, el linete, el andaluz, el hondero, el musical, el celeste...» — es la esperanza del futuro:

*Columnas esconde el mar
que pueden surgir muy altas.
Héracles, el gaditano,
bajo las olas aguarda.)*

Por eso no es la *Atlántida gaditana* el mito filológico, que el artista comunista abandona al estudioso, ni el sueño nostálgico, que es ajeno a todo comunista, sea poeta o filólogo. La *Atlántida gaditana* es la clave de bóveda, la pieza última del humanismo marxista: la lucha por el futuro, el espíritu revolucionario:

*Sueño no sea, estrella de una noche,
sino solar imagen que presida,
alta perenne luz, los continentes.*

* * *

El humanismo marxista no es una mera contemplación intelectual, no es sólo una fijación de valores. Es, como todo elemento del marxismo, idea de acción, idea naciendo de la práctica y volviendo a ella. La contemplación de valores, de «raíces» de su concreta humanidad gaditana, ha sido en seguida completada por el poeta con un intento de «apropiación» de esas «raíces» y con su práctica proyección al futuro. Porque para poseerlas no basta con conocerlas, con pensarlas: conocer y pensar son más bien la última forma de poseer una cosa. Primero está el tenerla. Por eso la verdadera satisfacción, el verdadero enraizamiento del gaditano, de ese gaditano sabio que es hoy el poeta, sólo podrá, en rigor, tener lugar cuando la *Atlántida gaditana* sea real, no «sueño» o «estrella de una noche» — no mito, no mera aspiración —, cuando los pechos se hayan enderezado, cuando los pescadores de Cádiz no tengan que preguntar de quién son las almadrabas, sino sólo de quién eran, cuando resulten ya pasados estos versos del canto *Ríotinto, lago del infierno*:

*Por la mar van los mineros,
los ojos de las Gorgonas
están dejándolos ciegos.*

Entonces, sí: entonces. «apropiadas» las cosas por el hombre, tendrá éste toda la raíz física y mental de su plenitud:

*...Y otra vez, en un coche de caballos,
volveré alegre a ir por mis caminos,
hacia la Santa Luz, hacia Sanlúcar.*

★ ★ ★

Así termina el canto a la Atlántida gaditana. Y ese final obliga todavía a hacer una observación sobre los elementos del humanismo marxista recogidos en la *Ora marítima* de Alberti: el humanismo marxista no es transcendentalista, es decir, no busca otra fundamentación que los positivos y concretos valores científicos, morales y estéticos del hombre: no es metafísico.

Por eso no es grandilocuente el humanismo del poeta: todo lo que él propone para el hombre, todo lo que él pide a los «Atlantes», a «Hércules», es que hagan lo necesario para que él — y los demás — puedan volver a ir, esta vez completamente «alegres», en un coche de caballos, hacia Sanlúcar, en la orilla del mar de Cádiz.

El humanismo del poeta comunista no endiosa valores históricos: no cree que el «morir a la espartana», por ejemplo, sea un ideal humanista, ni que las Pirámides de Egipto — tumbas que dejaron miles de sus muertos fuera para albergar superticiosamente el cadáver de un solo hombre que ni las tocó — sean una «gloria humana». Prefiere el vivir con sencillez — pero con plenitud para todos.

Por eso saluda el poeta a Menesteo, al mismísimo fundador mitológico de su Cádiz, con la autenticidad del que propugna el logro de la concreta, real, nada utópica, nada retórica plenitud del hombre. Y así lo dice:

*Hoy para ti, no un templo, sino la misma casa
de todos, encalada, con patios y jardines
y agua dulce del pozo, sencillos, te ofrecemos.
Puedes mirar a Cádiz desde las azoteas.*

V. F.

« HISTORIA POLÍTICA DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA » de Melchor Fernández Almagro

LA historia «de acontecimientos» tiene aún sus cultivadores de talla. Entre ellos el académico, Sr. Fernández Almagro que se ha consagrado reiteradas veces a la historia contemporánea. Baste con citar su *Historia del reinado de Alfonso XIII* que, dentro del género, resulta interesante consultar.

Esta vez, el Sr. Fernández Almagro parece decidido a completar su obra con una *Historia política de la España contemporánea* que va desde la revolución de 1868 hasta la muerte de Alfonso XII.

No vamos a llamarnos a engaño. Conocemos la manera que tiene de abordar la Historia el Sr. Fernández Almagro y, por si ello no bastase, la propia adjetivación de *política* dada a su historia está hecha en el sentido restrictivo del término: esto es, historia no institucional, no cultural, no económica. Sin hablar —porque nuestra pretensión no va hasta eso— de un enfoque histórico de las fuerzas de producción y de su contradicción con las relaciones de producción que, engendrando la lucha de clases constituye el meollo de la Historia.

No, no se trata de eso. Se trata de que el lector que quiera conocer los problemas y luchas de nuestros antepasados inmediatos se sentirá defraudado donde la Historia —así, con mayúscula— es escamoteada. Estamos ante una obra de cuidada erudición, con un apéndice documental interesante —aunque sin constituir ninguna aportación—, pero en la que los hechos se suceden sin ninguna trabazón ni sentido. Trás un prólogo más que sucinto, nos encontramos como de improviso con la entrada triunfal de Serrano en Madrid en 1868, después del encuentro de Alcolea. ¿Que es el gobierno provisional? ¿Por qué y cómo juega Prim un papel preponderante en él? ¿Que factores objetivos y subjetivos han determinado la sacudida revolucionaria de septiembre de 1868? Estas y otras más preguntas quedan sin respuesta. Se llega a 1868 sin mencionar siquiera la crisis económica y financiera de 1866, sin hacer un estudio de la coalición de partidos que derribó al régimen de Isabel II.

Por otra parte, el silencio total sobre las organizaciones obreras anteriores a la revolución (*La Sociedad de las tres clases del vapor* parece haber contado ya con 6.000 afiliados) hace incomprensible la súbita aparición de esas organizaciones cuando empiezan a preocupar a nuestro historiador, es decir, desde la revolución de septiembre hasta 1872 cuando tiene lugar el debate parlamentario sobre la Internacional. Posteriormente, unas cuantas alusiones a la fundación del Partido Socialista y a la Asociación del Arte de Imprimir no sirven para explicar el vasto movimiento de reagrupación obrera que se va produciendo en España a partir de 1880.

Otro ejemplo análogo nos lo ofrece la cuestión colonial. La guerra del pueblo cubano por su liberación ocupa numerosas páginas de la obra y justo es decir que son bastante objetivas. Pero el autor no explica nunca por qué esa *cuestión cubana* era esencial para el Estado de la monarquía española. Para ello habría sido necesario un previo aunque somero estudio del carácter colonialista de las clases dirigentes de tipo semifeudal de España.

Por consiguiente, el libro del Sr. Fernández Almagro está muy lejos de intentar la más ligera explicación de los momentos fundamentales de nuestra historia contemporánea que vieron el despertar del movimiento democrático de masas, los orígenes del

movimiento obrero y (sobre todo cuando la Restauración) el desarrollo del capitalismo, las inversiones considerables en la industria pesada y el afianzamiento de los capitales extranjeros. No pretendemos que el académico que es el Sr. F. Almagro capte las enseñanzas de la Primera República, ni el papel del anarquismo en los cantones o en la fracción «aliancista» de la I Internacional. Hubiera bastado con un esfuerzo para comprender el papel de los sectores políticos fundamentales en las grandes conmociones de la época, y diseñar la estructura económica y social del país, para esclarecer la función de esos sectores o grupos políticos. Fernández Almagro ha preferido la pequeña historia y contarnos, por ejemplo, muy por lo menudo, el litigio de los artilleros durante las semanas que precedieron a la proclamación de la I República. ¿Con qué objeto? Al parecer, para facilitar una «explicación» más digna de un cronista medieval que de un historiador de nuestro tiempo: el conocido incidente artillero habría facilitado la crisis, la dimisión de Amadeo y el cambio de régimen, curiosa hipótesis que permite ignorar las profundas corrientes democráticas que operaban en el seno de la burguesía y pequeña burguesía españolas y la división de las clases reaccionarias dominantes.

Podríamos pasar en silencio la reiteración del autor en ciertos tópicos reaccionarios, cuando se trata de la Primera República o de ciertos movimientos progresistas. Pero la manera de tratar el episodio de la organización campesina andaluza conocida con el nombre de «La mano negra» exige ciertas precisiones. El Sr. Fernández Almagro cita a Pi y Margall y pretende pasar por objetivo para mejor desnaturalizar la cuestión. Cita minuciosamente los estatutos de la organización, sin decir como fueron «milagrosamente» descubiertos debajo de una piedra por el comandante Tomás Pérez Monforte (que dirigió la atroz represión) y el capitán Olivar. En fin, el Sr. Fernández Almagro, no puede ignorar la carta dirigida a *L'Européen* por el ilustre historiador francés Charles Seignobos, aparecida en el número de dicha publicación del 13 de diciembre de 1902.

«No me extraña nada saber que la «Mano Negra» ha sido una invención de la policía española. Yo tuve la impresión de que el asunto tenía algo de turbio».

Y después de explicar como en su «Historia Política» (página 299) había tratado del asunto en forma dubitativa, concluye:

«Si yo hubiera visto los documentos judiciales, no me habría engañado. Agradezco a su corresponsal que me haya disipado este error».

* * *

Pese a las deficiencias señaladas que obedecen esencialmente a errores metodológicos y al peso de la ideología, no sería correcto desdeñar los aspectos positivos de la obra. Ciertas facetas de la guerra carlista son cuidadosamente estudiadas y la caracterización de la adhesión de masas populares al carlismo, en Euzkadi y Navarra por razones de personalidad nacional —mientras que un gran sector de las clases dominantes del país permanecía en el campo liberal— nos parece interesantemente apuntada:

«Porque también creían en Dios, en la Patria y en el Rey, la mayoría del clero y la casi totalidad de los militares de carrera permanecieron fieles a la rama isabelina. Por otra parte, el instintivo apego de los Carlistas a los Fueros de sus provincias, a la «ley vieja», dió fuerzas al carlismo allí en donde existía el problema de la diferenciación historicojurídica, con su natural proyección sobre la realidad social» (pgs. 283-284).

Si las raíces sociales del caciquismo son tratadas con innegable superficialidad, algunos ejemplos ilustrativos de la manera de fabricar diputados por gobiernos conservadores o «liberales» valen la pena de ser leídos.

Un lector atento observará hechos significativos, como la continuidad de ciertos ministros a través de gobiernos y regímenes tan cambiantes como los que se suceden de 1868 a 1874 (gobierno provisional revolucionario-gobierno de Constitución de 1869-Monarquía de Amadeo-República-Dictadura de Serrano) lo que demuestra tanto la confusión política de la época como la imprecisión de ciertos sectores burgueses y pequeño-burgueses en orden al ejercicio del poder político.

Se observará también la conspiración antidemocrática de los generales a quienes la República había dejado sus mandos (p. ej.: participación de Martínez Campos, Valmaseda y otros en el complot frustrado de julio de 1873), y que al cabo lograron cumplir los objetivos de la reacción, después de haber aprovechado las luchas intestinas de los sectores democráticos (esencialmente el movimiento bakuninista-cantonal).

Ya nos hemos referido al interés objetivo de la exposición de hechos sobre la guerra —o sucesivas guerras— librada por los patriotas cubanos. Destaquemos la cita de una carta del general Polavieja al general Blanco, en 1879, señalando lo absurdo que suponía oponerse a la independencia de Cuba.

Entre los 31 documentos transcritos en el apéndice tienen interés las notas diplomáticas referentes a los incidentes acaecidos con motivo de la visita de Alfonso XII a París, que muestran la indiferencia de Bismarck en dicha cuestión, negando cualquier apoyo efectivo al gobierno español.

Por tratarse de un texto raras veces publicado tiene también interés la reproducción del proyecto de Constitución Federal de la República Española, elaborado por la comisión de las Cortes constituyentes republicanas de 1873, que no fué jamás discutido, salvo su título primero.

* * *

La lectura del libro del Sr. Fernández Almagro es una prueba más de la imposibilidad de explicar el desarrollo histórico, aún pertrechándose de un sólido aparato erudito, cuando el relato de los acontecimientos sustituye al estudio de las condiciones y fuerzas materiales de existencia, de su proyección en las estructuras sociales y en las corrientes ideológicas, así como de su recíproca interacción. En una palabra, cuando se amputa la realidad histórica y se niega su carácter científico al conocimiento histórico.

En efecto, unas cuantas páginas de pintoresquismo sobre Amadeo, Castelar o Cánovas, no dejarán mayor huella en el espíritu del lector que una novela policiaca. Por el contrario, el examen de los problemas nacionales de España en 1868-1885 —que, en lo fundamental siguen sin resolver— puede ser una valiosa experiencia para afrontar las tareas históricas que nuestro pueblo tiene planteadas a mediados del siglo XX.

M. TUDELA.

UNA NOVELA DE SÁNCHEZ FERLOSIO

« EL JARAMA » O LA HORA DE ESPAÑA

PREMIO Nadal 1955, aunque no sea esto lo más importante. La importancia de *El Jarama* reside en que es una novela representativa de un momento español.

Si la primera lectura que hagamos de ella no es lo bastante atenta, podremos creer que no estamos sino ante un sugestivo ejercicio literario, tanteo de una nueva forma o camino para la novela. Y en verdad que lo es, y en arte, como en todo, bienaventurados los que buscan porque de ellos serán los hallazgos. Pero luego se advierte que la novela tiene otras cosas... Subterráneas unas, hasta el punto de que algunos pasajes más que el Jarama me han hecho evocar el Guadiana. En estado de efervescencia, de sedimentación, otras. Y todo con un sano aliento de prometedora juventud, tal como la juventud puede aceptarse en literatura: cuando ya se ha curado de infantilidad.

Escenario de la novela: un domingo en el Jarama. Personajes: dos pandillas de chicos y chicas de Madrid —empleados los más, «sus labores» las menos— y los parroquianos de una taberna o ventorro de la carretera, pelmazos de mostrador y silla de enea, inclinados al tinto y a la filosofía.

Domingo. Pero, sobre todo para la muchachería, domingo nublado por la inminencia de un lunes que inaugurará otra semana más sin respiro y sin compensaciones. Mely lo dice con irritada melancolía:

Se queman los domingos que es que ni te enteras.

Toda esa gente, buena gente que el novelista trata con mano encariñada, beben, comen, bailan, se quieren, juegan al dominó y a la rana y hablan. Sobre todo hablan. De sus dificultades, de su vida. Los de la taberna sin sueños ya; las parejas, con unas ganas locas de ser felices y con muy pocas esperanzas de serlo.

Hasta que cae la noche mientras Lucina, una de las chicas, se ahoga. Y los de su pandilla se vuelven a Madrid a contárselo a la madre y a zambullirse de nuevo en sus almacenes y oficinas.

Eso es todo, toda la acción. Y me parece que por ahí, en la auscultación enternecida de la vida diaria de la gente corriente, de sus problemas menudos —¡y enormes!— de sus penas y sus ilusiones, hay un ancho y profundo camino para la novela. Eso ha alimentado lo mejor del neorrealismo italiano. *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio me ha hecho pensar en Zavattini y en otros italianos.

Esta novela es diálogo casi toda ella; es una novela dialogada. Y aunque al principio sorprendan por lo profusos y en ocasiones impacientes por parecerse insustanciales, muy pronto nos dejamos prender definitivamente en el encanto de esas arrulladoras conversaciones de Puerta de Tierra, monótonas, reiterativas como la vida de los personajes que las sostienen, «una vida que no tiene chiste», al decir de uno de los muchachos. Claro que la gente, esa gente, en la realidad habla también de otras cosas, pues no todo es superficie ni bengalas —¡qué va!— en la conversación popular.

Si algo hemos indicado de lo que hablan los personajes de *El Jarama* tenemos también algo que decir de cómo lo hablan. Dicen sus cosas en un delicioso idioma popular,

popular de hoy. Con los graciosos, y a veces desgarrados giros, y con la tonalidad exacta que tiene el lenguaje — barroco desatado — de los madrileños pertenecientes a esas zonas de la población. Este cuidado por la tonalidad también se manifiesta en las variantes que respecto al de los anteriores aparecen en el estilo de los madrileños rurales que rajan en la taberna.

Podría decirse que, en la vida, no todos esos hombres y mujeres hablan así. Efectivamente, creo que también en esto el autor uniformó demasiado.

Una cosa me parece evidente: su agudo sentido del idioma, del idioma en curso, del idioma en movimiento. Siempre he creído que hacer arte — tan delicado arte como el hace — con los giros populares, exige cualidades de escritor más íntimas, más sutiles, en todo caso diferentes, que las que requiere el tejido de una buena prosa culta. Aunque las dos cosas hagan la literatura de un país.

He oído decir que *El Jarama* es fotografía. Sí que hay en ella fotografía, aunque haya también otras cosas. Pero en todo caso conviene ver de qué clase de fotografía se trata. Esta no es fotografía falseada por el retoque. Es fotografía de minuterio dominical en las afueras de Madrid. También un instante, *El Jarama* evocó en mí — por reflejo lejano — las sombrillas y los sombreros de paja de *Le Moulin de la Galette*, de Renoir. Mas esto tiene otro sentido. Tal vez me equivoque, pero, si bien es cierto que en *El Jarama* hay demasiada superficie y no escasas dosis de naturalismo, creo advertir en su autor una entrañable querencia al realismo y a un realismo puesto en hora. Me parece que podría entrar más adentro en sus personajes. Se le ve que podría y que quiere entrar. Y en esto el pulso del escritor no engaña.

Nos lo dice ese Lucio, el bebedor inmóvil de la taberna ribereña, el que estuvo en la cárcel tras la guerra y « se quedó en la postura en que cayó cuando le tiraron »... Nos los confirma Mely, esa muchacha desilusionada y bronca porque aun no ha querido ni la han querido...

Mely es a mi juicio el tipo de mujer mejor visto de toda la novela. Tiene dentro más carga de lo que parece. El autor la soterra, tal vez contra su deseo, pero la carga se dispara dos veces. Una, cuando tras haberla increpado los civiles por andar con el busto cubierto solamente por el traje de baño, la chica reprocha ásperamente a su acompañante el haberles respondido tan « acoquinadito ». Otra, cuando los guardias quieren separarla del cuerpo de su compañera abogada.

Hay en la novela de Sánchez Ferlosio una delicada veta de poesía. ¡ Esos besos de Lucita y su llanto final! ¡ Y ese crepúsculo de parejas un poco achispadas!...

Para terminar he dejado lo más característico, sin duda, de esta novela, lo que la define como una expresión del momento español en que ha sido concebida y escrita.

Algunos — los que desde el Poder o desde sus escaños inferiores predicán y practican la guerra civil permanente — han reprochado a este joven novelista el pasarle todo un domingo — 350 páginas — a las orillas del Jarama sin apenas aludir a la larga y cruenta batalla que allí se libró durante nuestra guerra. Alusión directa a la batalla hay ésta: uno de los muchachos excursionistas dice de pronto:

— « Pues en guerra creo que hubo muchos muertos en este río ».

Alguien le da una respuesta distraída y Mely añade:

— « Pensar que esto era el frente y que hubo tantos muertos ».

— « Digo — tercia otro —. Y nosotros que nos bañamos tan tranquilos ».

— « ¿ Y qué muertos son éstos? », pregunta un chico que no ha seguido la conversación.

— « Los de cuando la guerra — le responden —. Que estaba yo diciéndoles a éstos que aquí también hubo unos pocos y entre ellos un río mío ».

Y corta el que ha preguntado:

— « Ya... Bueno, y a todo esto, ¿ qué hora es? »

Me parece que revelaría escasa agudeza quien en el remate de este diálogo viera, o quisiera ver, cruel o cínico menosprecio para los que murieron en el Jarama, y hablo de todos, de todos los muertos. Lo que aparece ahí es un reflejo de esa clara actitud de la juventud de hoy, que a los de las «oleadas de boinas rojas y camisas azules» les grita: No, no queremos seguir por ahí, no queremos continuar la guerra civil.

Eso es un grito de una juventud defraudada, más y más colérica ante el horrible contraste de la magnitud del drama de la guerra, por un lado, y de lo que tras ella han dado a España los que la desataron.

Yo creo que ésta es una forma de decir, a través de la mordaza, que aquellos muertos no debieron morir.

Y yo que estuve en la liza del Jarama, del lado de acá, del lado de Madrid, siento un íntimo gozo humano y español al comprobar que un hombre como el autor de *El Jarama*, que se rige por meridiano tan distinto al mío y que entonces tenía diez años, piense — como pienso yo — que la actual hora de España es otra y que urge borrar de una vez el mstro de las trincheras.

La novela de Sánchez Ferlosio es el Jarama dieciocho años después o la continuación de la vida...

J. IZCARAY.

Un artículo de « Nuestro Tiempo » :
« BURGUESES Y PROLETARIOS »

EL título, el tema del ensayo, son ya de por sí significativos. Su autor, Jesús Arellano, intelectual católico, como la revista que publica su artículo, no esconde su interés por la teoría del marxismo-leninismo. Es más, en amplios pasajes de su ensayo aparece de un modo evidente la influencia que el pensamiento marxista ejerce sobre los métodos que el Sr. Arellano emplea al abordar ciertos problemas históricos.

La tesis del artículo puede resumirse del modo siguiente: la transformación de la burguesía en clase dirigente de la sociedad fué, en los siglos XVIII y XIX, un fenómeno histórico inevitable. Lo mismo ocurre hoy con el proletariado. En cambio, el contenido ideológico, tanto ayer de la revolución burguesa, como hoy de la revolución proletaria, depende de factores contingentes. La Iglesia fué « torpe » porque no supo educar a la burguesía cuando ésta empezó a manifestarse como protagonista de la historia. Esa « torpeza » fué la causa de que la ideología de la Revolución Francesa haya sido « anti-cristiana ». La ideología del proletariado es hoy el socialismo materialista. Para evitar que así sea, la Iglesia debe trabajar por « educar » a los obreros para que el peso de éstos en la sociedad no actúe en detrimento de la influencia católica.

Lo que me parece más interesante en el artículo del Sr. Arellano es su concepción de lo que él llama « la biología de la historia ». Tal concepción se caracteriza por el hecho de que el autor, a lo largo de su ensayo, admite las premisas siguientes:

- a) el papel de las clases sociales como « sujetos de la historia »;
- b) el hecho de que grandes fenómenos históricos están determinados por la estructura económica, y por el lugar que en esa estructura ocupan las diversas clases sociales;
- c) reconoce en cierto modo que los choques de intereses entre las clases y el reflejo de esos choques en la política operan como motores del devenir histórico.

Al referirse al papel progresivo desempeñado durante un período por la burguesía, el Sr. Arellano escribe en una nota: *Con poderosa fuerza ha cantado Marx en el MANIFIESTO COMUNISTA esta prodigiosa creación económico-industrial de la burguesía.*

Me parecen especialmente interesantes los párrafos en los que el Sr. Arellano describe la aparición del proletariado en la historia: « A partir del final del 700 — escribe — y a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, se produce la formación de una nueva clase social: el proletariado... El proletariado constituye un elemento decisivo de la realidad económico-social del XIX. La primera expresión notable de la realidad del proletariado se encuentra en el pensamiento y en la acción económico-social de los iniciadores del socialismo europeo: Owen, T. Hodgskin, Sismondi, Pecqueur, Saint-Simon, Louis Blanc. Su primera manifestación social-política sobreviene a raíz de la revolución de 1848.

» En España un fenómeno semejante no aparece hasta 1868-1872. La revolución de 1848, lo mismo que la española de 1868, es la última revolución dirigida por la burguesía en que el proletariado va a remolque de incitaciones ajenas a sus peculiares fines. Pero a raíz de ambos acontecimientos, en Europa y en España, el proletariado adquiere conciencia de sí mismo inicia la era de sus propias revoluciones.

La burguesía, enriquecida, poderosa y culta, pasa paulatinamente a ser una fuerza social-política reaccionaria en el plano de la biología histórica. El proletariado se forja dentro de la organización económica liberal-capitalista, provocado por la aparición de la gran industria que masifica a la población obrera y por los procesos acumulativos a que el capitalismo se ve, en sus momentos más pujantes, necesariamente abocado. ... He ahí un proceso de biología histórica de categoría descomunal.

Considero erróneas muchas de las apreciaciones del Sr. Arellano. Pero ¿no se trasluce en el cuadro que traza aquí un esfuerzo por inspirarse en los métodos marxistas para abordar y examinar los problemas históricos?

Me parece más débil, en cambio, la otra parte del ensayo del Sr. Arellano, en la que éste intenta «refutar» el marxismo y definir la actitud que la Iglesia debe adoptar ante el proletariado.

Y fatalmente tenía que ser más débil. El caso del Sr. Arellano me recuerda un poco el de esos hombres de ciencia que, mientras trabajan en su laboratorio, adoptan y aplican necesariamente, para que su labor sea posible, determinadas concepciones materialistas de la naturaleza y de la vida. Pero que, cuando discuten de filosofía o de política, cuando van a misa el domingo, hacen gala de concepciones idealistas. El Sr. Arellano se halla en una posición más incómoda aún. Porque la contradicción se da en él, no en dos zonas de actividad diferentes, sino dentro de su misma concepción de la historia.

El estudio de las realidades históricas le ha llevado a percibir — como hemos visto más arriba — el papel de las clases sociales, y concretamente el del proletariado, en la época actual, como «elemento decisivo de la realidad económico-social». ¿Cómo evitar la conclusión de que, en el dominio de la política, en el de la ideología, el proletariado ha de ser también un «elemento decisivo»?

El Sr. Arellano establece, dentro de su concepción de la historia, dos compartimientos estancos: uno, el de la «biología histórica», en el cual actúan las leyes objetivas, la causalidad; a esa «biología» se refieren las citas del artículo del Sr. Arellano que hemos reproducido más arriba.

Pero luego hay otro compartimiento, el de «la historicidad, la decisión», en el cual las cosas pasan por pura contingencia; lo mismo pueden ser que no ser.

Esta concepción dualista que levanta una muralla de China entre el aspecto económico-social de la historia y su aspecto ideológico, es como un clavo ardiendo al que se agarra el Sr. Arellano para justificar sus convicciones políticas y religiosas.

Asegura, por ejemplo, que el curso de la historia hubiese cambiado de haber prosperado los planes de San José de Calasanz tendientes a crear una amplia red de escuelas cristianas en las que hubiesen sido educados los burgueses del siglo XVII.

Ello hubiese evitado, según Jesús Arellano, la aparición del racionalismo del siglo XVIII. Económica y socialmente, la burguesía hubiese triunfado. Pero ideológicamente, los dogmas del catolicismo no hubiesen sufrido ningún ataque. La Ilustración — escribe — «hubiera sido esencialmente cristiana».

Esta tesis carece de base, entre otras causas, porque prescinde de un factor fundamental a saber, que toda clase nueva necesita crear una ideología nueva para poder triunfar y cumplir su misión histórica.

Además, en su mismo artículo, el Sr. Arellano contradice su tesis sobre la absoluta separación entre los aspectos económico-sociales y los aspectos ideológicos de la historia: al explicar el fracaso de los planes de San José de Calasanz, escribe: «La nobleza y el alto clero adoptaron frente a esta cuestión en su mayoría una actitud reaccionaria. Desconocieron lo que los tiempos reclamaban.» Con razón define el Sr. Arellano el papel de la Iglesia, no al margen, sino en el marco de unas relaciones determinadas con las clases sociales que existían en la sociedad de aquella época.

¿Cabe pensar que la Iglesia hubiese podido desempeñar un papel en la evolución ideológica independientemente de sus vínculos de clase con la aristocracia feudal? Evidentemente no. Y la mejor prueba es que no lo hizo.

La Iglesia ha sido un elemento decisivo de la superestructura de la sociedad feudal. Fué asimismo en diversos países, como en España, un instrumento fundamental en la creación de las monarquías absolutas. Su lugar en la sociedad ha determinado su actitud en las cuestiones de la educación como en las otras materias.

En la medida en que la naciente burguesía inicia su lucha contra la sociedad feudal, busca y crea una nueva ideología para llevar a cabo esta lucha. ¿Podía acaso servirle para ello la ideología católica de las clases dominantes feudales contra las cuales tenía precisamente que luchar? ¿Podía luchar contra la sociedad feudal con éxito enarbolando una ideología feudal? Esto, que más o menos es lo que imagina el Sr. Arellano, es un absurdo.

A la burguesía no le sirve una ideología cualquiera. La ideología burguesa está determinada por las tareas históricas que se plantean ante esa clase. Tiene que ser una ideología que responda a los intereses de la burguesía, que la sirvan en su lucha por conquistar la hegemonía de la sociedad. Y que refleje el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. La nueva ideología, la ideología de la clase ascendente, representa un progreso en el conocimiento científico de la realidad objetiva.

En un período de su desarrollo, la burguesía lleva a cabo la Reforma frente a la Iglesia católica que encarna la ideología de la sociedad feudal. La Reforma — a la que el Sr. Arellano no hace ninguna alusión, sin duda porque no puede explicarla en el marco de las tesis que defiende — expresa las necesidades ideológicas de la burguesía naciente, de los burgueses sometidos a las leyes «ciegas» del mercado. La base, por ejemplo, de la doctrina calvinista de la predestinación, la encontramos en la situación del mercader que tan profundamente describe Shakespeare: « Podría ir a la Iglesia, y ver el sagrado edificio de piedra, sin que me recuerde de repente esas rocas peligrosas que con sólo tocar el costado de mi navío desperdigarían las especies entre las olas, cubrirían mis sedas de aguas agitadas; en una palabra harían **QUE LO MUCHO QUE VALE, EN UN INSTANTE NO VALGA NADA.** » (El subrayado es nuestro. M. A.)

En un período ulterior, cuando llegó a un grado determinado de madurez y potencia, la burguesía, para realizar, concretamente en Francia, la destrucción del orden feudal y la creación de la sociedad burguesa, desarrolló el racionalismo, las ideas de la Enciclopedia, la ideología, en una palabra, que inspiró la Revolución Francesa.

Ese papel no lo podía desempeñar ninguna otra ideología en aquel período, y menos que ninguna la ideología feudal de la Iglesia católica.

La base de las ideas de la Enciclopedia radicaba en las necesidades que tenía la burguesía para poder desarrollarse.

« Sabemos hoy — escribe Engels en el « Anti-Dühring » — que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna encontró su realización en la justicia burguesa; que la igualdad desembocó en la igualdad burguesa ante la ley; que se proclamó como uno de los derechos esenciales del hombre... la propiedad burguesa; y que el Estado racional, el contrato social de Rousseau, vino al mundo, y no podía venir al mundo sino en la forma de una República democrática burguesa. »

El Sr. Arellano defiende una concepción dualista en virtud de la cual la historia material y la historia ideológica discurren por dos vías distintas, siendo los contactos entre ambas debidos a la casualidad. Pero los mismos hechos a los que alude en su ensayo demuestran que no hay tal. Que ese dualismo es una ficción. La única interpretación que explica los hechos es la que ofrece el materialismo histórico, el marxismo. Explicación que — no está de más repetirlo insistentemente — no niega el papel de las ideas; muy al contrario. Lo que hace es considerar que « el factor determinante en la historia es, **EN ÚLTIMA INSTANCIA**, la producción y la reproducción de la vida real » (Engels.)

En relación con la época contemporánea, el Sr. Arellano no niega que, con la aparición del proletariado como « protagonista de la historia », surge y se desarrolla el marxismo

en la política y en la ideología. Pero si bien considera lo primero inevitable, porque dimana de la « biología histórica », declara que lo segundo no es más que una casualidad.

Refiriéndose al proletariado, escribe : « Que el socialismo materialista haya sido el primero... en interpretarlo positivamente y en darle una orientación, es una desgracia. El socialismo trabajó hacia el futuro. Fué prácticamente el principal usufructuario de las fuerzas que se estrenaban en la historia. »

De nuevo, el Sr. Arellano expone aquí, acerca de la ideología del proletariado, una posición semejante a la que más arriba hemos comentado sobre la ideología de la burguesía. No podemos entrar de lleno en este tema, de extraordinario interés, y que será tratado en otros artículos de esta revista. Pero si queremos decir que las concepciones idealistas, como la del Sr. Arellano, se estrellan fatalmente contra un fenómeno gigantesco que no pueden explicar. ¿Cómo ha podido el marxismo, en un plazo histórico relativamente breve, convertirse en la ideología dominante en una gran parte del mundo, en una ideología que penetra y arraiga en capas cada vez más amplias de la clase obrera y de otros sectores de la sociedad, incluso en los países capitalistas ?

Ni la represión ni el terror. Ni la educación cristiana en Europa o budista en Asia. Ni el monopolio de los medios de propaganda en manos de la burguesía. Ni las censuras y prohibiciones de todo orden, como las que existen hoy en España. Nada consigue detener el avance grandioso, de una u otra forma, de la ideología marxista-leninista.

La única explicación de este fenómeno la da el marxismo-leninismo mismo.

La ideología marxista expresa las tareas que a la clase obrera — por el lugar que ocupa en la sociedad capitalista — le corresponde llevar a cabo en el devenir histórico. Es la ideología que encarna los intereses de la clase más avanzada. Con la particularidad siguiente, que cumple subrayar : la misión histórica del proletariado no es la de sustituir la dominación de una clase por la de otra, como ha hecho la burguesía, sino la de acabar con la explotación del hombre por el hombre, con todas las opresiones. La ideología del proletariado, el marxismo, no sólo ayuda a la clase obrera a liberarse de las cadenas del capitalismo, sino que es la ideología que abre a la humanidad las puertas de una nueva era, una era sin lucha de clases, sin clases antagónicas. Es por ello la ideología de la verdadera liberación del hombre.

* * *

Veamos ahora la parte del artículo del Sr. Arellano en la que éste « refuta » al marxismo. Sobre la teoría económica de Marx, se limita a decir que *no es cierta*, pero que *resultó sin embargo certera*. Y la cosa queda ahí, sin más explicación.

En un único punto concreto intenta el Sr. Arellano demostrar un error de Marx, o más bien un « desacuerdo profético », como escribe el autor del artículo que comentamos. Según éste, Marx « profetizó » que « Rusia sería la última potencia reaccionaria de Europa ». He ahí la única falla precisa que el Sr. Arellano cree haber descubierto en el edificio grandioso del marxismo. Una « refutación » tan parcial, ¿ no constituye, quizá inconscientemente por parte de su autor, una confesión de impotencia, o un homenaje indirecto a la fuerza dialéctica del marxismo ?

Veamos más de cerca el « argumento » del Sr. Arellano. En realidad, Marx nunca « profetizó » nada porque nada hay más incompatible con las « profecías » que una concepción materialista y dialéctica de la historia.

Pero además, el Sr. Arellano comete un error de hecho, y no pequeño, al atribuir a Marx posiciones que éste nunca tuvo. Marx prestó una gran atención a las transformaciones que se produjeron en la sociedad rusa en la segunda mitad del siglo XIX. A tal efecto, aprendió el idioma ruso a una edad avanzada y estudió muy profundamente los problemas económicos y sociales de Rusia, en particular los de la agricultura. Con su genio portentoso, Marx supo percibir los signos anunciadores de las grandes conmociones revolucionarias que habían de sacudir más tarde, en 1905 y en 1917, la sociedad rusa.

En una carta enviada en 1870 a los miembros del comité de la sección rusa de la Internacional, que residían en Ginebra, Marx escribía: «Obras como las de Flerovski y de vuestro gran maestro Chernichevski son un honor para Rusia y demuestran que el país de ustedes entra también en el movimiento general de nuestro siglo.»

El 21 de marzo de 1881, Marx y Engels escribían: «Cuando la Comuna de París fué aplastada a consecuencia de las matanzas organizadas por los defensores del orden, los vencedores no podían ni suponer siquiera que diez años más tarde, a lo lejos, en Petersburgo, se produciría un acontecimiento que debe conducir inevitablemente, incluso si la lucha es larga y cruel, a la Comuna rusa... ¡Así, la Comuna que las potencias del viejo mundo creían haber borrado de la faz de la tierra, vive aún!»

Refiriéndose a la traducción al ruso de *EL CAPITAL*, Marx escribía que «en Rusia se lee y se aprecia *EL CAPITAL* más que en cualquier otro país, nuestro, éxito es aún más considerable».

El 21 de enero de 1882, en el prefacio de la edición rusa del *MANIFIESTO COMUNISTA*, Marx y Engels escribían: «Si la Revolución rusa se convierte en la señal para la revolución de los obreros en el Oeste, de tal forma que la una apoya la otra, la forma actual de propiedad de la tierra de Rusia podría ser el inicio de un desarrollo histórico.»

También es oportuno citar, si bien no se refiere personalmente a Marx, el hecho siguiente:

En 1902, cuando aún era un marxista, Kautsky escribía: «El centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionarios se desplaza cada día más hacia los eslavos... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que nos hallamos en presencia de un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia.»

No pretendemos, con estas citas, demostrar que el marxismo permite «profetizar» con acierto. El que anuncia que el agua se transforma en vapor a la temperatura de 100 grados no es un profeta. Es un hombre que conoce una ley objetiva de la naturaleza. Salvando las distancias evidentes que en este orden existen entre las leyes del desarrollo de la naturaleza y las que activan en el de la historia de la sociedad, se puede decir que el marxismo nos da el conocimiento de las leyes objetivas de la historia, y por lo tanto la posibilidad de utilizarlas para el progreso de la humanidad.

Y es preciso decir que esto, de un modo indirecto, el Sr. Arellano lo reconoce en su artículo. Escribe concretamente que «Marx captó el fenómeno histórico del proletariado, no en su simple facticidad biológica económico-social, sino en una interpretación de su sentido histórico y de su significación universal en el sistema total de la vida religiosa y humana. La lucha de clases, atibada por Marx como una ley dialéctica de la historia, se transforma por eso, a la vez, en una técnica de forjación del futuro. La masificación obrera, captada por él como un hecho de la estructura económica industrial y capitalista, adquiere de suyo, al mismo tiempo, el carácter de proceso técnico a seguir con vistas a la última meta propuesta de un socialismo **REAL** histórico.»

El marxismo permite, no sólo conocer el mundo, sino transformarlo.

Hoy, los principios del marxismo-leninismo han pasado, desde hace 39 años, por la prueba del fuego, por la prueba definitiva, por la prueba de la práctica. Su triunfo resplandece en una extensa parte del mundo, en la que 900 millones de hombres, efectivamente libres, demuestran a todo el que tenga ojos para ver la superioridad del socialismo.

De ahí, principalmente, la gigantesca fuerza de atracción del marxismo en esta época, incluso entre amplios sectores no proletarios.

Fuerza de atracción de la que el ensayo del Sr. Arellano —independientemente de las intenciones políticas del autor— es un testimonio concreto.

M. A.

Al margen de los « PAPELES DE SON ARMADANS »

UNA nueva revista se viene publicando en España desde hace ya varios meses, los *Papeles de Son Armadans*, dirigida por Camilo José Cela, recientemente elegido académico de la lengua, como es sabido.

No podemos pasar en silencio la magnífica calidad de la impresión y el buen gusto de las viñetas; baste decir que se imprime en Mallorca, ciudad que siempre se destacó en este noble oficio de la tipografía. Nos llevan estos cuadernos a la norma de sobriedad y gracia a que nos habían acostumbrado la *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*. Recuerda también a estas revistas por el formato y número de páginas: es decir, se trata de una revista «seria», que aspira a recoger en sus páginas lo más valioso, según sus propios criterios, de la producción española actual.

Recordamos que ya, desde 1939 hasta ahora, se han hecho tres intentos en este sentido: *Leonardo*, *Finisterre* y *La Revista española*; los tres se saldaron por un fracaso que creemos se debió a no existir en aquel momento las condiciones que les hubieran permitido tener más larga vida. Los *Papeles de Son Armadans* aparecen en circunstancias muy diferentes: un viento de esperanza corre por toda España, están llegando a su madurez generaciones nuevas que llevan dentro algo más que puras promesas y que tienen, además, una gran confianza en sí mismas; hay en nuestro país, actualmente, un deseo de conocer y una efervescencia como, quizás, pocas veces la ha habido y más si la comparamos con la atonía de los diez años que siguieron a la guerra civil. Hoy el público para una revista semejante, aunque siempre reducido, es mucho más amplio y más ilusionado que el que hubiera podido encontrarse algunos años antes, y si los *Papeles de Son Armadans* consiguen hallar las coincidencias necesarias con ese público, es decir, aciertan a dar a sus lectores lo que realmente necesitan y piden, y que no pueden encontrar en las publicaciones oficiales o excesivamente conformistas, es indudable que su vida será larga.

Por ahora los textos publicados son de muy vario interés: unos tienen mucho y otros menos. Esto sucede con todas las revistas, pero en los *Papeles de Son Armadans* el riesgo de que pase así es mayor. Al ser la única revista de este género que se publica en España colaboran en ella escritores de las más variadas opiniones y actitudes y de generaciones contrapuestas; esto, que en los artículos extensos, en los que el autor precisa y argumenta sus opiniones, no es molesto, llega a serlo a veces en el trabajo menudo de recensiones, bibliografía, etc., en donde se tiende más a escribir de prisa y a base de afirmaciones que son, quizás, obvias par el autor, pero no siempre para el lector. El resultado, muchas veces, es una cierta confusión y falta de unidad en las apreciaciones críticas. De todas formas, este mismo trabajo menudo, cotejado con los nombres e ideas que aparecen con mayor frecuencia en los textos, permiten darnos una idea del tono general de la cultura a la que la revista sirve de expresión.

El criterio que seguimos para desglosar tendencias es el que podríamos llamar de «autoridades». Quizás sea primario, pero suele ser útil. En todo escritor hay una base, una serie de nombres a los que da crédito más o menos absoluto, un sistema de ideas que constituye para él su frontera e, igualmente, su fortaleza; desde allí ataca y desde allí se defiende, sobre ella se sostienen sus pies con mayor o menor firmeza. Ya hemos dicho que son muy variadas las tendencias de los colaboradores de la revista, pero

entre ellas quisiéramos destacar dos, aunque sólo sea por el hecho de estar representadas por nombres, en su mayor parte, jóvenes.

Una de ellas, y es natural, es el neoescolasticismo, o si se le quiere llamar de otra manera, pensamiento cristiano, aunque para evitar confusiones preferiríamos, quizás, la primera denominación. En ciertos sectores del catolicismo español hay un deseo de ahondar en problemas filosóficos y morales, con una proyección hacia lo histórico y lo social, partiendo de las bases de la «filosofía perenne»: es comprensible esta actitud en creyentes sinceros que tratan de salvar, sin perder su fe, los años de ineptia y de abandono de tantos y tantos católicos en la postguerra, y que tratan de ver la Iglesia española fuera de participaciones políticas que han perjudicado, más que beneficiado, su verdadero sentido; católicos que tratan con la mejor buena fe, estamos seguros, de transformar esa situación de incultura e indiferencia que —aunque haya tenido excepciones— ha sido, por desgracia, la de una gran parte del catolicismo español. Pero no debemos confundir esta tendencia con la de movimientos cristianos progresistas, como los hay, por ejemplo, en Francia, en Italia o en Polonia, en donde la proyección social es mucho más amplia y más concreta, y en los que se trata de llevar el cristianismo hasta sus últimas consecuencias, paradójicas muchas veces a los ojos católicos españoles.

En otros escritores de los cuadernos encontramos a menudo citados los nombres de Heidegger, Jaspers y otros existencialistas alemanes; además de un cierto gusto por el irracionalismo. Tendríamos, pues, entre los colaboradores jóvenes, dos tendencias: una que continúa y trata de remozar y mejorar una tradición de pensamiento católico, y otra que trata de asimilar al pensamiento español las corrientes existencialistas e irracionalistas.

Es curiosa esta moda existencialista en España: en estos momentos, en otros países, como Francia por ejemplo, el existencialismo, que tanto ruido hizo, empieza a ser un recuerdo y, o bien vive la vida anémica de los medios profesoraes, o bien, en otros de sus representantes, se va tiñendo cada día más de marxismo, hasta tal punto que ha perdido ya casi por completo su fúnebre color primero; en España, sin embargo, parece adquirir cada día más difusión y pasar a ocupar un plano destacado, bien a través de las obras filosóficas existencialistas, bien a través de una literatura estrechamente ligada a ellas.

Esta moda —como ha sucedido otras veces en nuestro país— (1) puede redundar en perjuicio de la difusión de otras formas de pensamiento, más valiosas y, seguramente, más constructivas y positivas. No nos vamos a rasgar las vestiduras porque en España se lea a Heidegger, a Jaspers o a Kierkegaard. Vemos en ello una muestra de curiosidad e interés por las ideas. Más inquietante es el hecho de que se acepten de buena fe esas ideologías, de una soledad e individualismo cerrados, muchas veces irresponsables y que dan a la angustia y la desesperación —planteándolas como algo estable— tal importancia. Ideologías que poco nuevo, en cuanto a soluciones, pueden ofrecer a España como entidad política, social o cultural, y que terminan por resolverse en un callejón sin salida y en pasatiempo de intelectuales. La misma situación histórica y económica en que vive el escritor español le lleva, posiblemente, a esas lecturas. Ahora bien, esta misma curiosidad e interés por las ideas debe llevar al intelectual español a ampliar el campo de sus lecturas y de sus estudios, en vez de tratar otras formas de pensamiento, muchas veces sin conocerlas bien, con una mueca despectiva.

En uno de los números de los *Papeles de Son Armadans* hay un ensayo de Julián Marias, muy interesante, sobre Ortega: ataca a los que hablan de Ortega como de algo superado o a superar, sin haberse tomado la molestia de leerlo y conocerlo; Marias viene a decir que Ortega es un hecho con el que quiera o no quiera, tendrá que contar irremediablemente la futura filosofía española.

Pues bien, cuando en ciertas recensiones o necrologías de los *Papeles de Son Armadans* se habla del marxismo, se habla en esa misma forma, como de algo superado y que no merece más argumentación que el volverse de espaldas a él, echándolo al

(1) Pensamos en el movimiento krausista de fines del siglo XIX, o en la parcialidad con que difundió el movimiento filosófico la *Revista de Occidente*.

montón de los libros inútiles, junto al Barón de Holbach, a Volney, a Cousin, algo sólo digno de dejárselo a los jesuitas para que lo « refuten ». Una actitud así creemos que no puede proceder más que de una insuficiencia de conocimiento o de un resultado de la propaganda que, año tras año, los medios oficiales han estado haciendo sobre cuanto al marxismo se refiere. En uno y otro caso ni la curiosidad que manifiestan esos jóvenes escritores ni la independencia que tratan de encontrar pueden eximirles de culpa. El pensamiento marxista, en sus creadores y en sus seguidores, está ahí, y no se puede prescindir de él sino a riesgo de tener una visión mutilada de la cultura y de la historia actuales.

La información que, en España, se dispone sobre el marxismo es, forzosamente, limitada e incompleta, tendenciosa siempre cuando va por las vías oficiales o semioficiales. Además, en las actuales circunstancias, los textos procedentes del extranjero llegan mal, de una manera intermitente, y no siempre son los mejores ni los más significativos. Pero lo que es indudable es que la fórmula y el tópico de la prensa diaria española no es útil para tratar con seriedad y ecuanimidad un hecho de tal importancia.

Hoy día, millones y millones de personas, países enteros, orientan su vida partiendo de los principios de Marx y de Lenin. Sería absurdo circunscribir el marxismo, como muchos quieren, en los límites de una simple teoría económica; las transformaciones que se han producido en los países socialistas no se han limitado a la economía: implican una transformación de la moral, un nuevo concepto del hombre, un planteamiento sobre nuevas bases de las relaciones entre el hombre y su universo, es decir, implican una filosofía en todo el sentido de esta palabra. El marxismo, además, no sólo se plantea como una doctrina económica de la que pudiera desprenderse una filosofía; al contrario, sus doctrinas económicas son la consecuencia de un pensamiento filosófico muy preciso y que se encuentra formulado ya, en obras estrictamente filosóficas, en Marx, Engels y Lenin, y que ulteriormente ha sido desarrollado. Además, repetimos, sus principios, sus doctrinas se han convertido en realidades, han servido para dar nuevas estructuras a muchas naciones. Podrá pensarse lo que se quiera de esas realidades y de las realizaciones del socialismo, pero no pueden ignorarse, o lo que es peor, contentarse con un conocimiento insuficiente y torcido.

No es que queramos decir que van los *Papeles de Son Armadans* por ese camino: pero cuanto se produce en España, hoy, puede fácilmente deslizarse por él porque son muchas las pendientes en nuestro país que a él conducen. La revista dirigida por Cela es lo que es: una expresión amplia y variada de la cultura española actual, a través de sus escritores más significativos, tratando de evitar el encastillarse en una tendencia excesivamente parcial y limitativa, lo que hace de ella un elemento imprescindible para seguir la evolución literaria española y para informar y educar al lector. Por eso creemos nosotros que la objetividad, imparcialidad e independencia de esos *Cuadernos* deben llevarse hasta sus últimas consecuencias.

Escribimos estas líneas *al margen* — y no *sobre* — los *Papeles de Son Armadans*; no implican, ni mucho menos, una crítica negativa, sino el desarrollo de sugerencias que una cita en una página, unas frases, unas afirmaciones en otras, han ido produciendo en nosotros. Entre los muchos aspectos que la revista ofrece hemos querido destacar dos que nos parecen esenciales a toda la cultura española actual: la tendencia a universalizar y a generalizar ideologías y filosofías que ni son generales ni universales y que fuera de nuestro país no tienen, ni mucho menos, la difusión y aceptación que en España se cree; otro, la tendencia a coincidir con la propaganda política del Régimen en la ignorancia y menosprecio de determinadas ideas; la consecuencia, a la larga, es enfrentar las culturas, dividir a los hombres en dueños orgullosos de la « verdad absoluta » y en poseídos por el « error », dificultar el diálogo necesario entre todos nosotros, e ignorarnos unos a otros para una tarea forzosamente común a todos: la construcción de una cultura, de un arte y de una vida mejores en una España, por fin, en paz consigo misma.

IGNACIO LAGUNA.

«Calle Mayor» y «Calabuch» BARDEM Y BERLANGA

¿Bardem o Berlanga? El cine español tiene ahora dos cabezas; y hay una curiosa insistencia en volver la una de espaldas a la otra para crear una especie de ruptura en un claro frente de juventud. Es una táctica antigua en España. Incluso se ha querido hacer de ella algo así como un inevitable trazo etnográfico de los españoles a partir de una falsa tesis que se enuncia así: España produce sus grandes figuras por parejas antagónicas y se divide irreconciliablemente entre una u otra de esas figuras, sin posibilidad de pacto. Es fácil, si se hace admitir esta premisa, llegar a más largas y más astutas consecuencias. Por ejemplo, en esta mitología del bifrontismo se ha de encontrar un esquema de la anarquía que es otro de los elementos clásicos de acusación contra el pueblo español. La serie de falsas verdades queda rápidamente establecida: el pueblo español es incapaz de sustentar al mismo tiempo dos formas distintas de una misma expresión; el pueblo español se divide al primer dilema venido; el pueblo español destruye lo mismo que crea; el pueblo español es anarquizante. Ofrece un gran interés el estudio de los orígenes de esta idea. «¿A quién aprovecha?». Siempre a unas mismas castas interesadas en la división del pueblo. La anarquía española es una creación de la derecha española, que le ha servido primero para su propia justificación — «un pueblo así necesita mano dura» —; luego, para la división de su víctima, para la esterilización del pueblo. La mitología del bifrontismo es una creación típica de las castas dirigentes. A cada valor netamente salido de las filas del pueblo se han apresurado a oponer una contrafigura capaz de dividir.

La adopción de Dalí por el franquismo para enfrentarlo a Picasso es un hecho típico en esta serie de maniobras. No es preciso decir que el franquismo no ha tenido una suerte internacional con su ídolo; pero es indudable que durante algún tiempo, y dentro de España, la maniobra ha tenido cierta envergadura y ha ayudado a mantener alguna confusión. El caso es interesante porque Dalí, a pesar de la velocidad con que ha elaborado su montaje religioso, representa una personalidad artística muy alejada de los ideales artísticos del franquismo representados éstos por la pintura grandilocuente y arcaica del mismo Franco y por los cuadros de su maestro, Sotomayor, gran inquisidor de la pintura española. Sin embargo, a partir de un momento determinado Franco adopta a Dalí; España le tributa homenajes, le cede amplios espacios en sus museos, salas de honor en la exposición Bienal, le encarga conferencias... Incluso ante el asombro de algunos de los teóricos artísticos del régimen que, poco perspicaces, tardaron tiempo en advertir la maniobra y no se sumaron a ella en el primer momento. Dalí era una figura ideal para el régimen. Representaba una «modernidad» suficiente como para estar limpio de acusaciones de inmovilidad; al proteger y propagar a Dalí, el régimen parecía decir a las generaciones jóvenes que el camino de la extravagancia no estaba cerrado, a condición de ser anticomunista. Dalí había triunfado en los Estados Unidos, lo cual es en la España oficial un marchamo pintoresco de calidad artística — véase cómo, también, ha querido oponerse la figura del pianista hispano-yanqui Iturbi a la magnitud de Pablo Casals —. Y es al mismo tiempo lo suficientemente venial como para prestarse a todas las exigencias de la política que estaban en la base de toda la maniobra daliniana del régimen: hacer pintura religiosa, enfrentarse directamente a Picasso con un manifiesto, hacer declaraciones explícitamente anticomunistas. La «operación Dalí» duró poco. Fué un fulgor. El sentido anárquico y de dispersión del pueblo español no existe en la medida en que trata de situarlo el franquismo, y Dalí se vió rápidamente desgajado de la admiración

pública. Hoy es una figura quemada. Queda de él su prodigiosa aptitud para la locura, natural o fingida, y el desprestigio de su entrega. Lo demás se ha olvidado.

El apresuramiento con que el franquismo ha adoptado la figura de Berlanga en el momento en que los cinematográfistas del mundo entero ensalzaban la de Bardem no debe prendernos en su artificio. Ante esta dualidad de Bardem y Berlanga, el español libre tiene la posibilidad de preferir, pero no la de oponer ni la de destruir a uno utilizando par ello al otro. Hacerlo así es un acto de franquismo. Este acto franquista está organizado ya. Como en el caso de Dalí, si la situación del régimen español no estuviese comprometida, si reinase en España la paz caudillesca que es la paz del cerebro vacío, Berlanga habría sido rápidamente despreciado y abandonado. Si ahora se le protege y se le ayuda es solamente para abrir la brecha de desunión. La verdad es que una mentalidad marxista tiene menos reproches que hacer a la última película de Berlanga, «*Calabuch*», que una mentalidad franquista. Tomo para ejemplo una secuencia de esta película :

Una barca del pueblo costero va a ser bautizada. Hemos visto durante toda la primera mitad de la película con qué amor un artesano ha ido pintando, una a una, las letras del nombre «*Esperanza*». Llega el momento de la botadura en el Mediterráneo y se celebra una ceremonia que es una caricatura de cualquiera de los «*actos nacionales*» en que es prodigo el pseudo-nacionalismo franquista: un muchacho del pueblo (contrabandista conocido) toca en su trompeta la «*Marcha Real*»; un guardia civil presenta armas toscamente mientras el cabo se lleva la mano al gorro; el cura se acerca con el hisopo en la mano y, al primer golpe de agua bendita, se borra el nombre de la barca: se borra la «*Esperanza*»...

Si cualquier otro cineasta español hubiera querido rodar una escena semejante con un simbolismo tan claro — la esperanza borrada por el agua bendita a los acordes de la *Marcha Real* interpretada por un contrabandista y en presencia reverente de la guardia civil — hubiese sido inmediatamente castigado por la censura. Berlanga ha realizado esta escena antifranquista con la ayuda del franquismo, con el apoyo oficial español en el jurado que le dió en Venecia el Premio de la Oficina Internacional del Cine Católico y goza en la prensa española de una situación de favoritismo privilegiado.

La escuadra americana — relata otra de las secuencias del film, la final — llega a las costas de Calabuch. Saben los yanquis que allí está escondido un sabio atómico a quien quieren raptar y no han vacilado en enviar su flota al pueblecillo mediterráneo. Entonces el pueblo entero se levanta en armas; en ridículas armas, si se quiere (las lanzas y los cascos de romanos que sirven para la procesión, las escopetas de caza, los cuchillos de monte) y se aprestan a defender a su amigo amenazado de rapto. Son largas escenas, tratadas con ternura. Es, si se quiere, una «*Fuenteovejuna*» humorística, pero sin embargo reveladora de la decisión entera de un pueblo de oponerse a la formidable máquina bélica de los Estados Unidos que trata de cometer lo que el pueblo español entiende como una injusticia, como un acto inhumano. Si el propio sabio atómico no se decidiese a partir, convencido de la comicidad con que se le quiere defender, aquel pueblo estaría dispuesto a morir.

No son sólo estas dos citas las que marcan el carácter de la cinta. Toda ella, en sí, es reveladora. Relata la vida y la miseria de un pueblo que es capaz de superar con su optimismo la situación de desgracia en que se encuentra; como este puñado de habitantes abandonado del mundo oficial tiene que organizar por sí solo una estructura de

vida y como en esta estructura se reflejan a veces las corrupciones generales del país — la guardia civil conviviendo con los contrabandistas — y a veces la rebeldía contra ella, como en la ocultación y defensa de un fugitivo del mundo occidental, de un norteamericano que «escogió la libertad» escondiéndose en un pueblecillo español.

* * *

Cabe preguntarse si Berlanga es consciente de estos valores políticos de su película o bien si como en el caso de los llamados «artistas puros» estas realidades han surgido sin que él mismo se diese cuenta, cuando solamente trataba de hacer una película de anécdota divertida. Yo encuentro aquí, en primer lugar, una diferencia esencial entre Bardem y Berlanga. Bardem es el artista consciente; sabe lo que hay en toda su creación, el sentido general de ésta, el valor de cada personaje, el peso de cada palabra, la tesis de cada imagen. Berlanga, en cambio, parece ignorar, o querer ignorar, el móvil de sus películas. «*Calle Mayor*» de Bardem puede estudiarse a partir de un análisis; «*Calabuch*» de Berlanga necesita un psicoanálisis. Lo que en Bardem es un elemento activo, que vive por sí solo, en Berlanga es un elemento yacente que necesita del espectador para tener su verdadera vida.

Parece entenderse que de esta inconsciencia — o, por no ser peyorativo, escribiré «subconsciencia» — de Berlanga ha debido entender el régimen que es un terreno disponible para plantar su bandera. La parte débil de Berlanga es su ausencia de ideales concretos. El régimen de Franco que, durante veinte años ha fracasado en sus intentos de crear una ética y una estética propias en cualquiera de las artes de expresión, se conforma ya con adoptar a aquéllos que carecen de ideales. No tratan ya de convencerle de cómo ha de ser la estética del régimen; les basta con aislarle, con fomentar su vacío, con evitar que tome un contacto demasiado serio con la realidad. Por esta razón el régimen quema rápidamente las contrafiguras que adopta. Las fuerza a una soledad, a una individualidad dentro de la cual, hoy, no hay arte posible. El intelectual necesita estar impregnado de los problemas de su tiempo, tener una noción clara de cuáles pueden ser sus soluciones, tratarlos directamente y poner al servicio de esto toda su personalidad. Un intelectual así esquematizado es lo contrario de un aislado, de un solitario. El régimen español, al aislar a Berlanga para poderlo oponer estéticamente a Juan Antonio Bardem, le esteriliza. Es el riesgo que corre Berlanga si acepta la cómoda postura oficial de contrafigura.

* * *

Nuestra idea de lo que ha de ser un intelectual en este tiempo — y, precisamente más, un intelectual español en el mal tiempo de España — concuerda con la figura de Bardem, no concuerda con la de Berlanga. No se entiende de aquí una exclusión, sino simplemente una diferenciación. Juan Antonio Bardem con *Muerte de un Ciclista* primero y ahora con *Calle Mayor* nos ha dado una limpia lección de cómo puede hacerse cine en España. No es sólo la anécdota sentimental de la muchacha engañada, no es sólo la vida dramática de una provincia española bajo un régimen represivo lo que transcurre en *Calle Mayor*: es toda una teoría de la vida española en estos momentos. El acobardado intelectual de las viejas generaciones, los gamberros embrutecidos e insensibilizados por la falta de objeto en la vida, la presencia angustiosa de la Iglesia, el cerco cerrado que impide cualquier manifestación vital; y también la ruptura de ese cerco, la toma de conciencia de un hombre, la presencia de un intelectual de la generación más limpia que viene a deshacer la oscura sociedad en que se desarrolla el drama. Bardem ha recreado con una limpiísima lucidez técnica un mundo que no puede ser más que español, un nudo de problemas estrictamente españoles del que son víctimas, protagonistas y antagonistas, una serie de personas con sangre española. Es un realismo que está lejos del «espejo que se

pasea a lo largo de un camino» porque se trata de un realismo crítico. La implacable ordenación lógica de los elementos del drama de *Calle Mayor* tiene el valor de una denuncia concreta; la forma de esa denuncia entraña la aportación de pruebas, el juicio y la condenación. *Calle Mayor* es ya un castigo para los culpables: es un drama depurador que crea en los espectadores una buena conciencia. Con esta película, como con *Muerte de un ciclista*, Bardem contribuye a la estructuración de una sociedad nueva y joven; da una carga de responsabilidad a los indiferentes. *Calle Mayor* es una obra maestra.

Si no puede hablarse así de *Calabuch* es simplemente porque su autor no se lo ha propuesto. Su preceptiva cinematográfica es buena, su estilo es personal y propio. Berlanga es un creador perfectamente diferenciado, con un indudable talento. Sólo le falta un peso ideológico que dé realidad a su obra. No hablo de una realidad estrictamente formal, de un «realismo»; sino de ese fondo de realidad social, o humana, o vital, llámesela como se quiera, sobre la cual puede trazarse cualquier fantasía; ejemplo: *Milagro en Milán*. No va a encontrar ese fondo en el falangismo, o en el franquismo, porque carecen de él, porque carecen de toda doctrina que no sea el oportunismo o la vaguedad. No necesita, si no quiere o si no tiene temple para ello, buscarlo en ninguna doctrina; le bastará buscarlo dentro de su propia conciencia. *Calabuch* es como un sueño de Luis Berlanga, como un sueño freudiano que puede revelar una serie de ideas, de temas, de atracciones que él mismo procura censurarse, que se reprime y que le producen una personalidad fingida. Si él mismo llegase a convertir estas inhibiciones en lucidez, si se diese a sí mismo la libertad que su subconsciente reclama, Berlanga estaría en condiciones de hacer no buenas películas, como ha hecho hasta ahora, sino obras maestras.

El doble premio a Bardem y a Berlanga en Venecia ha sido manejado en Madrid de una manera sucia. Se ha tratado de ocultar la recompensa de la crítica internacional a Bardem para aumentar la de la Oficina Internacional del Cine Católico a Berlanga. No incurriremos nosotros en el error contrario. Frente al dilema «Bardem o Berlanga» que se plantea oficialmente en España, nosotros ya podemos responder «Bardem y Berlanga». Podemos diferenciar pero no oponer; podemos preferir pero no eliminar. Y podemos esperar que Berlanga no quiera eliminarse a sí mismo, esterilizarse mediante una ocultación de su propia conciencia; no debe entrar en el juego en el que se le quiere hacer participar, primero porque no lo necesita; luego, porque es el medio más seguro para su propia esterilización. Si acepta, rápidamente entrará en la vía que ha perdido a tantos cinematográfistas subsidiarios del régimen (los Gil, Escrivá, Román, Saenz de Heredia, Vajda), y será, como ellos, un hombre quemado, un hombre muerto.

JOSE ERNESTO.

« NUESTRAS IDEAS »

está a la venta en las siguientes librerías :

BELGICA :

Librairie « Du Monde Entier »,
Place St.-Jean, Bruxelles.

FRANCIA :

Librairie des Editions Espagnoles,
72, rue de la Seine, Paris Ve.

Librairie du Globe, 21, rue des
Carmes, Paris Ve.

Librairie Bousset, 33bis, rue Gam-
betta, Biarritz.

Librairie de la Renaissance, Place
Etienne d'Orves, Marseille.

Librairie de la Renaissance, rue
des Pergaminiers, Toulouse.

Librairie-Hall des Allobroges,
Place Greneta, Grenoble.

MÉXICO :

Librería Madero, Avda. Madero,
12, México. D. F.

El Gusano de Luz, Hámbugo, 22,
México. D. F.

Librería Juárez, Av. Juárez, 102,
México. D. F.

Editorial Popular. Fondo de Cul-
tura Popular, Av. Hidalgo, 75.
Deps. 107, México. D. F.

Librería Zaplana, Av. San Juan de
Letrán, 41-1, México. D. F.

Suscripciones a « NUESTRAS IDEAS » :

Suscripción por un año (4 n^{os}) :

Para España :	Pesetas	90
Para Bélgica :	Francos Belgas	90
Para Francia :	Francos Franceses	720
America Latina :	Dólares	2,40

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :
« Compte Chèques Postaux : n^o 5744.90. François Claessens. *Compte
spécial.* — BRUXELLES. » O sencillamente por Giro postal Interna-
cional a : F. CLAESSENS, 45, rue Sylvain Denayer, Anderlecht. —
BRUXELLES.

PRECIO DEL EJEMPLAR :

Pesetas	25	Francos franceses	200
Francos belgas	25	Dólares	0,70

« La teoría se
convierte en una
fuerza material
cuando penetra
en las masas. »

Carlos MARX.